

El curioso impertinente

El Curioso Impertinente

Año: I Núm.: IV



Natividad 2023

El curioso impertinente

EL CURIOSO IMPERTINENTE

Dirección

Antonio L. Galán Gall

Edición

Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha

Consejo Redacción

Alfredo Villaverde Gil, Almudena Mestre Izquierdo

Natividad Cepeda Serrano, Miguel Romero Saiz

Diseño y Maquetación

Luis Manuel Moll Juan

Portada: Carlos Morcillo

Dirección Fotografía

Carlos Morcillo

ISBN

978-84-09-46160-8

WEB

<http://www.asociacionescritorescastillalamancha.es/>

Email.

elcuriosoimpertinente2022@gmail.com

DIRECCIÓN POSTAL

Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha

Calle Paz, 4, 1º 28012-Madrid



*Amigo Sancho: ¡Mira...!
¡Son ellos! Son las buenas
gentes que buscamos.*

*¡¡Feliz
Navidad!!*

ÍNDICE

EDITORIAL	5
POESÍA	6
MIGUEL ROMERO SAIZ	21
BELMONTE, TIERRA DE MARQUESES DONDE EL AGUSINO FRAY LUIS DE LEÓN, ANDUVO A GOLPE DE POESÍA.	
JOSÉ MANUEL MÓJICA LEGARRE	27
ANUAR.	
C.J.M.	35
HELIOGÁBALO: UN INCOMPRNDIDO DE LA HISTORIA.	
LUIS MANUEL MOLL	41
LA GESTA DEL GLORIOSO.	
ENRIQUE GRACIA TRINIDAD	53
DE LO QUE UN VIEJO VENTERO CONTABA A SUS CLIENTES ENTRE TRAGO Y TRAGO.	
GRISEL PARERA	65
DON QUIJOTE DE LA MANCHA, OBRA DE CULTO PAR LOS HISPANISTAS.	
NATIVIDAD CEPEDA	69
CONTROVERSIA SOBRE LA SINGULAR FIGURA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO.	
FRANCISCO JAVIER TOSTADO	77
EL SIGLO DE ORO, UNA ÉPOCA UN POCO SUCIA.	
RAFAEL RUILOBA	83
EL ELOGIO AL IDIOMA ESPAÑOL.	
JOAN ANTÓN ABELLÁN	89
HABLANDO DE AFILADORES Y LAÑADORES CON FRANCISCO MARTÍNEZ.	
PINTURA	97
ENTRE LAS PINCELADAS DE MARCEL NINO PAJOT.	
JOAN ANTÓN ABELLÁN	107
LA OLLA PODRIDA PRINCESA DE LOS COCIDOS	
JUAN JOSÉ GUALDIA POLAINO	123
UNA ÓRDEN LITERARIA PARA CURARLE LAS HERIDAS DEOL OLVIDO A....	
ANTONIO L. GALÁN GALL	131
ENTREVISTA A... JOAN ANTÓN ABELLÁN.	
ALFREDO GARCÍA HUETOS	135
LA TRISTEZA DE UNA NAVIDAD EXPOLIADA.	
JOSE EUGENIO MAÑAS MORENO	141
LOS CLUBS DE LECTURA DE LA BIBLIOTECA DE LA UCLM	
LIBROS	144
FOTOGRAFÍAS CHRISTIAN KNEIDINGER	



Editorial.

Y llegamos al número IV, que, en realidad, es el quinto de nuestra andadura, pues comenzamos con el cero, que es de bien nacidos respetar las costumbres.

Costumbres como esta de la Natividad, que nos acompaña en este paso más de nuestra singladura. Una Navidad que esperamos repleta de gozo y de buenas lecturas para nuestros autores, nuestros lectores y, por qué no, también para nosotros mismos, los que nos afanamos en sacar adelante número a número nuestro querido Curioso Impertinente, la revista de la Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha.

En esta ocasión lo hacemos acompañados de Enrique Gracia Trinidad, Rafael Ruiloba, Grisel Parera, Juan José Guardia Polaino, Alfredo García Huetos, Jóan Antón Abellán, José Manuel Mojica, Antonio Costa, Pedro Pascual, Marcel Nino Pajot, y de algunos miembros del consejo editorial como Natividad (Cepeda para más señas), y Miguel Romero. También asoma en los textos el mago que hace posible que número tras número, la revista tome forma: el gran amigo y maquetador de estas páginas Luis M. Moll.

En otras secciones contamos con una interesante entrevista a Joan Antón Abellán, y un reportaje sobre los clubs de lectura de la Biblioteca de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Deseamos que este cuarto escalón os acompañe en estas fechas, que tendrán, por derecho propio, que ser felices para todos: lectores, autores y marinos de este barco, cuya singladura desconocíamos el día que partimos, y con el que ya hemos tocado buen puerto en cuatro ocasiones anteriores. Este que nos espera, el quinto, no será el último, pues aún quedan muchos por llegar, que, seguro, irán aportando nuevos textos, nuevas ideas y nuevos amigos.

¡Feliz Navidad!

Antonio L. Galán Gall

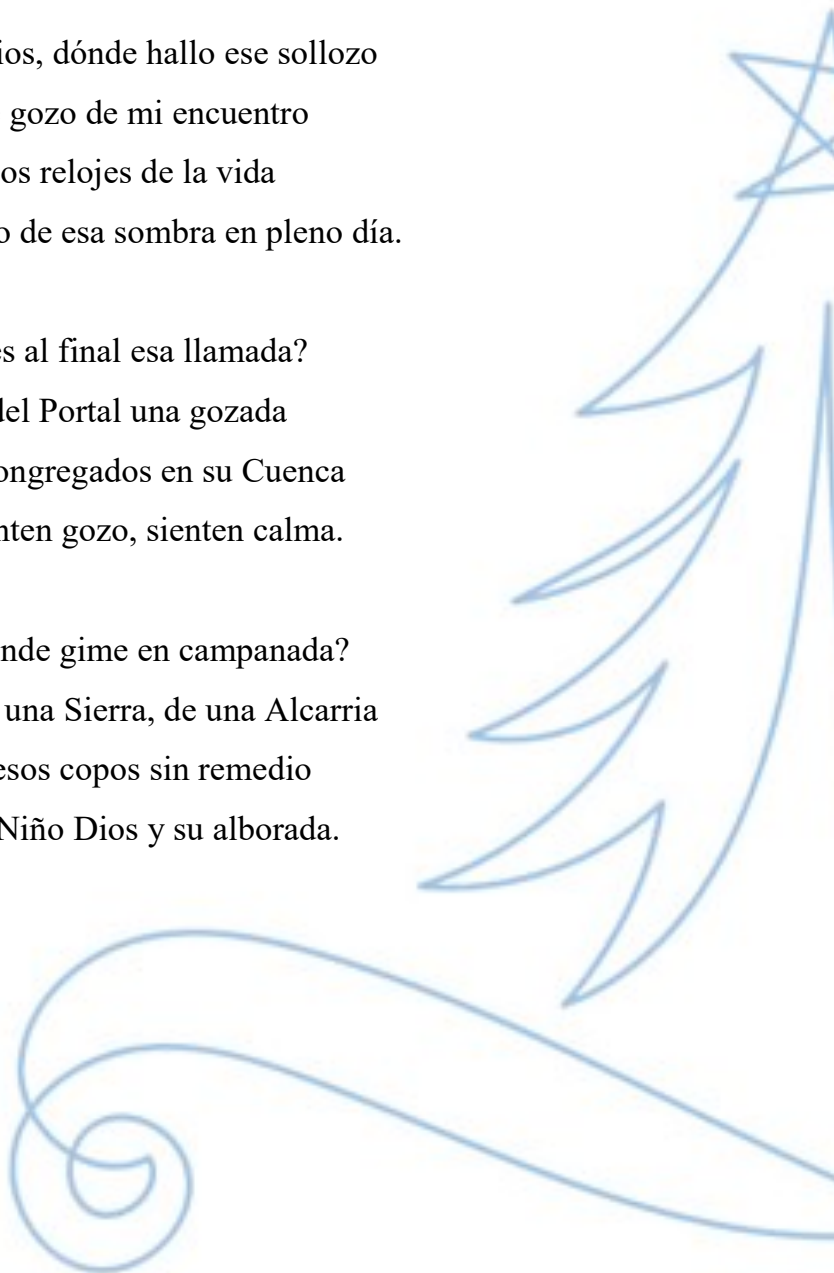


POEMA NAVIDEÑO A TRASPIÉS

Un Belén. Dime Dios, dónde hallo ese sollozo
que me fie ese gozo de mi encuentro
y tintineen los relojes de la vida
mientras sufre un hilo de esa sombra en pleno día.

Dime Dios, ¿es al final esa llamada?
la que hace del Portal una gozada
mientras todos congregados en su Cuenca
sienten peso, sienten gozo, sienten calma.

Es Mangana, ¿dónde gime en campanada?
de una Mancha, de una Sierra, de una Alcarria
donde cuajan esos copos sin remedio
y donde nace el Niño Dios y su alborada.



BAJO EL PORTAL DE LA NAVIDAD

Diciembre ha llegado con hato de música
cantando a la vida porque es Navidad.
Y en esas trincharas de inhumanas guerras
mueren inocentes y a nadie nos duelen.

De Oriente a Occidente se eleva el dolor
en páramos yertos por las vidas rotas
y oprime el rugido del león tirano arrogante
y fiero blandiendo la orden de sembrar terror.

Por las cuatro esquinas de la humanidad
lloran ángeles del cielo por tanta maldad.
Navidad en campos de guerra sin paz.
¿Cómo celebrarla si impera la muerte?

¿Cómo festejarla si en cada inocente
muere mi niño divino nacido en Belén?
Jesús se nos muere en cada patíbulo
de la tierra en guerra sin haber nacido.

Lloran las estrellas de la Nochebuena
por los cristos rotos de cualquier color,
por los agredidos una y otra vez sin portal
ni asilo... falta compasión. Nos sobra rencor.

Bajo el portal de la Navidad, pesebres
de amor. Calor fraternal sin ningún cautivo
en lugar alguno. Paz para la gente de buena
voluntad. Paz sobre la tierra nos nació el Amor.



SIEMPRE HA SIDO LO MÁS FÁCIL

Siempre ha sido lo más fácil
-para algunos-
cuando no están de acuerdo,
llenar las calles y las plazas
de odio y de violencia,
de gritos y de insultos,
de amenazas
y de provocaciones.

Esta España plural
en la que vivo
es tan ancha y diversa
que caben todas las sensibilidades.

Esta España global
en la que sueño
es tan dispar y heterogénea
que caben todas las singularidades.

Por eso llamo a la calma
y a la convivencia
que siempre nos ha identificado,
al abrazo entre hermanos
y al encuentro entre vecinos;
no vaya a ser
que el rencor reciente
nos ofusque los ojos
y tiremos por la borda
tantos años de armonía.

VUELVE LA NAVIDAD.

Blanca paloma
con legado de paz y de alegría
para desmoronar la noche umbría
con su luz de esperanza que ya asoma.

Llega para impregnarnos de su aroma
que tanto amor trasmite en la porfía
por vencer esta inmensa tropelía
que en brazos de la muerte nos desploma.

Con la flor del recuerdo mi palabra
rezuma de dolor en la elegía
y enlutece los pasos del futuro.

Navidad. Ese tiempo donde se abra
un mundo en libertad y en armonía
lo que en mi corazón busco y auguro.



RUSVEL JULIAN NIVIA CASTELLANOS

POETA NOCTURNO

El poeta lee el libro de Esperanza. Se deja arrastrar por los versos que perduran en esas hojas. Son todos poderosos como oleadas de fuego. Impactan en el alma. Estos pronto lo meten a él en una fantasía infinita. Allí claramente resurge lo inmortalista. Se despliega lo espirituoso. En crecida, las fulguraciones lo deslumbran según como estas conciertan la eternidad. Ve volar a su momento cosas increíbles. Y él sigue adelantando las palabras rompientes. Las degusta bajo la noche, poblada de sueños.

Luego el poeta, vestido de negro, llora. La traslucidez ahí condensada en la obra, abre su sentir susceptible, tan querido. De frente al cosmos, comienza a verter lágrimas de amor. Ilusionado y entre un sendero, va descifrando el poemario que tienen en su mano. En total es estético como hermoso. Esa magnificencia de alegorías, le impregna azules hasta darle la limpieza. El hombre de letras; respira a la vez fragancias, cual agradables y frescas. En su interior colige la paz. Con sorpresa, descubre esta verdadera felicidad. La encuentra apenas acaba de comprender los trasfondos de la poesía.

Entre lo otro preferido, José como se llama este artista, coge para su casa. Atraviesa las varias calles. Decidido, sigue caminando ahora bajo unos faroles. Va a paso normal según como rebosa la noche. Ya esquivo por ahí a un transeúnte. Lo precisa ebrio, lo deja atrás y sereno voltea en la próxima esquina.

Al poco tiempo, ingresa a la casa donde vive. Como de costumbre, cierra la puerta. De seguido, pasa a su cuarto estudio. Allí de una sola, se ubica en una silla, mirando de frente al escritorio. Resuelto, toma la pluma suya y un papel.

El poeta se pone entonces a escribir el poema de su vejez. Por inspirado, susurra que lo humano es hacer literatura o revolución, la confía esta iluminación con sabiduría, además dice que el componer renace a costa de sacrificios. Pasa bien a soltar un poco de colores por el arte. Le pone su imaginación a las metáforas. Emanan hasta la misma supremacía. Y en el otro instante, fija la armonía del firmamento nocturno, dando cierre a la última versación. Más, cuando recobra las nociones del presente, José ya se encuentra con Esperanza en el mundo espiritual.



EL CONTRATO

A todo me he entregado
como si fuera a durar.

Con cada persona
cada casa

cada ciudad

firmé un contrato
escrito sobre la piel.

Para decir adiós
he tenido que arrancarme

las cláusulas

a tiras.

Así ha sido

una y otra vez.

Con cada persona

cada casa

cada ciudad.

La letra pequeña

se esconde ya

entre cicatrices.



RAFAEL TALAVERA: EN BÚSQUEDA CONSTANTE DEL VERSO.

Tu verso,
de textura indefinible,
se alza como atalaya,
para contemplar
el celeste inmarcesible,
que gira.

En los labios del poeta,
las luces y sombras son profecía:
se tienden como hilos
en el laberinto
del viaje innominado,
donde todo es principio
una y otra vez.

Y la atávica soledad,
en su abismo elíptico,
puede entender
la justicia abstracta
en tu poesía.

DESPEDIDA

Cuando mañana pierda en mi sentido
ese gozo y la dicha de beberte.

Cuando mi cuerpo ya se encuentre inerte
separado del pueblo tan querido.

Será mi pobre voz un alarido
que grite por la angustia de perderte.
No me quites tu aroma, quiero verte
mas allá de mi cielo prometido.

Llevándote conmigo será pura
la imagen que acompañe mi camino,
tendrá sabor de viñas y llanura,

será mejor mi póstumo destino,
vendrán también la paz y la hermosura
de esta tierra, Señor y de este vino.

JUAN JOSÉ GUARDIA POLAINO

LAS UVAS AGRACES

*a mi amigo Alfredo Martínez Pacheco,
Poeta y Caballero de la Orden Literaria "Fco. de Quevedo"*

Fue en domingo.

Un viento herido de otras geografías,
sopló las riendas del viejo auriga,
y su carro del adiós buscó tu noble frente.
Quedaste ungido en la bocanada de su aliento.

Tú estabas sobre el alféizar del mundo
haciéndole guiños a la vida; descifrando
esa herencia de terrible soledad
que nos somete a los hombres...
-Es larga, muy larga

la lista de cosas que debemos devolver:
la luz,
el agua imaginaria,
las flores de nuestros dioses vegetales,
la lucha indeleble por el nuevo día,
y unas palabras que le tenemos robadas a la esperanza,
y la copa y su ungüento de vida-
Tú solo pedías silencio



para la magnitud del universo contra tu sangre;
esa sangre que te dolía grilletes en la noche.
Pedías el grito abisal a los volcanes,
para que tu corazón fuera espada, y fuera coraza
templada en su lava;
pero en vano, ellos, no quisieron habitar tus sienas.
Yo sé que, al sur de tus ojos,
batallones de palabras vigilaban tu sueño,
y que la tierra te ofrecía su vientre y su trueno;
eran madre, y padre para tu limpio volumen de hombre.

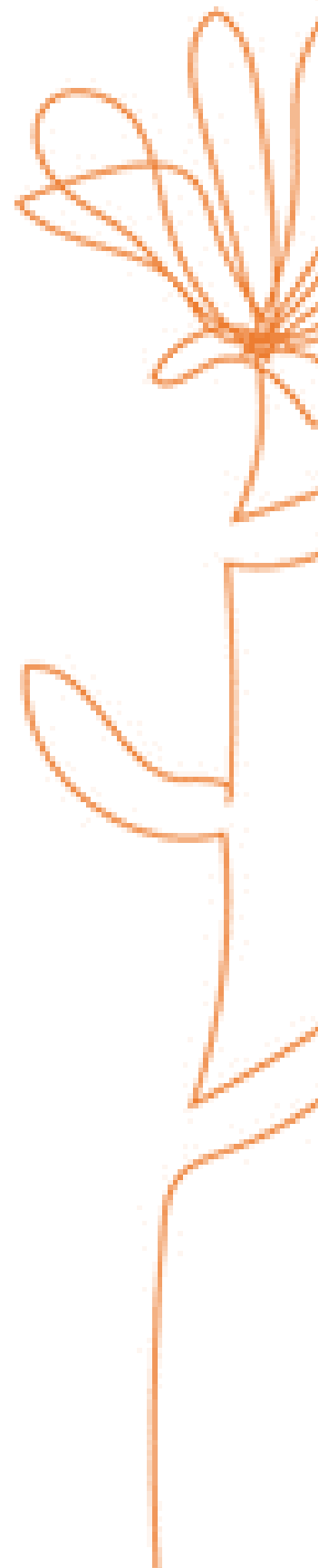
Pero la muerte avariciosa, dejó sobre tus sábanas
las uvas agraces,
su mal vino derramado...

Ahora,
que han huido los cuchillos de la noche
y se han exiliado de tu pecho y de tu mano,
solo la ceniza dirá el fuego de tus palabras;
no tu edad ciega; no tu olvido; no tu dolor...
altura desde el recuerdo
sobre esta tierra que ocupamos,
tú besándola, yo doliéndome.



UN POCO...

Un poco de sal,
un poco.
Un poco de amor,
un poco.
Un poco de agua.
Un poco de luz.
Un poco de aire.
Un poco de amistad.
Un poco de verdad.
No ser engañado.
No ser apuñalado.
Ser comprendido.
Ser respetado.
Para todos un poco.
Para ti, para mí,
para todos los demás.
Es un sueño hermoso
soñar con la paz.





QUE NO SE ATREVAN A ROMPER REGAZOS

Porque hay manos que llevan en la piel
la bondad repartida como un don,
la sencillez cuidando tanta pena;
hagamos de las manos un refugio
donde anide el latido más humano.

Llevamos condición de dar respuesta,
mensaje de alfarero entre los dedos,
juegos que se conjugan
a la intemperie de la ternura
para encontrar paraísos perdidos.

Que no se atrevan a romper regazos,
que ese aire de rosa amanecida
es vocación del hombre
para entender
la claridad del alba en sus rincones.

Que el amor en su asombro nos inunde,
que, aun soñando imposibles,
ha de llenar un vaso de esperanza
para aguardar que el corazón responda.

MARÍA PILAR VALENTÍN DÍAZ

PASIÓN INVERNAL

Por ese impulso que ha sentido
al despertar en la mañana,
desnudos pies, desnuda el alma,
se ha aproximado quedamente a la ventana.
Se ha peinado el campo, descaradamente,
sus cabellos blancos con peines de plata
en la fría noche en que lo anhelaba;
azúcar glacé, dulzura de tierra que ella esperaba,
que ávida y enferma de pasión estaba empapada.
Se ha adornado el campo con marfil y grana,
con venas que fluyen al corazón de la joven despechada
que añora pasiones de viento y de calma,
gimiéndole al frío desde su ventana helada.
De pronto, se abre una puerta,
plegaria escuchada,
el corazón se acelera,
sus venas se inflaman
y siente la niña
el fuego que abrasa,
pasión desmedida
en nieve atrapada
que llega a sus ojos
brillándole el alma;
aparece un jinete
allá en la besana
con estela de fuego
que derrite la calma,
abriéndose paso
en camino de escarcha.
Y llega hasta la hermosa
enredando sus manos,
ansiendo el encuentro
con su fino talle:
le da el más apasionado beso,
como si el mundo se detuviera
y no contara.



POR LA ESPESURA

en dirección a la cumbre
desde la rigidez de las hojas
la he descubierto en silencio de palabra.
Nadie ve el tono gris de su plumaje.
Córneas, pico y cuerpo deformados.
Sólo las alas sobreviven. Tiemblan
entre sendero y sotobosque.
En un ígneo agosto,
su primavera pende de unos hilos...





Juan Meléndez Valdés

Juan vio la luz un 11 de marzo de 1754 en Ribera del Fresno, Badajoz.

En 1767 se trasladó a la Corte para continuar su aprendizaje, siempre bajo la protección de su hermano Esteban y con el deseo de su padre de promocionar las inquietudes de su hijo. Estudió Latín y Filosofía durante tres cursos académicos en el Colegio de Santo Tomás, regido por los padres dominicos, que estaba situado en la calle de Atocha. Completó su formación a lo largo de dos años en los prestigiosos Reales Estudios de San Isidro, libres ya de la tutela jesuítica tras la disolución de la Congregación, donde aprendió lengua griega y filosofía moral. En 1772 se trasladó a Salamanca para iniciar su formación superior en la Facultad de Derecho. Juan Meléndez Valdés falleció el 24 de mayo de 1817 en Montpellier.



LA PALOMA

Suelta mi palomita pequeñuela,
y déjamela libre, ladrón fiero;
suéltamela, pues ves cuánto la quiero,
y mi dolor con ella se consuela.

Tú allá me la entretienes con cautela;
dos noches no ha venido, aunque la espero.
¡Ay!, si esta se detiene, cierto muero;
suéltala, ¡oh crudo!, y tú verás cuál vuela.

Si señas quieres, el color de nieve,
manchadas las alitas, amorosa
la vista, y el arrullo soberano,

lumbroso el cuello, y el piquito breve...
mas suéltala y verás la bulliciosa
cuál viene y pica de mi palma el grano.

Paseos Literarios a través de la singularidad de sus pueblos en Castilla-La Mancha

MIGUEL ROMERO SAIZ

Belmonte, tierra de marqueses
donde el agustino Fray Luis de León,
anduvo a golpe de poesía
Y religión



Mudamos a menudo de lugar y nos reencontramos con excelsos recuerdos. Yo soy viajero, tal cual mucha gente de ahora, pero entre mis viajes siempre dejo de lado la villa de Belmonte por eso de que la tengo ahí. No me puedo perdonar la falta de conciencia después de mi última visita, esa que me permitió el 16 de julio el contemplar por fuera y por dentro una de nuestras maravillas del arte defensivo y que no es otro que su bello castillo de Bellomonte. Cuando lo hice, me recordó al Cid Hestón volcando su lanza por la alameda, luego vi lo que era el lugar, baje al entramado callejero, algo que había hecho tiempo atrás y siempre demasiado deprisa, crucé la antigua plaza del Caudillo, la calle principal aquella que lleva a La Colegiata y en una esquina con puerta cerrada, descansé para reflexionar.



El curioso impertinente



Me da igual subir por un lado que por otro al caserío de este lugar. Si cruzo su puerta principal de la muralla y a traspies de ese arco de la Estrella de la Estrella de la hornacina, el que llaman de los Ausentes –aunque ahora yo no lo esté-, siento un escalofrío por cuanto alguien me observa en mi compostura. Cuando continuo y llego a la calle de La Colegiata, santo y seña de la ciudad monumental, me encuentro la lápida que honra a Fray Luis y en el recuerdo hallo la imagen de aquel año 1958 cuando el erudito Astrana Marín proyectaba aquel libro inédito “La atormentada vida de Fray Luis” y en su lectura junto a él, a este biógrafo de Cervantes y editor de Quevedo, me imagino al catedrático de Literatura Miguel Ángel Pérez Priego, otro erudito actual que ha disertado sobre el fraile de vuelo salmantino en su contexto de ahora, de siglo XX y comienzos de un XXI sin alas y, juntos, evocar la poética. Casi oigo el declamar poético de Nicolás del Hierro y Alfredo Villaverde.

El curioso impertinente



Pero no es de recibo hacer historia al detalle de este maravilloso lugar de Belmonte porque no habría suficiente espacio en papel y tinta, ahora sí, hablar de sus gentes me emociona.



¡Ay, Belmonte! ¡Qué maravilloso entorno el de sus piedras! No solo es Castillo este lugar, porque aquí hay mucho, quizás demasiado entre sus honras: la Colegiata, donde hay más belleza monumental que en todo el lugar; y aquel recuerdo de su Coro, de antaño y de ahora, porque aquí hay debajo piedras del visigodo, de un templo porque lo dice el ábside. Seguro, amigos, seguro. Este Bellomonte que ya citase así por la belleza el papa Inocencio III en el siglo XIII, Sancho IV lo escrituraba para sacar dineros para el infante Juan Manuel y su recorrido murciano, éste que iniciase años después la construcción de su Alcázar primitivo y sus murallas –o por lo menos eso dice la Chronicon Domini Johannis, o cuando Enrique II en 1367 le concede el título honroso de Villa, bien merecida sin duda, dándole Fuero como al Castillo de Garcímuñoz.



El curioso impertinente

Pero Belmonte añora pasado poderoso. Tiempos de su primer alcalde del castillo, un tal Álvaro Fernández de León, no sé si familia del fraile por eso del apellido, luego ese Pacheco, aquí nacido, que llegase a ser Marqués de Villena y por eso este lugar fue de su jurisdicción por mucho tiempo, luego la “Oda a Salinas” del poeta, no sé si la riqueza de Capellanías también le diera la riqueza espiritual al lugar. Dicen los papeles que hubo muchas en esa Colegiata con advocación a San Bartolomé: la de Juan de Hínestrosa, la de Pedro de Morales que llaman de Santa María de Gracia, la de Juan de Zisnero, la de ese patronato que fundó Juan de Monreal o el Hospital de San Andrés de casar huérfanas administrado por el fraile Jerónimo del Parral.

Pero no es de recibo hacer historia al detalle de este maravilloso lugar de Belmonte porque no habría suficiente espacio en papel y tinta, ahora sí, hablar de sus gentes me emociona. Tal vez, en la misma plaza del Ayuntamiento, la que ahora sujeta el busto de Fray Luis es buen lugar para charlar con la alcaldesa Angustias, orgullosa de su pueblo, y la siempre embaucadora de proyectos, Inés Valverde, filóloga del tiempo, la que me seduce con sus comentarios del lugar, de éste que bien conoce.



El curioso impertinente



Allí, el colegio de los Trinitarios, no muy lejos el de los franciscanos fundado por aquel Juan de Haro con su capilla de la Concepción, las monjitas de Santa Catalina la Real, o qué decir de Juan del Castillo, mártir en las Américas y santo en Roma, descansando con otros, al lado de la plaza del Pilar con los soportales acolumnados de recuerdo de antaño. Todo me abrumba por solemnidad y entre medias, sus gentes acostumbradas a pasear entre tanta belleza y que entre sus costumbres hablan de “no meter del dedo en el puchero” cuando alguien ha muerto para evitar comer gachas, al hilo también de su fiesta de San Bartolomé, la del folclore del estío en el verano, un poco después, en septiembre, la de su Virgen de Gracia aunque antes haya tenido lugar la de la Virgen de la Estrella con devoción y rezo ante su imagen y arco, los mayos a la Cruz, o ese San Antón que tanto recuerdo encierra entre sus lugareños. Vengan, venga a verlo, no defrauda a nadie.



Viajen y visiten este lugar, en La Mancha Conquense, a tiro de piedra de los molinos quijotescos de Mota del Cuervo, y respirarán historia y poesía a raudales.

Este fotógrafo austriaco es un gran apasionado del mundo y de todo aquel que lo habita. Consigue plasmar, de un modo único la libertad de los movimientos a través del objetivo. Su impronta la presenta a través de sus imágenes donde consigue grandes sensaciones a los ojos de las personas que las miran.

La fotografía de... Christian Kneidinger

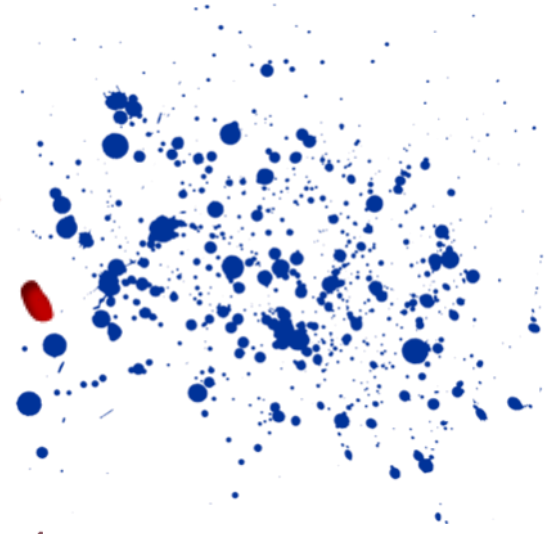


El fotógrafo Christian Kneidinger



JOSÉ MANUEL MÓJICA LEGARRE

Annular.



Un joven soldado caminaba arrastrando los pies atravesando el duro paisaje marroquí, árido, polvoriento y borroso, que se extendía ante sus ojos tras un telón bailarín de reverberación solar. Los pies, excesivamente hinchados, queriendo escapar de unas alpargatas que fueron blancas y de las vendas kakis mal ajustadas, que le cubrían de las rodillas a los pies dejando parte de carne blanca a la vista, le pesaban como si el extremo de las piernas llevase dos bloques de plomo. Y el uniforme, raído, plagado de piojos, ya sólo le servía para que el correaje no determinase de dejarle los hombros en carne viva. Sin tener clara consciencia de cuanto le rodeaba, ignorando el miedo que le abrazaba con fuerza, el hambre, la sed, y el dolor que hacía aullar a cada centímetro de su cuerpo, se dejó hacer de rodillas y perdió el conocimiento.

Cuando despertó creía recordar vagamente que se llamaba Jorge Gascón, que servía en África como soldado de reemplazo en el 42 de Ceriñola y que llevaba dos largos años pateando aquella tierra dejada de la mano de dios; pero la pesadez de cabeza que le invadió de repente y el pinchazo de dolor que pareció nacer de sus labios resquebrajados, para extenderse con rapidez hasta los últimos recovecos de su cuerpo, terminaron por despertarle completamente.

El curioso impertinente

Lo primero que hizo cuando pudo abrir los ojos fue mirar a su alrededor para saber dónde se encontraba y, al constatar que estaba en el fondo de un barranco de paredes resacas, al abrigo de miradas asesinas, echó mano de la cantimplora que colgaba mansamente de su cinturón porque la sensación de sed que le invadía era terrible.

El sabor de los orines que violentó su paladar al tragar el líquido espeso, que pasó a golpes de gollete a su gatzate, le puso los recuerdos en su sitio y, tras enjuagarse la boca con los meados que llenaban a medias su cantimplora de reglamento, empezó a recordar cómo había llegado hasta el desfiladero.

Cerró los ojos formando en su rostro un gesto de infinito cansancio, y apoyó la espalda en la pared terrosa del cauce seco que le protegía del violento sol. Se palpó el cuerpo y, a llegar al hombro izquierdo, sintió algo pegajoso. Llevaba un tiro, aunque no le dolía demasiado; pero aquel somero examen de su cuerpo baldado por la fatiga, el hambre y la sed, le procuró la agradable sorpresa de hallar unos cigarrillos mal liados y algunos fósforos.

Tras fumar con delección uno de aquellos petardos malolientes que la tropa llamaba pomposamente cigarrillos, se puso en pie para reconocer el terreno; la compañía del mosquetón que halló a su lado y el verificar

que todavía disponía de treinta y cinco cartuchos, le tranquilizó en parte. Al erguirse, no sin cierto esfuerzo, pudo distinguir entre las piedras dos cadáveres medio comidos por los coyotes; pero aquello ya no

Las cargas del regimiento de caballería "Alcántara" significaron una de las mayores gestas de la historia del Ejército español. Al finalizar el día, el regimiento dejó de existir.



Sables bizarros. Ferrer Dalmau

El curioso impertinente

CAMPAÑA DEL RIF, 1921.-MONTE ARRUIT. Aspecto de los alrededores llenos de cadáveres de españoles asesinados por los moros.



le asustaba en absoluto porque venía caminando desde la posición de Igueriben, y había pasado por Annual contemplando desde lejos cómo los soldados españoles, abandonados por la mayoría de sus oficiales después que las tropas regulares moras chaquetearon pasándose al enemigo, arrojaban los heridos al suelo o se mataban entre ellos por subirse a lomos de una mula que les permitiese llegar a Monte Arruit, sin saber lo que hacían sólo para morir asesinados días más tarde por los rifeños que les habían prometido respetar sus vidas si se rendían.

¿Dónde estaba el tan cacareado honor?, y sobre todo ¿en qué parte de aquellas colinas pelonas, feas y sin gracia, se había escondido el famoso valor, la combatividad, el arrojo suicida del ejército español? Sólo cuando Jorge contempló desde la cima de una colina, escondido tras unas piedras, el corajudo sacrificio del Regimiento de Caballería Alcántara, cargando contra fuerzas superiores, con desprecio de sus vidas, tan cojonudos ellos, en un esfuerzo por proteger la de sus compañeros que huían en desbandada, pudo recuperar algo de fe en los soldados que vestían su mismo uniforme; pero aquel espejismo de valor casi se había borrado de su memoria empujado por el hambre, el cansancio y la sed.

Al acercarse y distinguir que uno de los muertos era un oficial, casi un niño, al que habían cercenado las piernas a la altura de la rodilla para robarle las botas de montar, sintió el impulso de huir a la carrera; no obstante, la gazuza que corría sus entrañas, le hizo buscar en las mochilas de los muertos por si podía encontrar algo comestible y en las cantimploras por si acaso hallaba algo de líquido.

El curioso impertinente

El currusco de pan duro, manchado de sangre, que halló en los bolsillos. de uno de los cadáveres le supo a gloria, ni se molestó en quitarle la parte salpicada porque, en esos. Niveles de sufrimiento, poco importaba un detalle tan nimio; estaba más que har-to de ver cruzados en lomos de mulos a compañeros suyos, muertos, que los más caritativos cubrían con las guerreras para que no se viera que los habían decapitado. También estaba hasta los huevos de ver aquellos pequeños autobuses con la baca cargada de cadáveres cuya sangre corría en finos hilos por los polvorientos cristales dejando un rastro de cordones negruzcos asediados por las moscas, como estaba hasta la coronilla de beber orines por falta de agua; pero ante todo, estaba hasta los cojones de aquella guerra a la que le habían mandado, arrancándolo de la fértil tierra de su pueblo, para defender un pedazo de terreno, desabridamente seco, en el que nada se podía sembrar, en el que nada podía crecer.

Al pensar en la siembra, se le agolparon en un rincón de la memoria las huertas de su aldea, el verdor del soto en el río y el acento cantarín de las aguas del arroyo en la primavera, cuando la fuerza del deshielo se ocupaba de preñar los cauces llenándolos de agua limpia y fresca; de manera involuntaria paladeó la pureza de aquellas aguas limpias, eternas, con la lengua del recuerdo, sorprendiéndose al darse cuenta que ya no le dolía en el alma la certeza de que nunca podría volver a su pueblo. Sabía que había llegado al final del camino y que sólo le mantenía en pie el miedo a ser sorprendido por algunos de los cabileños que iban buscando heridos, como carroñeros, para rematarlos y robarles lo que tuviese de valor, los cartuchos y los correajes; aunque por momentos le seducía la idea de abandonarse al sueño, a la fatiga y dejarse morir, la tozuda voluntad que atesoraba para sobrevivir a pesar de todos los sufrimientos, le impulsaba a seguir caminando para buscar la protección de sus compatriotas.

Por momentos trataba de engañarse prometiéndose a sí mismo que, algún día, sentado bajo la higuera de la huerta o bien protegido por las oliveras del monte, recor-



El curioso impertinente

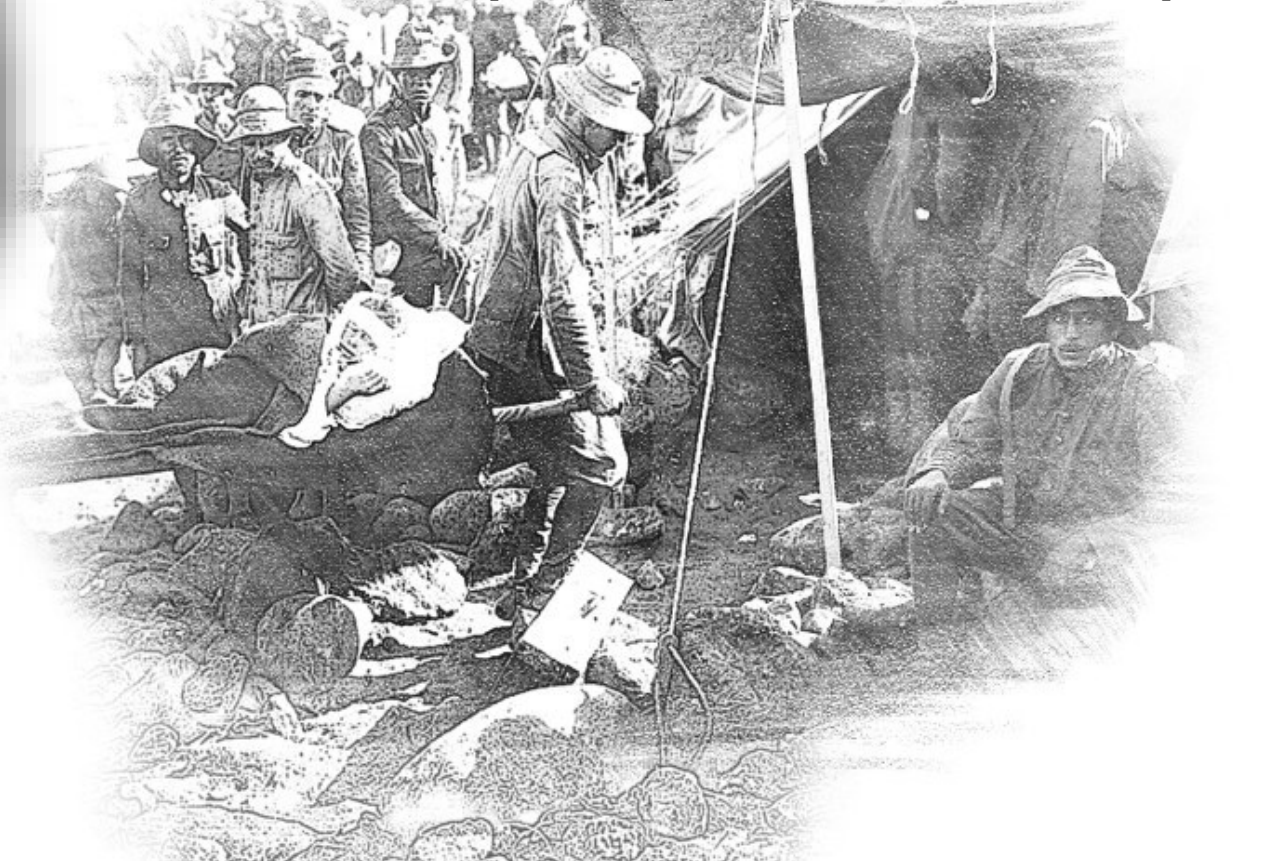
daría todo este sufrimiento con una sonrisa, mientras el chorro de vino de la bota canturreaba en la comisura de sus labios para ayudar a pasar el pan y el jamón del companaje; la idea de beber, la sensación del vino salpicando en su boca, bailando en su paladar, el recordado sabor del pan blanco y la grasa del jamón le pusieron de nuevo un nudo en el estómago haciendo presente, hiriente, el hambre y la sed que arrastraba.

Mientras se echaba el mosquetón al hombro comenzó a caminar, ignorando el dolor y los calambres que agarrotaban sus músculos, mientras que en su cerebro se instalaba poco a poco una idea inquietante, molesta: Si hubiera tenido dinero se hubiera librado de la guerra como el hijo de don Pedro, el alcalde. ¡Qué mierda el ser pobre! Él apencando en una guerra mientras Pedrito corría en el pueblo detrás de las faldas y se relamía de gusto en la taberna.

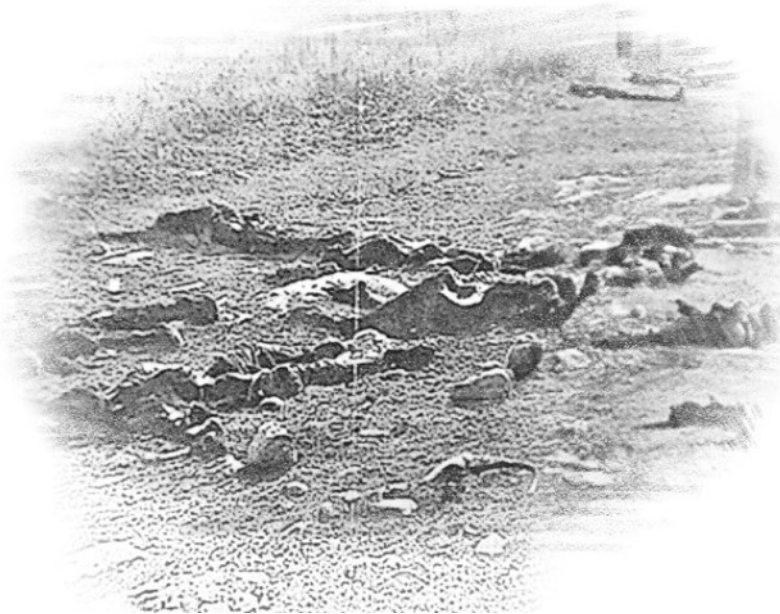
La visión del petimetre revolcándose con alguna moza en el pajar, o bebiéndose un chato de vino sentado en la tasca, mientras que él se arrastraba muerto de hambre y de sed en aquella tierra inhóspita, tuvo como primer resultado el de enrabetarlo y, como segundo el lograr que su paso se acelerase como si quisiera llegar deprisa a su pueblo y romperle los morros al holgazán zangolotino que disfrutaba de la vida mientras él, un honrado labrador que sabía del esfuerzo que cuesta ganarse el pan de cada día, apechaba con la tarea más sucia que la humanidad había inventado: La guerra.

Antes de abandonar la protección del barranco, se asomó prudentemente por si algún grupo de moros de las jarcas enemigas patrullaba por aquella zona. Como no distinguió movimiento en la llanura, inició un portantillo torpe en dirección a la loma más cercana; a los pocos pasos todos los músculos de su cuerpo emprendieron una protesta dolorosa, al tiempo que su pecho comenzaba a jadear con un silbido ronco que le metía en los pulmones el fuego del mediodía marroquí.

El sol caía a plomo sobre su desprotegida cabeza cuando se derrumbó bajo la exigua protección de unos arbustos, ralos, que a duras penas daban sombra. Cuando recuperó el



El curioso impertinente



aliento trató de beber un trago de su cantimplora; pero los fétidos orines recalentados le provocaron arcadas y tuvo que desistir.

Cerró los ojos y trató de acomodar su cuerpo al relieve del terreno para evitar que las piedras le hicieran daño.

- ¡Descansar y una sombra, Dios mío! ¡Mira que poco te pido!

Aquella especie de oración murmurada entre los labios agrietados no le calmó en absoluto. ¿Dios? ¿Qué dios podía permitir una burrada como aquella? ¡Que le den por culo a dios!, gritó en el ardiente silencio; pero, apenas un segundo después, mientras su cuerpo se abandonaba inconsciente al solazo africano, pedía perdón persignándose con prisa, empujado por los años de educación católica que le habían metido el miedo al infierno en el alma.

Abrió sus ojos trata do de escapar poco a poco del desmayo. Temblaba de frío bajo la helada palidez de la luna; su cuerpo, expuesto al sol desde el mediodía, protestaba por el drástico cambio de temperatura y, como al desgaire, unió a los temblores el hambre y la sed. Desorientado, Jorge, el soldado Gascón del 42 de Ceriñola, se puso en pie con movimientos torpes intentando adivinar hacia dónde debía encaminar sus pasos; un minuto más tarde volvió a sentarse porque era incapaz de fijar la ruta que debía seguir para llegar a Melilla. De repente un sollozo infantil, desgarrador, violento, le llenó la garganta y lloró como un niño perdido, abandonado era más exacto, sacudiéndose desamparado en la soledad del secarral; pero su llanto, huérfano de lágrimas, no pudo calmar su ansiedad. De manera maquinal trasegó los orines que todavía quedaban en la vasija de aluminio y se puso en pie para tratar de reponer el contenido de la cantimplora.

Nada. Ni siquiera una triste gota salió de su cuerpo; estuvo tentado de tirar el recipiente vacío pero, la vana esperanza de encontrar agua en el momento, se lo impidió y, con un gesto desesperado, enganchó la cantimplora en el correaje.

Trató de serenarse porque, desde algún rincón todavía activo de su abotargado cerebro, una voz muerta le susurraba que si no comenzaba a caminar en busca de protección moriría sin remedio. Debía encontrar agua y comida para reponer fuerzas y llegar hasta Melilla si fuera preciso; pero en las condiciones en las que se hallaba, si el solo hecho de ponerse en pie ya resultaba difícil, cuánto más el caminar hasta una ciudad que ni sabía dónde se encontraba, ni la distancia que debía cubrir para llegar.

Con un doloroso esfuerzo que le hizo sofocar un grito de dolor, el soldado se puso en pie y dio comienzo a la tortura insoportable de poner un pie delante del otro. El mosquetón, pesado como una piedra de molino, le laceraba sin piedad el hombro y, sin embargo se agarraba al arma como si, por sí misma, fuera capaz de protegerle de todo mal.

El curioso impertinente



La noche pasó junto al peregrino de aquellos secarrales, sin que éste tuviera consciencia de que seguía caminando con la tozudez de quien se ha fijado una meta y sabe que, de no alcanzarla, la muerte será su único premio.

El amanecer le sorprendió marchando embrutecido, con la mente en blanco, sin tener pleno conocimiento de hacia qué lugar le conducían sus llagados pies; pero un reflejo metálico le hizo abrir los ojos.

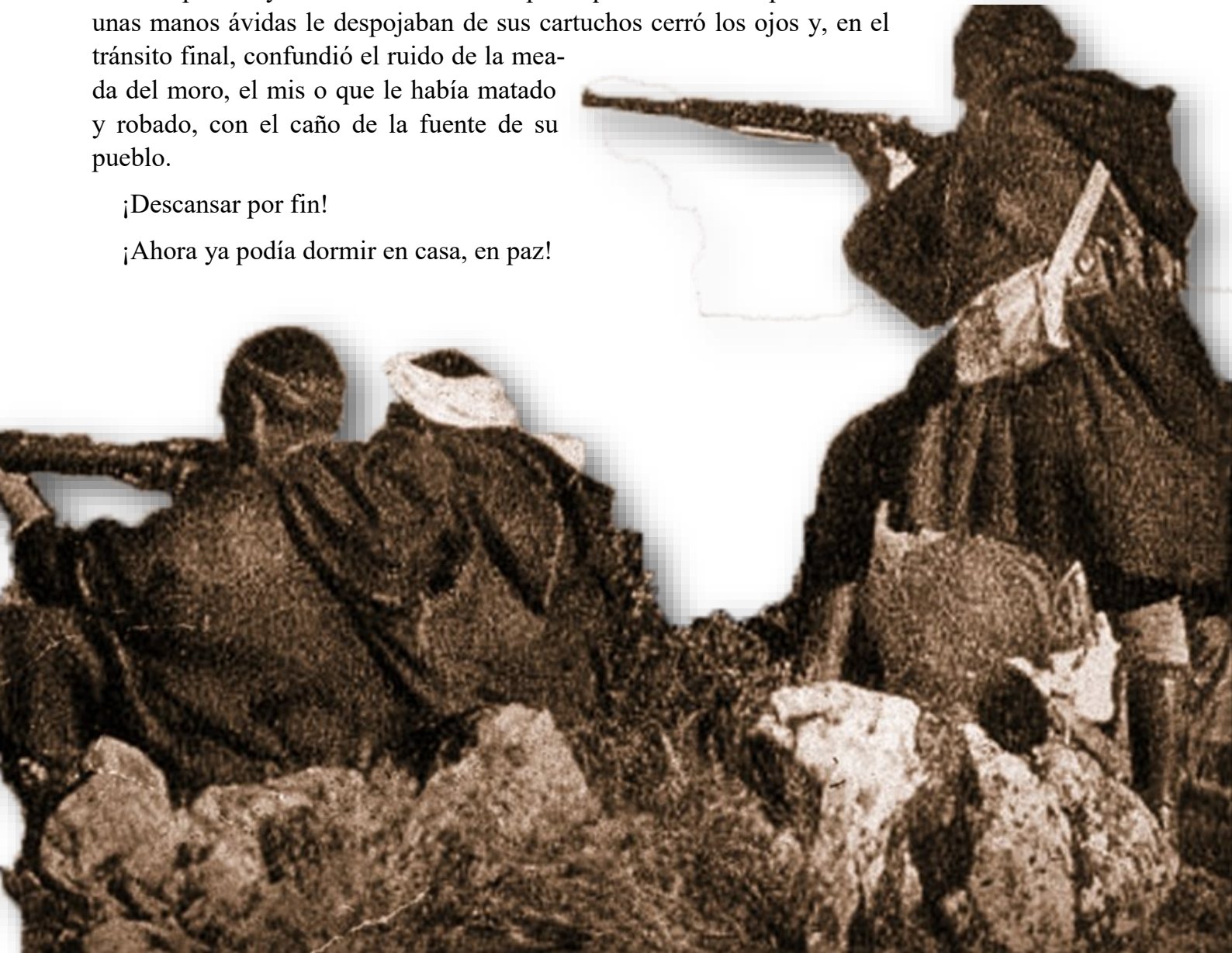
¡Las vías del tren! ¡Había encontrado la línea del ferrocarril que unía San Juan de las Minas con Melilla! La emoción del hallazgo le devolvió las fuerzas perdidas en la huida y, por un momento se olvidó del hambre y la sed.

Según sus cálculos debía encontrarse en algún punto entre Nador y Melilla, o sea, a menos de quince kilómetros de la ciudad que suponía su salvación. Con la alegría llenándole el pecho inició lo que él creía una veloz carrera hacia su destino, cuando en realidad caminaba torpemente a pequeños saltos; pero la proximidad de la meta, el hecho de haber burlado a la muerte le hacía olvidar el dolor que bramaba en cada uno de sus músculos. Pronto comería, bebería y sanaría sus heridas entre las blancas sábanas del hospital. ¡Se había salvado!

Se dio cuenta de que había caído cuando su cara chocó violentamente con la reseca tierra. Apenas oyó el eco de la bala del paco que le taladró el pecho. Mientras unas manos ávidas le despojaban de sus cartuchos cerró los ojos y, en el tránsito final, confundió el ruido de la meada del moro, el mis o que le había matado y robado, con el caño de la fuente de su pueblo.

¡Descansar por fin!

¡Ahora ya podía dormir en casa, en paz!

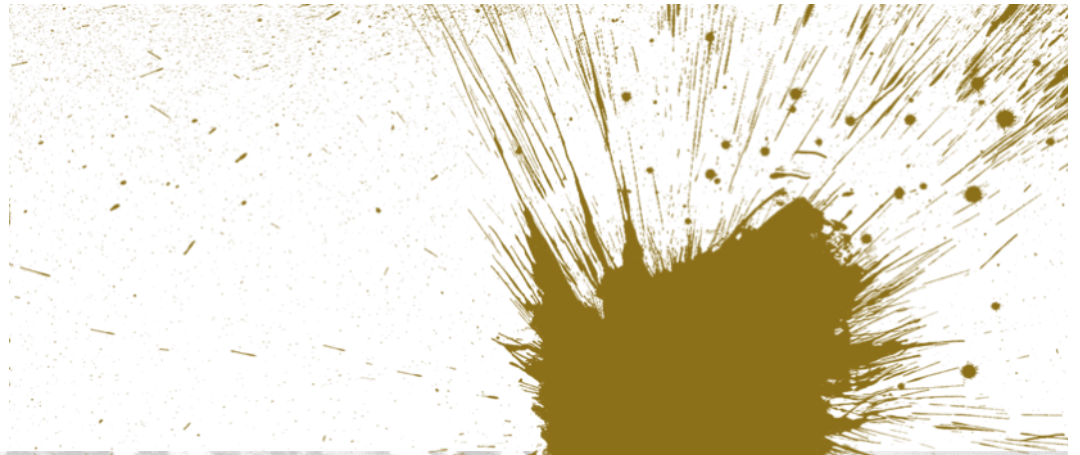




Christian Kneidinger

Christian Kneidinger
Photography

L.M.M.



Heliogábalo: un incomprendido de la historia

Marco Aurelio Antonino (Emesa, Siria; c. 203-Roma, 11 de marzo de 222) fue un emperador romano de la dinastía Severa sucesor del emperador Carcalla, del que tomó sus nombres, y que reinó desde 218 hasta 222. Su nombre de nacimiento era Vario Avito Basiano, hijo de Julia Soemia Basiana y Sexto Vario Marcelo, y en su juventud sirvió como sacerdote del dios El-Gabal en su ciudad natal, Emesa. Al convertirse en emperador tomó el nombre de Marco Aurelio Antonino Augusto, conocido como Heliogábalo -en referencia a una deidad erótica de los fenicios- de tendencia transexual, ofreció una gran recompensa al médico que le convirtiese en mujer quirúrgicamente. Al no encontrarlo, lo sustituyó por la circuncisión.

Heliogábalo se pintaba los ojos, se depilaba y lucía pelucas para prostituirse en tabernas y prostíbulos, e incluso en el palacio imperial.

El curioso impertinente



Elasabale s'attira par sa debauché, et par sa cruauté, la haine du Sénat, du peuple, et des soldats, par lesquels il fut enfin massacré avec sa mère, qui le venoit secourir.

Estuvo casado cinco veces con mujeres, dos vestales que no se conoce el nombre, Julia Cornelia Paula, Juli Aquilia Severa y Annia Fausitina. Con ninguna de ellas estuvo mucho tiempo, pero según Dión Casio, su relación más estable parece haber sido la que mantuvo con su auriga, un esclavo rubio de Caria llamado Hierocles, a quien incluso se refería como su marido. Antes que abdicara en favor de su esposo y se convirtiese en emperatriz, su guardia pretoriana lo asesinó ahogándolo en excrementos de una letrina y luego lo arrojaron al Tiber junto a su madre Julia Soaemias

La Historia Augusta sostiene que también se casó con un hombre llamado Zotico, un atleta de Esmirna, en una ceremonia pública en Roma.

Como ya hicieron ciertos emperadores romanos antes, vagaba por las calles de la ciudad, al anochecer, disfrazado de mujer, ofreciendo su cuerpo a los desconocidos para el intercambio físico. Visitaba a los burdeles y contentaba a los clientes. Según Dión Casio:



Helio Gabalo fue sacerdote del Dios Sol en su ciudad natal Emesa, la actual Homs

Helio Gabalo se pintaba los ojos, se depilaba y lucía pelucas para prostituirse en tabernas y prostíbulos, e incluso en el palacio imperial.

Finalmente, él reservó una habitación en el palacio y allí cometía sus indecencias, permaneciendo siempre desnudo en el umbral, como hacen las prostitutas, y moviendo la cortina que colgaba de anillos dorados, mientras que en una voz suave y conmovedora se ofrecía a los que pasaban por el corredor.

En Roma nadie se atrevía a rechazar una invitación para cenar con el emperador. Lo mejor que se podía esperar era una velada de lo más desagradable; lo peor una muerte particularmente indigna. Porque el joven emperador dedicó su corto reinado a gastar pesadísimas bromas a algunos de sus infortunados súbditos.





Una de sus diversiones predilectas era la de invitar a cenar a los siete hombres más gruesos de Roma, a los que les servía comida artificial elaborada con cristal, mármol y marfil que estaban obligados a comer. Sus despilfarros vaciaron las arcas romanas. Se dice que fue el primer romano en usar prendas confeccionadas totalmente en seda llamando mendigos a aquellos que usaban por segunda vez una vestimenta que hubiese sido lavada.

Para ocupar la prefectura del Pretorio llamó a un bailarín que había actuado en Roma como actor, nombró prefecto de la guardia al auriga Cordio y prefecto de los víve-



res al barbero Claudio. Ordenó recaudar los impuestos de herencias a un mulatero, a un corredor, a un cocinero y a un cerrajero.

Heliogábalo es uno de los emperadores romanos más vilipendiados por los historiadores antiguos. Por ejemplo, Edward Gibbon escribió que Heliogábalo «se abandonó a los placeres más groseros y a una furia sin control». B.G. Niebuhr consideró que el nombre de Heliogábalo quedaba grabado en la historia por encima de otros debido a su «indescriptiblemente desagradable vida».

De su muerte, Dion Casio dejó escrito:

Intentó huir de los pretorianos, y podría haber llegado a algún lugar escondido en un arcón, pero fue descubierto y le dieron muerte, a los 18 años de edad. Su madre, que lo abrazó estrechamente, pereció con él; cortaron sus cabezas y sus cuerpos, después de haberlos desnudado, primero los arrastraron por toda la ciudad, y luego el cuerpo de la madre fue dejado en algún lugar, mientras

FELIZ NAVIDAD





Christian Kneidinger

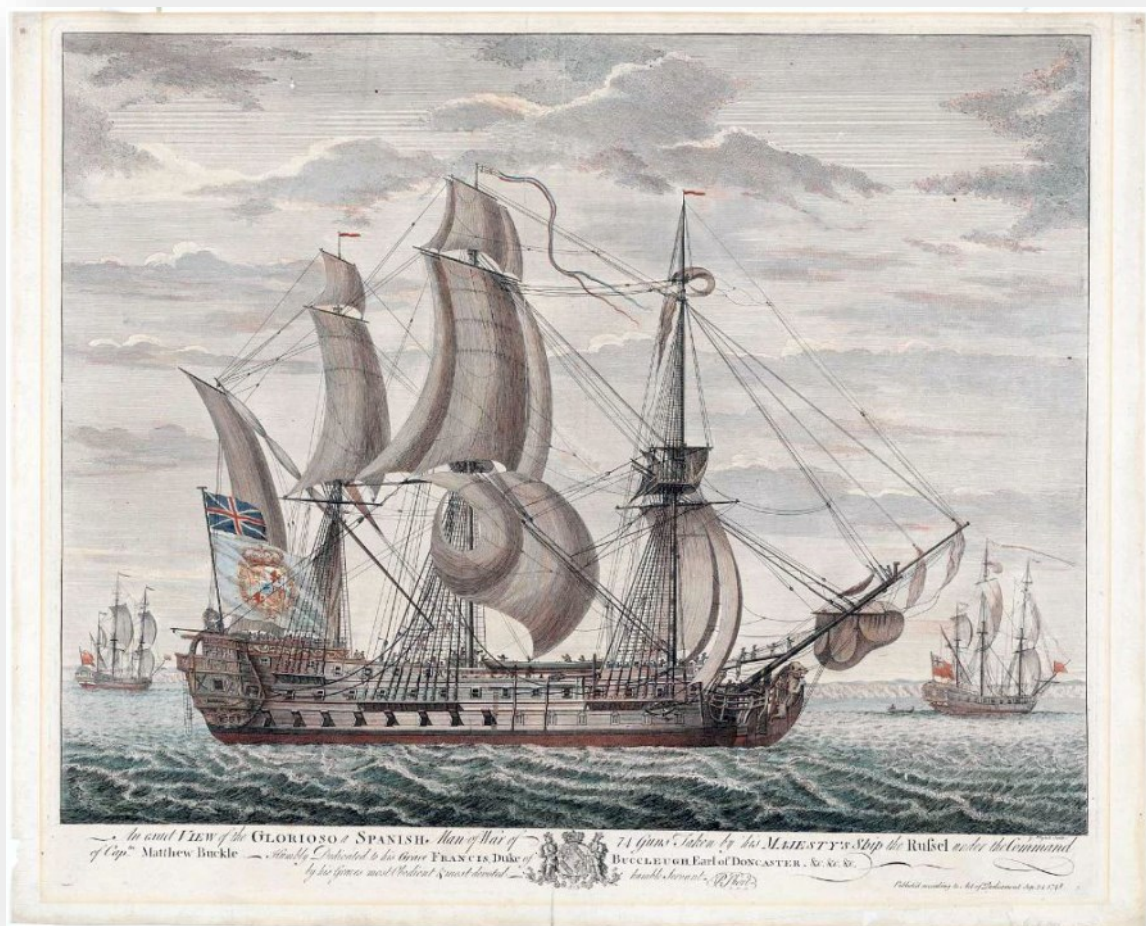
Christian Kneidinger
Photography



LUIS MANUEL MOLL JUAN

La gesta del "Glorioso"

En 1747 reina Fernando VI, el segundo Borbón. España ya no es el imperio invencible de antaño, pero es todavía una gran potencia. Después de que el almirante inglés Vernon, sufriera la más deshonrosa derrota a las manos del almirante español Blas de Lezo en el asedio a Cartagena de Indias, o después de la poco conocida historia del almirante Juan José Navarro, que resistió los embates de los hijos de la Pérfida Albión en el cabo Sicié, conocida también como "la batalla de Tolón", un navío español fabricado en la Habana y cuyo nombre es el de Glorioso, iba a protagonizar una



El curioso impertinente



Combate del Glorioso, a la izquierda en primer término, con el navío Russell, en primer término a la derecha. En el extremo izquierdo se observan los restos del navío Darmouth hundiéndose en llamas. A la derecha una fragata rezagada (posiblemente la Prince Frederick) y con graves averías tras su encontronazo con el navío español. En el centro, más alejadas, dos fragatas que se unen a la cacería del jabato español. Pintura de autor desconocido. National Maritime Museum, Greenwich, Londres

travesía épica en los anales de la historia naval de España e incomparable en ninguna otra batalla naval.

Tres palos, dos puentes y 70 cañones, excelente diseño para las travesías atlánticas sin ser veloz. Su comandante, un cordobés veterano en campañas navales, caballero de la Orden de Malta, Don Pedro Mesía de la Cerda, a quien le fue comendada la misión de llevar unos cuatro millones de pesos duros en plata americana, a España, superando los bloqueos de la superpotencia británica.



Grabado de John Boydell fechado en 1753..La escena muestra, en primer término, a la fragata King George que queda rezagada por los destrozos causados por su encuentro con el Glorioso, que vemos en el extremo derecho, el cual, mientras se cañonea con otra fragata inglesa a la que también está causándole graves averías, sigue intentando dejar atrás a la jauría de fragatas que intentan darle caza. Al fondo, borrosamente, se observa la llegada de más buques ingleses.. Los Ángeles County Museum off Art

Era el verano de 1747 y lo que aparentaba una navegación tranquila, al llegar cerca de la isla de Flores, en las Azores, lugar donde don Álvaro de Bazán había derrotado a una escuadra inglesa en 1590. Pero ahora la situación es distinta; ahora los españoles están en inferioridad. Y es precisamente aquí donde comienzan los problemas. Don Pedro avistó un convoy inglés escoltado por un navío de línea, el Warwick, artillado con 60 cañones, la fragata Lark, de 44 cañones y un paquebote de 20 piezas de artillería, todos ellos bajo el mando del comodoro Crooksanks . El capitán español tiene órdenes muy estrictas: hay que llevar el tesoro a España a toda costa. Así que, rauda, ordena des-



Combate del navío Glorioso con el navío Darmouth.

Se observa que el Glorioso, a la izquierda, está castigando severamente al navío inglés, a la derecha, al que se le aprecia muy dañado en su jarcia, sin el palo trinquete y con el bauprés roto. Obra de Ángel Cortellini Sánchez. Pintado en 1891. Museo Naval de Madrid

plegar velas y salir zumbando. Pero los ingleses le han visto y salen en su búsqueda: el paquebote queda con el convoy y el navío Warwick y la fragata Lark salen tras esa presa, muy jugosa y aparentemente fácil.

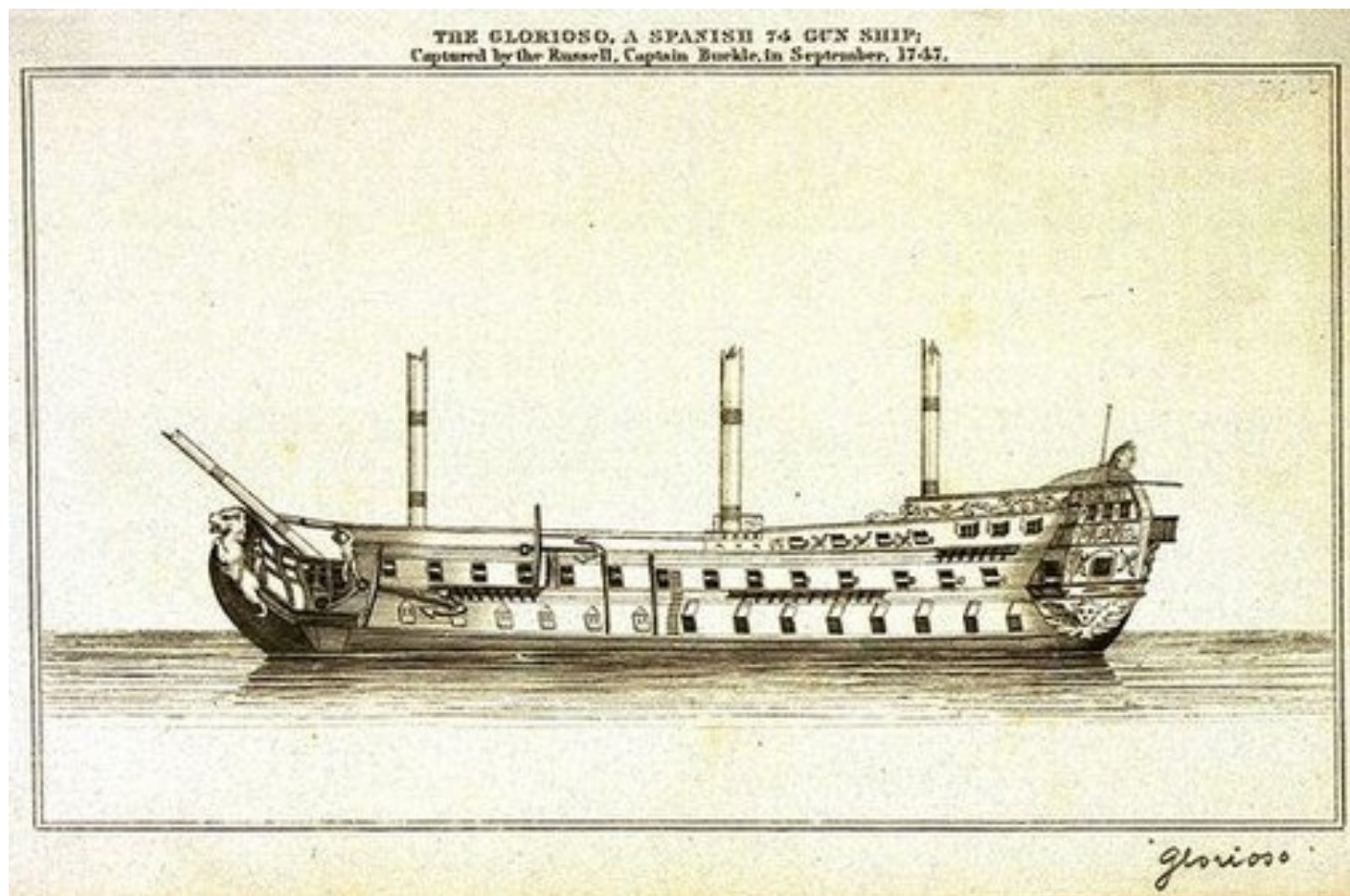
La fragata, confiada, largó todo su aparejo para dar caza al Glorioso e intentar batir sus palos para así dar tiempo a que el Warwick se acercase y rematar la faena. La noche había caído sobre la trampa de lobos marinos, la luna llena era su único testigo. El español, navegaba a todo trapo y con viento de Barlovento sabedor de su inferioridad, la Lark, más rápida llegó por popa y comenzó el fuego. Para sorpresa de los ingleses, a popa del Glorioso habían instalado una batería de cuatro piezas de veinte libras que destrozaron en unas pocas andanadas y gracias a la perípeca de los artilleros españoles, a la fragata inglesa. Sobre las dos de la madrugada el navío de línea Warwick entablo combate con el Glorioso, el inglés perdió su palo mayor y parte del trinquete dejándolo desarbolado totalmente. El navío inglés se retiró con el rabo entre las piernas. Que no siempre los ingleses, aunque lo vendan con orquesta, parieron leones.

El curioso impertinente



El Glorioso retomó su rumbo mientras sus hombres reparaban los daños del combate. Ya quedaba poco para llegar a España: a lo lejos, en el horizonte, se divisaba la costa gallega de Finisterre. Pero ese mismo día, 14 de agosto, aparece un nuevo enemigo, aún más poderoso: tres barcos ingleses, un navío, el Oxford, de sesenta cañones, la fragata Sorehan de catorce y la corbeta de catorce piezas. Esta vez la táctica inglesa fue distinta: el navío atacó frontalmente a nuestro Glorioso. Al cabo de tres horas de cañoneo, el barco inglés se retiraba hecho una ruina.. Se lanzaron entonces a por el Glorioso, pero los cañones de don Pedro y su pericia marinera y la mayor potencia de los españoles hizo retroceder al Oxford. La fragata y la corbeta tomaron entonces el relevo pero el capitán español, vencido el mayor escollo, decidió avanzar hacia la costa para no poner por más tiempo en riesgo su preciada carga. Los dos barcos aún en liza trataron de desviarlo pero el Glorioso aguantó las salvas enemigas sin apartar su proa del puerto de Corcubión, en donde atracó entre vítores el 16 de agosto con su botín sano y salvo, con el bauprés hecho añicos, la popa totalmente acribillada, cinco muertos y más de cuarenta heridos, pero tras de sí había dejado un rastro de cinco buques enemigos vencidos y con el rabo entre las piernas.

Como apenas pudo arreglar muy por encima los daños de su barco, De la Cerda puso rumbo a Ferrol con idea de reparar en condiciones el navío en sus astilleros. Sin embargo, los vientos eran contrarios y tras varios días luchando contra el



Grabado inglés que representa al Glorioso desarbolado tras su captura por el navío Russell comandado por el capitán Buckle.

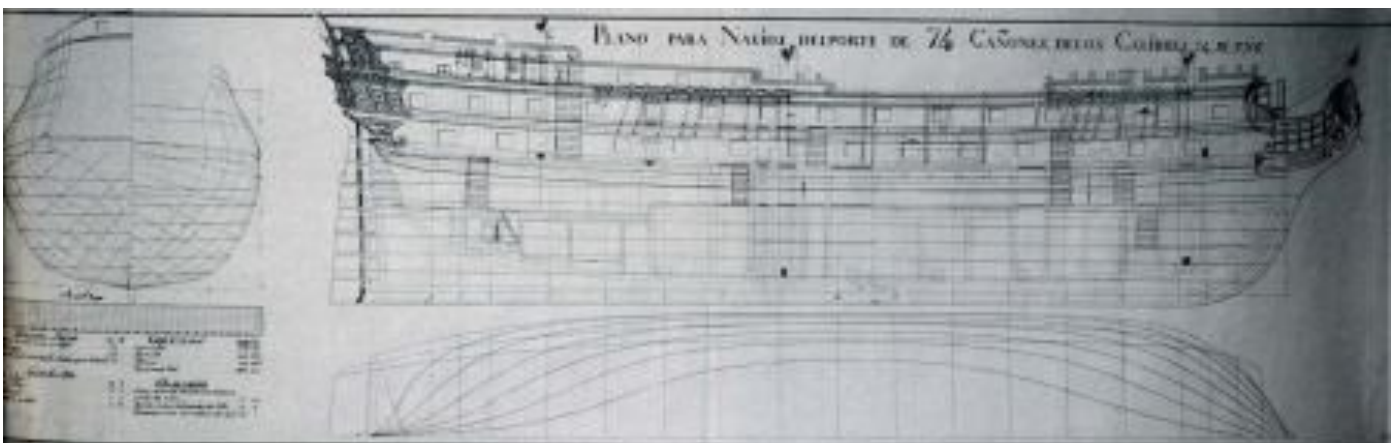
La gesta del Glorioso fue tan extraordinaria que los mismos ingleses, a pesar de haber sido zurrados de lo lindo por el navío español, dejaron noticias de ella.

El curioso impertinente



Don Pedro Mesía de la Cerda

viento y el mar embravecidos, el capitán optó por dar la vuelta y dirigirse a Cádiz. La decisión del capitán De la Cerda puede parecer equivocada teniendo en cuenta la cercanía del puerto ferrolano, pero hay que recordar que en pleno siglo XVIII, los vientos y las tormentas diezaban tanto o más las flotas que el ataque de una escuadra enemiga, a lo que había que sumar la inconveniencia de navegar contracorriente en un barco destartado. El capitán tomó la precaución de navegar lo más alejado posible de la costa pero aún así, la travesía era tan peligrosa como cruzar un campo de minas. El 17 de octubre, frente a las costas del sur de Portugal se encuentran con un grupo de 5 fragatas corsarias enemigas de 24 cañones cada una, apodadas “La Familia Real” por llevar nombres de los miembros de la familia real británica y bajo el mando del almirante Byng. La armada británica tenía grandes cuentas que ajustar con el Glorioso. Sorprendido por aquella aparición el capitán don Pedro Mesía ordenó a la tripulación de ya su destartado barco, una maniobra de fuga y las cuatro fragatas, que aprovechándose de su rapidez y maniobrabilidad, además de su potencia artillera, se lanzaron a su caza.



El curioso impertinente



El glorioso. Cuadro de Miguel Ferrer Dalmau-Museo Naval-Madrid

El Glorioso mantuvo la ventaja durante un tiempo pero el viento era ligero y las fragatas más rápidas. Cuando el 'King George' ya casi alcanzaba al buque español, el viento desapareció por completo y le siguió una 'calma chicha' en la que los barcos se fueron acercando hasta quedar a un tiro de fusil el uno del otro. Ocurría que la bandera española no ondeaba por culpa de aquella calma y como además nuestra enseña era blanca y con un escudo en el medio, como la de los lusos, el inglés no supo si estaba ante un enemigo o un aliado. Hubo unos momentos de desconcierto, hasta que el 'King George' pidió al barco español que se identificase. Lo hizo prime-



El curioso impertinente



El Glorioso se enfrenta a un barco inglés frente a las costas de Finisterre, Pintura de Augusto Ferrer Dalmau que ha servido de portada al libro "El Glorioso" de Agustín Pacheco Fernández

ro en portugués, pero no obtuvo respuesta. Después lo comunicaron en inglés y fue entonces cuando el Glorioso izó la insignia de combate y una andanada que destrozó el palo mayor de la fragata dejando a esa osada fuera de combate pero llegó en su auxilio el 'Prince Frederick', sumándose al combate. El Glorioso tuvo entonces que repartir andanadas, pero mantenía a las dos fragatas a raya hasta que avistaron la llegada del 'Duke' y el 'Princess Amelie', ¡la familia real al completo! Cuatro fragatas contra un solo navío era más de lo que el Glorioso podía soportar, de modo que optó por una honrosa retirada, perseguido por la voluntariosa escuadrilla y de pronto apareció en escena el navío inglés de 50 cañones Darmouth, que se acerca al Glorioso, intercambiando ambos nutrido fuego. Una andanada del buque español hace blanco en la santa bárbara y el buque inglés estalla, muriendo toda su tripulación salvo algo más de una docena de hombres de más de trescientos que constaba su dotación. Pero nada más terminar con el Darmouth, se arribó el navío Rusell, la flor y nata de la Royal Navy, con 80 cañones asomando por sus amuras y cubierto de las tres fragatas restantes. Se intercambió un fuerte nutrido de fuego, de hierro y pólvora que duró unas doce horas de fuego cruzado y continuo que el bravo capitán De la Cerda, vio hasta el anochecer y de nuevo hacerse el día sin dejar de presentar batalla. Sin municiones, con el casco literalmente destrozado y los aparejos inservibles, el Glorioso entregó las armas el 19 de octubre de aquel año de 1747, después de haber causado grandes destrozos en todos sus oponentes. Los españoles vendieron caro su pellejo.

El curioso impertinente



Navegando de Ferrer Dalmau.

El curioso impertinente



"The capture of The Glorioso", óleo del pintor británico Charles Brooking (1723-59). Pintado en 1747, se halla en el Museo Marítimo Nacional de Greenwich. En primer término aparece el barco español cañoneándose con el Russell. Al fondo, en llamas, el Darmouth. En segundo plano, tres fragatas inglesas.

Los asombrados británicos trataron tan cortés como caballerosamente a Mesía y a sus hombres, marinos españoles, que solo sucumbieron al aplastante número de sus enemigos. Sin olvidar el decisivo hecho de que habían cumplido escrupulosamente su misión de traer el tesoro.

Con otras palabras: tras haberse enfrentado a cuatro navíos, siete fragatas y dos bergantines, el Glorioso se rindió después de cuatro combates porque ya de ninguna manera podía ni navegar ni disparar contra sus enemigos tras haber salido victorioso de todos los combates anteriores estando siempre en inferioridad.

Los ingleses se llevaron una sorpresa cuando supieron que el verdadero motivo de la rendición de el Glorioso no había sido ni las vías de agua ni el número de tripulantes muertos.

Capturar un maltrecho navío español de dos puentes los ingleses necesitaron dos escuadras y les había costado uno de sus buques de igual porte con toda su dotación, graves daños en otros dos del mismo porte y notables averías en otro navío de tres puentes, por no hablar de las fragatas. Como no era una novedad, el navío español era superior en desplazamiento, robustez, dotación y peso de andanada a todos sus contendientes, excepto al último, un poderoso navío de tres puentes, pero eso no mengua en nada el valor y la destreza con que combatió.

La gesta de el Glorioso fue tan extraordinaria que los mismos ingleses, a pesar de haber sido zurrados de lo lindo por el navío español, dejaron noticias de ella.

El Glorioso, tras ser capturado, fue saqueado en sus entrañas marineras intentando encontrar el ansiado tesoro llevándose una somera sorpresa más grave aún que todas las derrotas sufridas anteriormente. Esto fue, seguramente, lo que más les dolió a los ingleses. Remolcaron los ingleses al maltrecho navío español a Lisboa. Su intención con tan fortísimo navío era integrarlo en la

El curioso impertinente



Royal Navy. De nada les sirvió, ni el casco pudieron aprovechar, pues por sus gravísimos daños, irreparables, tuvo que ser desguazado ya que no se podía hacer otra cosa con él y se hundió.

Tras ser liberado, por sus merecimientos y el heroísmo demostrado, don Pedro Mesía de la Cerda fue ascendido a Jefe de Escuadra, recibiendo también la llave de gentilhombre, llegando a ser Teniente General y Virrey de Nueva Granada, presidente además de la Real Audiencia de Santa Fe, cargos de los que tomó posesión el 24 de febrero de 1761. Le acompañaba su médico personal, el celeberrimo José Celestino Mutis, uno de los más destacados científicos españoles de la Ilustración.

Mesía encontró el virreinato en un estado caótico y las arcas vacías, tal como comunicó a la Corte en su primer informe. Estuvo 10 meses en Cartagena de Indias y encargó la restauración de las fortificaciones al general de ingenieros Antonio Arévalo. Una vez en Bogotá, aprobó la fundación del primer colegio femenino del Nuevo Mundo, y por mediación de Mutis dispuso la creación de cátedras de Matemáticas en los centros de enseñanza superior de Nueva Granada. Por Real cédula de Carlos III de 8 de diciembre de 1762 dirigida al virrey Mesía, este nombró a Juan Antonio Zelaya Gobernador de Guayaquil el 11 de octubre de 1763, y el 17 de mayo de 1766 le otorgó el título de Presidente interino de Quito.



El curioso impertinente

Fomentó la minería de plata en los yacimientos de Mariquita, a cuyo cargo puso a los hermanos Fausto y Juan José Delhuyar, descubridores del wolframio. Para aumentar los ingresos de las cajas reales, estableció el estanco del aguardiente de caña y nacionalizó el servicio postal. Asimismo propuso la liberalización del comercio del Nuevo Mundo, que sería aprobada por el rey Carlos III algunos años después, el 12 de octubre de 1778.

En 1767, en cumplimiento de la Pragmática Sanción, supervisó la expulsión de los 187 jesuitas residentes en Nueva Granada. Dispuso igualmente que las bibliotecas jesuíticas fueran llevadas a Granada, y con sus fondos creó la Real Biblioteca de Santa Fe de Bogotá, que luego sería la Biblioteca Nacional de Colombia, primera biblioteca pública de Nueva Granada.

Ante la falta endémica de pólvora para las guarniciones militares, ordenó la búsqueda exhaustiva de salitre, que fue hallado en Tunja y Sogamoso, y creó la Real Fábrica de Pólvora de Santa Fe.

Sus últimos años de gobierno estuvieron amargados por los disturbios en Quito y los choques con la Audiencia de esta ciudad. El 21 de diciembre de 1771 fue aceptada su renuncia al cargo, que se hizo efectiva el 31 de octubre de 1772, para regresar seguidamente a España donde murió en Madrid un 15 de abril de 1783.



El curioso impertinente



Christian Kneidinger

Christian Kneidinger

Photography

ENRIQUE GRACIA TRINIDAD



De lo que un
viejo ventero
contaba a sus clientes
entre trago y trago



— Hemos llegado, amigo, aquella es la venta de que os hablé. Pequeña y no muy limpia, pero suficiente. Tienen un aloque delicioso para refrescar el gazzate y, lo mejor de todo: el viejo ventero y sus historias.

— Si es como dice vuesa merced, merecerá la pena haber recorrido estas últimas leguas de más.

— Lo vais a poder comprobar vos mismo. En cuanto nos hallamos refrescado, llamaré a maese Sancho y le pediré que nos cuente una de sus historias, si es que no lo está haciendo ya para otros viaje-



ros. Es su auténtica pasión. Algunos creen que puso la venta tan sólo para tener la oportunidad de que le escuchase la clientela. Insiste en que es el mismísimo escudero de esa novela que tuvo tanto éxito hace unos años, y que aún lo tiene, y que cuenta las descabelladas aventuras de un loco y pretencioso caballero andante.

— He leído mucho leyendo ese libro de Miguel de Cervantes. Me lo vendió por unos pocos reales un joven perdulario de la calle de los Francos jurándome que era de su madre, una tal Mari Rodríguez que lo hubo heredado a su vez de un clérigo poeta y malencarado, al que sirviera antes de que el tal se marchase no sé adónde huyendo de sinsabores y deudas. Aún tiene el libro, en los márgenes, algunas notas que no entiendo, y una firma que se advina de un tal Góngora o cosa parecida.

— Góngora será, amigo mío. Que no es de extrañar que el ejemplar que tenéis le perteneciese. El tal era hombre de letras y poeta de cierto mérito aunque algo enrevesado de entendimiento. Sé por amigos que hace años se marchó a su tierra Cordobesa porque se había quedado sin valimientos en la Corte.

— Pues aunque venga de segunda mano, el libro tiene merecimientos de primera.

— Así es. Yo sé de buena tinta que hasta los tudescos lo leen en su propia lengua. Y ya me parece mérito que en habla tan poco cristiana pueda nadie sacar el gusto a cosa que no lo tenga muy en abundancia.

En estos razonamientos, bajé de mi caballería y continué:

—Pues ya hemos llegado. Dejemos los animales en el cobertizo y permita vuesa merced que antes de pasar, le avise de que el tal Sancho, el ventero, siempre insiste en que los divertidos disparates que repite son la pura verdad de la historia y no lo que cuenta el tal Cervantes Saavedra.

— Mal nos va si los posaderos nos salen ilustrados.



El Almuerzo de Diego de Velázquez. Museo de Bellas Artes de Budapest



— Nada de ilustrado, más bien zote y retranco es el amigo, pero se ve que le han contado mucho, porque leer no sabe, y ha sacado buen provecho de lo escuchado. Sentencioso sí que parece, como todos los paisanos de esta tierra y no se deja de ver una chispa de sensatez en muchas de las cosas que cuenta.

— Vayamos adentro pues, que ando molido y deseoso de poner las posaderas en asiento que no se mueva.

Ambos amigos pasaron a la venta que era una estancia toscamente iluminada, con un olor indefinible, entre olla podrida y vino, o entre gachas de pastor y vinagre de lustrar madera. Las paredes de tapia llenas de rafas, encaladas con una masa que el algún tiempo fuera blanca, y con algún refuerzo de cal y canto por los bajos, cerraban un recinto irregular de baldosas de cocido sobre las que asentaban mal que bien cuatro mesas de corrido con banquetas y poco más. En un rincón, varios toneles ostentaban en las duelas corcheras unas pitarras mugrientas. Por las alacenas de obra que rodeaban una cocina de buen fuego y chimenea de ladrillo viejo, aparecían algunos picheles de estaño, una tembladera, varias vasijas de barro que alguna vez tuvieron buen color, y unos platos de china y de madera. Todo lo demás, que no debía ser mucho, se escondería detrás de un mínimo mostrador tan ahumado como la chimenea, donde se apoyaba adormilada una moza entrada en carnes, con la color subida y el pelo grasiento.

A una de las mesas se sentaban tres caballeros de regular atuendo, más tosco que galán, y un fraile de semblante rubicundo y hábito mendicante que manoseaba con dedos gordezuelos una taza mientras lanzaba miradas amostazadas a sus tres compañeros de mesa que reían sin disimulo.

— Rían vuestas mercedes si les parece, pero háganlo comedidamente que más parece que aquí, al



señor clérigo no le pica tanto la historia como la burla que le hacen.

El que así hablaba era sin duda el ventero, un hombre de edad indefinida, que peinaba ralas canas sobre el cogote y al que le brillaba la calva como plato recién fregado. Estaba a dos pasos de la mesa, apoyando el trasero sobre el borde de otra y con los pulgares metidos en la faja que rodeaba su orondo vientre.

— Maese Sancho —dije amigablemente— ya veo que llegamos en buena hora pues estáis narrando vuestras aventuras a estos señores.

El ventero torció el pescuezo hacia nosotros.

— Aquí le traigo un mi amigo con el que viajo hacia la Ciudad Real y al que, de camino, he venido ensalzando vuestra fama de contar historias.

— Tomen acomodo sus señorías —dijo el hombre, descabalgando el trasero de la mesa y volviendo hacia nosotros su panza aún más voluminosa vista de frente— que yo les pondré unos picheles de vino y poco de tasajo para que se regalen mientras escuchan.

Nos sentamos a la mesa inmediata a la que ocupaba el otro grupo. Mientras llenaba los vasos y jaleaba a la dormida muchacha para que nos trajese unos platos con carne de buen aspecto aunque desconocida, siguió hablando.

— Les decía a estos caballeros la aventura que tuve con mi amo y buen amigo, el caballero don Quijote, una noche que cabalgábamos con gana de comer y nos topamos de frente con unos fantasmales encamisados que se alumbraban con



Escena de la Taberna de David Teniers el Joven . Colección Privada.

El curioso impertinente



hachones encendidos, que tal nos parecieron estrellas a lo lejos. Venían como a modo de Santa



Compañía o mascarada de fantoches, canturreando lo que luego supe que eran latines pero que al principio se me parecieron salmodias de mal agüero y de otro mundo. A mi se me heló la sangre y acometiome una tembladera tal que me aparté de la vereda y agarré a mi pollino para que ni siquiera resoplase hasta que aquellos trasgos o lo que fueran pasaran de largo, si es que no venían para arrastrarnos al averno.

— Buen encuentro es ese para una noche y en estos caminos solitarios, ventero— Soltó mi amigo, mientras secaba con la manga un resto de a loquillo de su barba.

— No le interrumpáis, buen hombre— dijo uno de los otros que aún se reía por lo bajo— que ahora viene lo mejor. seguro que ha de repetir lo que aquí, al frailecillo, le ha amoscado tanto que aún no se le ha enderezado el gesto.

Ciertamente, el clérigo aún seguía de mala cara y tamborileaba con la mano derecha el table-ro mientras apuraba su vino.

El ventero, mientras rellenaba la taza del frailuco que le sonrió entre forzado y agradecido, continuó:

— Pues mientras mi burro y yo estábamos intentando desaparecer de la vista de aquellos trasgos y nos encogíamos tras unos matorrales, mi señor don Quijote no paraba de auparse sobre los estribos de rocinante y estirar el cuello para mejor verlos. Al fin, cuando estaban ya tan cerca que



sus antorchas hacían bailar las sombras de los árboles sobre nuestras cabezas, mi caballero azuzó su montura y se plantó en el medio del camino cerrándoles el paso. Debían ser más de veinte sujetos, frailes los unos de a caballo, con sobrepelices y lobsas de luto, que apenas se les veía el rostro, y los de atrás con ropajes prietos, de luto mismamente hasta los pies de las mulas, arrodando una litera con un bulto que sin duda era caja de muerto.

— Ahí es donde nuestro buen clérigo se le atragantó el sorbo y empezó a congestionarse —dijo volviendo a reír otro de los presentes— que no se sabe si se sobresaltó por ser comitiva de iglesia o por andar llevando un muerto.

— No insista vuesa merced —cortó el frailuco que andaba ya más reconfortado con los nuevos buchets del vinillo claro—. No soy yo sujeto que se amedrente por tan poco y bien curado estoy de espantos tras los muchos caminos que llevo andados. Lo que sí me parece es que en tocando a cosas de religión, deberíamos andarnos con más tiento, que mucho me temo que habrá de terminar la aventura en disparate irreverente cuando no en cosa de mayor culpa.

— No hubo tal —repuso el ventero—, sino que todo ocurrió sin más ofensa que un hueso roto de clérigo menor, que no es mucho decir; y bien haya a cambio del susto que nos dieron aquellos procesionales. Que si hombres de Iglesia eran, más parecían vestigios de otro mundo que habían venido de mascarada al nuestro.

— No me digáis —intervino uno de los hombres que hasta ahora había permanecido en silencio— que le rompisteis un hueso a uno de los frailes.

—No yo —siguió el ventero mientras se rascaba ostentadamente las posaderas—, que andaba medio saliendo de mi escondedero, y tampoco mi señor don Quijote que aunque les plantó cara como solía, y hasta los puso en fuga, no tocó hábito ni pelo a ninguno de ellos.





—Ya os avisé de que las historias de este hombre eran dignas de escucharse —dije a mi amigo

por lo bajo. El ventero, que era hombre avisado y un tanto quisquilloso, debió oírme y me miró de soslayo. Pero enseguida continuó su plática.

— Pues como les decía, mi señor don Quijote, detuvo aquella comitiva y les ordenó que dijeran quiénes eran y qué llevaban en la litera porque si era muerto, como parecía, a lo mejor era preciso que él vengara o castigara algún tuerto. No le hicieron caso porque alguno dijo que iban de priesa. Se sucedió la espantada de una de las mulas y en esto mi señor arremetió contra ellos y no debían ser gentes de armas porque huyeron a la desbandada que tal parecía que el diablo los llevaba.

— Señor, Señor... — se oyó decir al frailecillo mientras sus compañeros de mesa le miraban con sorna.

—En esas andaban los prófugos — continuó Sancho, sin reparar en la contrariedad del de los hábitos— cuando mi señor se encaró con el que había derribado la mula espantada y poniéndole la punta del lanzón frente a los belfos, le exigió rendición. Lo cierto y verdad es que el hombre ya estaba rendido de resultas de una pierna quebrada que se le había quedado bajo la acémila, y empezó a rebullir y a suplicar diciendo que era un humilde bachiller de Alcobendas, y que venía con otros cuantos, clérigos los más de ellos, llevando un muerto que lo había sido en Baeza de unas calenturas, ha tiempo ya, y que se encaminaban a Segovia donde iban a enterrar los huesos que de él quedaban.

Dejó mi señor de amenazar y cedió el caído en sus miedos pero no en sus quejas, tanto que hubo que ayudarle a enderezarse, aunque dudo que la pierna se le volviera a enderezar nunca de tan maltrecha y tuerta como habíale quedado.

— Ya dije yo antes —alzó la meliflua voz el frai-





lecillo de nuestra venta al que los últimos sorbos de vino debían haber aclarado el gaznate y levantado el ánimo— que todo eso que voacés llaman aventura no es más que un despropósito. Que andar ahuyentando a una procesión de miserere y poniendo la mano encima de hombres de Dios hasta tundir el hueso de uno de ellos, no es arte de valiente caballería sino de follones mal nacidos dignos de excomunión.

Todos volvimos el rostro hacia el ventero, temiendo, aunque a duras penas podíamos contener la risa, que respondiera como suelen hacer estas gentes a tales provocaciones.

Pero Sancho, haciendo honor a su aspecto de hombre tosco pero de reposada crianza, se encaró con el deslenguado y le habló con mesura:

— Tenga la lengua su merced y no desbarre, que nada de cuanto dice hubo. La mula se espantó sola y ella fue la que con su peso de animal de convento y bien alimentado rompió la pierna del bachiller, Y no puso don Quijote la mano encima a ninguno sino que les enseñó la lanza y fue bastante para que se desparramaran por los alrededores.

—Tiene razón el posadero, páter — intervino mi amigo—, que no hay delito claro si falta la intención, sino infortunio y mala suerte. Y creo que nos parece a todos que si se hubieran explicado a tiempo los frailes no hubiera llegado la sangre al río, pero como suelen ir de autoridad y no dando razones, se les puso en contra la suerte y bien merecida tienen la espantada, que el miedo es libre y cada cual tiene el que quiere, cuanto más una cuadrilla de medrosos.

Los presentes levantaron sus jarras de vino y brindaron por mi amigo y sus razonamientos. A estas alturas hasta la adormilada maritornes se había despabilado y con una sonrisa de boca desdentada miraba a todos de hito en hito aunque es de figurar que no entendiésemos gran cosa.

— Lo que no sabe vuesa merced, señor caballero —insistió el frailuco con un punto de vehemencia tal



Juego en las taberna de Jan Steen

El curioso impertinente

que parece que de repente se le hubieran pasado los efectos del vino—, es que yo lo sé por lo que me contaron algunos hermanos de mi orden cuyas historias caigo ahora en recordar. Habrá de saber que es muy posible que la tal comitiva llevase de las tierras de Jaén a las segovianas, en las que fuera Prior, los mismísimos restos de Juan de Yepes, al que conocerán los avisados como Juan de la Cruz, reformador del Carmelo y gran poeta aunque de cuerpo chico. Y si tal fuera, cosa que por las fechas pudiera coincidir, sí que se me antoja desmán de mucho infortunio el haber soliviantado a la comitiva de un hombre difunto que ya en vida fue tratado como santo por cuantos le conocieron.

— Pues en esas — intervino uno de los viajeros— sí que será cosa de pensar que hay motivo para quedar en entredicho por tal asunto.

— No es sino de descomulgados tal hazaña, aunque estando a la mira bien podría hacerse tolerante el juicio—el ensotado se había puesto de pie y reposaba las palmas de las manos sobre la mesa como afirmando cierta autoridad que, después de las burlas, empezábamos a reconocerle todos. Tomó aire mirando que le atenderíamos y continuó—: Porque cierto y verdad es que alivia la culpa el hambre que dice

este hombre que llevaban y el susto de las hachas encendidas en la noche; que bien es sabido que si el hambre agudiza el ingenio, el miedo es aún peor amigo del entendimiento y lo nubla y entorpece. Por más que no seré yo quien juzgue a mal la cosa, sabiendo como sé que los restos del santo poeta llegaron con bien a Segovia, más allá de este incidente posible y otros tantos que sé que hubo en el largo camino. Y no digan que es santo el tal porque yo lo pregone, que sé que por estas fechas ya le andan buscando los altares en Roma. En siéndolo ya su amiga Teresa de Ávila, y hasta casi patrona de las Españas, es sólo cuestión de poco que el padrecito Juan de la Cruz se reúna con ella en el santoral.



Feliz Navidad



El curioso impertinente



La taberna de la Mujer de Pomar en Madrid

A estas alturas, el fraile no parecía ya el que un rato antes trasegara vino malhumorado. Su voz seguía siendo aflautada, pero el tono denotaba firmeza y buena catadura. Era curioso ver que dos tazas de vino le hubiesen convertido de clérigo goliardo en predicador sensato.

Es de agradecer la cortesía de vuesa merced —dijo Sancho— por más que nunca hubo intención de mi señor ni mía de causar daño sino muy por el contrario la de hacer el bien y desfacer entuertos por su parte, y por la mía de salir sin quebranto y poco más, que no hacía mucho que me habían manteado hasta dejarme molido y no tenía yo el cuerpo para más moji-gangas. Una cosa sí que hice, que no estuvo bien, pero me sé yo que Dios me habrá perdonado por la mucha necesidad de aquella jornada. Fue que mientras don Quijote platicaba con el bachiller de la pierna descalabrada, yo me acerqué a una de las mulas que se habían quedado por allí y eché mano a la alforja, tomando

de prestado unas fiambreras de varios bocados y medio queso, que ya se sabe que las gentes de misa suelen andarse siempre bien provistos. Lástima que no alcanzase mula que llevase vino. Con ello hubiera sido más puesto en razón el almuerzo que al poco nos dimos mi señor y yo en un claro cercano para matar el hambre de aquella noche.

— ¿Nos estáis diciendo, maese Sancho — dijo mi amigo—, que robasteis comida a aquellos hombres?

— No tal, señor mío — contestó el ventero sin perder el aplomo—, dije prestado y no robado. Desmanera es cosa bien distinta, porque antes y después de aquello, bien hemos pagado la deuda de unos fiambres y un queso con los muchos favores que a gentes semejantes hiciera mi señor don Quijote, y aún yo mesmo.

Sonreímos todos la ocurrencia mientras la moza, que había cerrado ya la boca deshabitada, a un gesto de su patrón, nos sirvió a todos



unos cuartillos de aquel vino mezclado.

—Vaya esta ronda de mi cuenta —dijo el ventero— que sólo es ruin quien por tal se tiene. Y no lo estimen en poco porque cueste menos, que les regalo a vuestas mercedes de corazón. Y antes de retirarnos, quisiera contarles algo que no he dicho nunca y que no sé si el tal Cide Hamete Benenjeli o el tal Cervantes o ese hideputa que llaman Avellaneda han puesto en sus papeles. Y es que en esa ocasión que les contaba fue cuando yo puse el nombre más famoso a mi señor. Que no es de buena cuna que nadie quite al pobre lo poco que tiene y este nombre que les digo es invención mía y no maquinación de bachilleres o letrados; y no se me da una higa que escriban lo que no es verdadero.

Todos estábamos expectantes a este último discurso de Sancho que andaba secándose las manos sudorosas por encima de las faltriqueras.

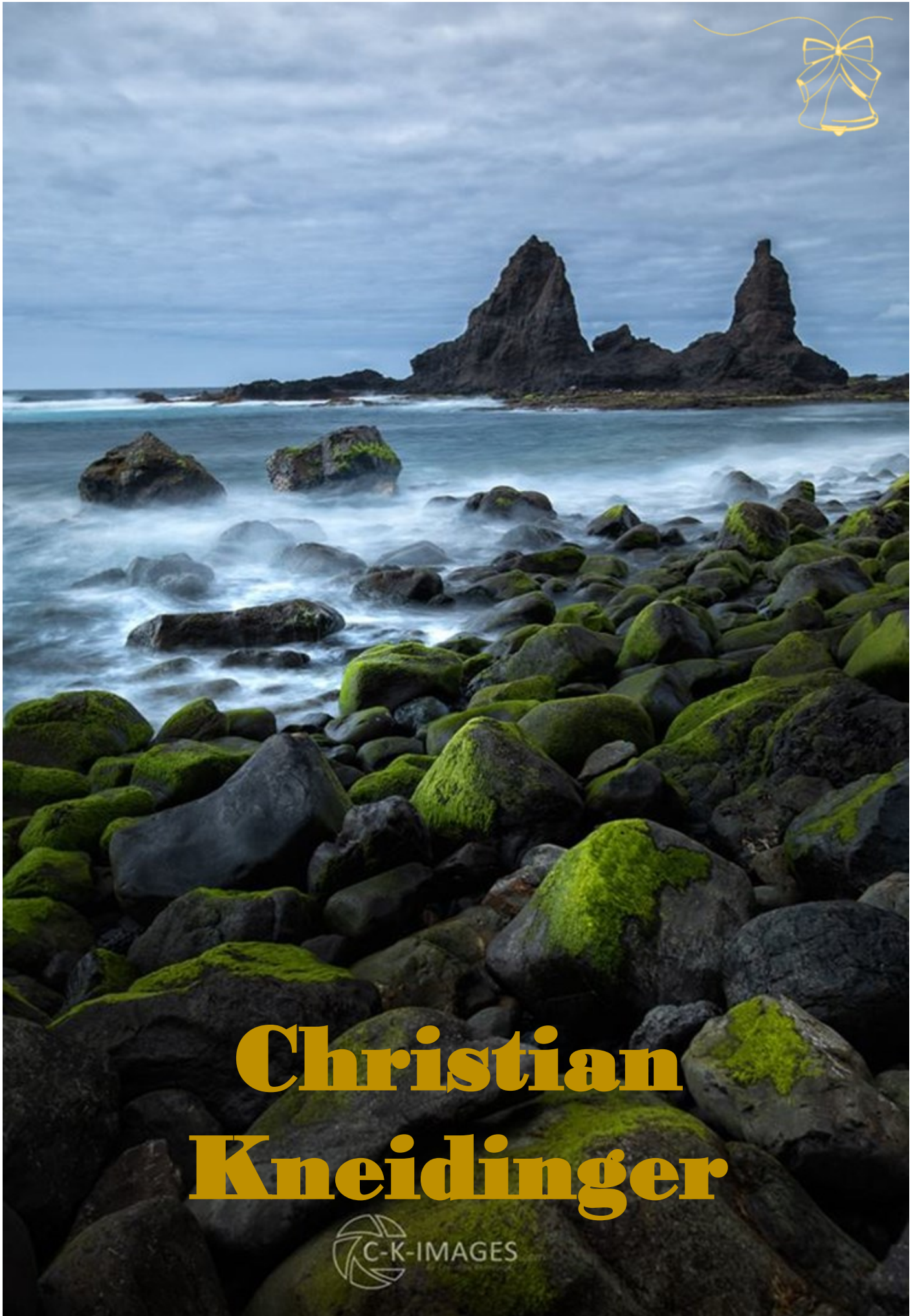
— El nombre que yo puse entonces a mi señor don Quijote, y que con el tiempo he visto ser el mejor de cuantos le pusieran porque por él es reconocido en el universo mundo es el del Caballero de la Triste Figura. Aunque tal vez ahora, después de tantos años, tal menudencia no importe un comino, pero... ¿Saben vuestas mercedes una cosa?

En toda la venta, con ser tantas, no se oía volar ni una mosca.

— Pues que jamás vi sonreír a mi señor con una sonrisa más enigmática y sincera que cuando le nombré de aquel modo: El Caballero de la Triste Figura.



El Caballero de la Triste Figura por Marcel Nino Pajot



Christian Kneidinger





GRISEL PARERA

Don Quijote de la Mancha. obra de culto para los hispanistas



Nunca será suficiente referirnos al libro más clásico de Hispanoamérica, porque a partir de su publicación ha habido cambios en la forma de hablar y entender el idioma español y su literatura.

El hidalgo, su panzón amigo y Dulcinea, confundieron la fantasía con la vida misma, y con ellos se dio inicio al género novelesco moderno.

Su lectura es como un iceberg, lo que asoma a la superficie de un inmenso cuerpo que queda sumergido. Sus enseñanzas se agazapan en algún rincón secreto de nuestra vida espiritual, y pueden cobrar vida cuando más las necesitamos: acuden a la mente en las vicisitudes más diversas, como acuden los suspiros y la risa, para

El curioso impertinente



tocar resortes inconscientes y cada lector vuelque su alma en la novela y no en la hostilidad de la verdad.

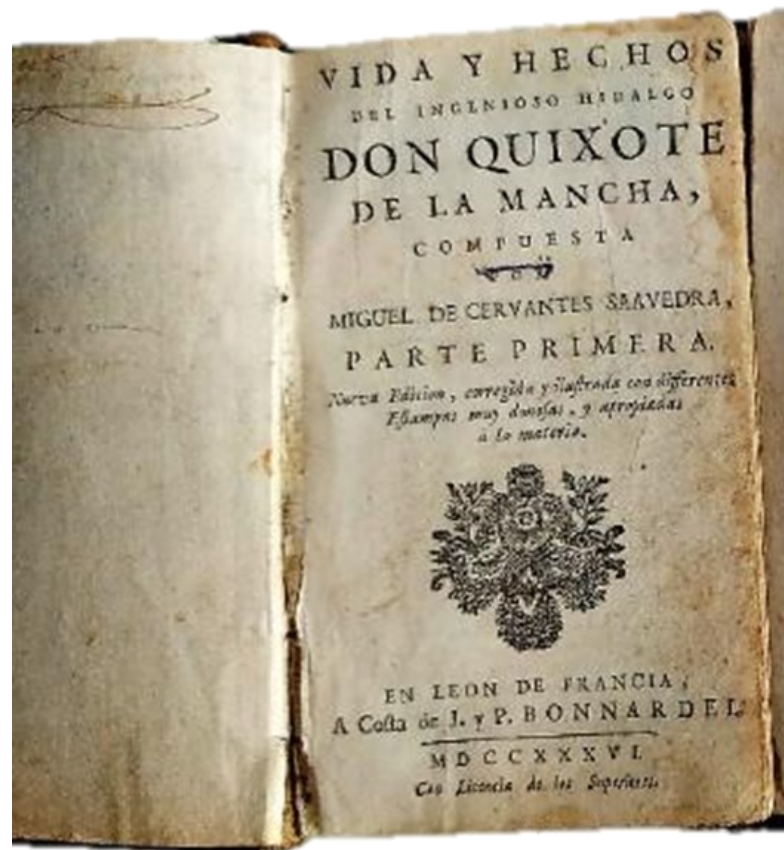
El Quijote está lleno de misericordia por el dolor humano, ese dolor no se destierra del mundo y esa es la tragedia del Quijote. Las cosas no son lo que parecen, hay color, amor, nostalgia e ilusión, para ser un reflejo del viaje humano por la vida.

La lengua castellana es el archivo, cerebro, fantasía y corazón de una comunidad lingüística, porque el idioma no es solo, un conjunto de palabras organizadas por reglas gramaticales o sintácticas, un idioma es una función que determina nuestro modo de ser y estar en el mundo y al ser así, poco importa de dónde se venga, tú, yo, él y ella, todos venimos del mismo lugar selva o mesta, sol o nieve, mar o cordillera, España o América, porque la verdadera Patria es el idioma.

El Quijote fue llevado al Nuevo Continente por los colonizadores y al mundo entero por mercantes y piratas. Ha tenido diferentes versiones desde su salida, traducido a todos los idiomas, y lectura obligada en los colegios. Desde que en América se conociera la obra de Cervantes, los autores hispanoamericanos no han cesado de manifestar su interés por el Quijote, y de una u otra manera han incorporado en sus textos la figura del autor, de su caballero andante, escudero y dama. O han actualizado aspectos esenciales de una poética presente en la obra cervantina. Están consignados algunos nombres clásicos, por ejemplo: el cubano José Martí, el nicaragüense Rubén Darío. Así como, Jorge Luis Borges, de Argentina; Carlos Fuentes, de Panamá y Eduardo Galeano, uruguayo. Augusto Roa Basto, de Paraguay; Camila Henríquez Ureña, dominicana. Los elegidos: el colombiano, Gabriel García Márquez y el peruano Mario Vargas Llosa.

Ellos, entre muchos otros que harían interminable la cita.

El Quijote, el más grande representante de la mentalidad hispana, es eternamente nuevo, porque evoluciona a la par que nuestra cultura. En Norteamérica, cada día la comunidad latina crece, y ha surgido una nueva forma de comunicación, el spanglish. También a ese lenguaje se ha traducido el Quijote.



El curioso impertinente



Cuando llegué a España y oí hablar mi idioma, sentí que había regresado al lugar de partida, porque ese idioma, soy yo. Recuerdo que en el

2004 no conocía a nadie en Cuenca, pero ya en Castilla-La Mancha tenía dos amigos.

Ellos fueron mis compañeros en La Habana. Unas veces a la caída de la tarde, sentada en el Malecón oyendo el batir de las olas; otras en algún parque de adoquines, y muchas en el aula.

Me hacían reír, llorar o ambas cosa a la vez. Con ellos aprendí ética y filosofía, me adentré en los misterios de la lengua castellana y la psicología del ser humano. Conocí que en el orden de la Naturaleza cada cosa engendra su semejante, la vida es sueño y realidad donde no hay medida en el tiempo, para que todo vuelva a ser principio una y otra vez.

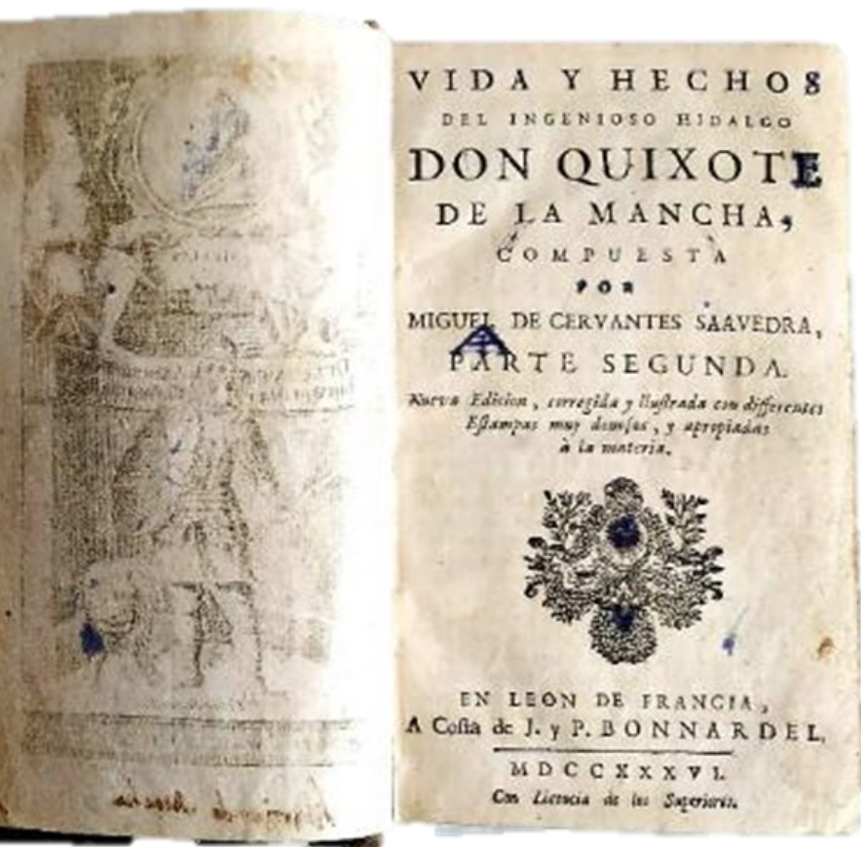
Sabía que mi deber era buscar la libertad que anhelaba en la tierra cubana que se debate en la agonía de la dictadura, y sus

costas son los límites de la celda. Entonces releía: La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. (II, 58)

Buscando la verdad, a veces incomprensible, encontré una acertada definición del amor en una conversación entre el Quijote y su escudero. Dice Sancho:

-... el amor, según he oído decir, mira con unos anteojos, que hace parecer, oro al cobre; a la pobreza riqueza y a las legañas perlas. (II, 19)

¡Es una definición perfecta, porque cómo le costó a Sancho comprender que no importa haber nacido pobre y desgraciada, cuando unos ojos enamorados transforman en culto de virtud y hermosura, cualquier adversidad! Efectivamente, la moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, que tiraba de una barra, como el más forzudo de todo el



El curioso impertinente

pueblo, rastrillaba el lino o trillaba en las eras: Aldonza, era la misma princesa frágil y bella a los ojos de su Señor, nada menos que Dulcinea del Toboso.

Finalmente, debajo de un molino, el mito del vuelo fue cierto.

Brillaba el arma blanca, larga, recta, aguda y cortante, con guarnición y empuñadura, el yelmo trémulo era tambor de latidos y esperanza de porvenir: Don Quijote.

Detrás, fiel seguidor de su caballero, de talle corto, zancas largas y sobre la tierra bien plantado: Sancho.

Don Quijote y Sancho, tan opuestos, pero a la vez semejantes, se confunden en un solo ser, autóctono y universal que en su peregrinar eterno, me alzan a su cabalgadura para que siempre giren los molinos, en el espacio sin nombre, donde yo esté.





NATIVIDAD CEPEDA

Controversia sobre la
singular figura de

Don Francisco Gómez de Quevedo
villegas y Santibañez Ceballos

Me adolece pensar en la figura de Don Francisco de Quevedo y Villegas por no haber separado en tantísimas ocasiones el pensamiento del Siglo de Oro español, en el que vivió y murió este ilustre personaje, que por su singularidad en las letras y en su vida, seguimos escribiendo sobre él, leyendo sus obras literarias y hurgando en su memoria.

Los decidores de siglos anteriores y, algunos de hoy, han descrito su trayectoria, olvidando en ocasiones la época en la que vivió tan distante para nosotros, pues sin conocer esa sociedad con sus hábitos y costumbres no es posible comprender el pensamiento y la actitud ante la vida del Señor de la Torre de Juan Abad.



El curioso impertinente



En ese rescoldo de España, Francisco de Quevedo, sigue siendo brasa y fuego de la literatura universal. Pero se nos ha representado, y se nos presenta, como hombre rebelde, pendenciero y espadachín presto a batirse con aquél que le llevara la contraria. Cierto es que presumía de esa habilidad pero fijémonos en su apariencia; según nos narran los cronistas: Miope, o corto de vista, por lo que sus lentes le eran imprescindibles en época donde los modelos de gafas no existían. Nació con pies torcidos, deformes, o como él mismo se llamaba “tartamudo de zancas”. No esbelto y tampoco dueño de gran fortuna, por lo que su inteligencia e ingenio la revistió de orgullo y dignidad, ante una sociedad, a la que él pertenecía, ostentosa en apariencia y vanidad desmesurada- algo análoga a la sociedad actual- por lo que la apariencia estética primaba por encima de otras cualidades.



El poder es el que influye en los cargos principales por lo que al estar al servicio de Pedro Téllez de Girón, Duque de Osuna, se convierte en diplomático de la Europa de aquél tiempo. Esa ocupación relevante e importante de Quevedo se queda en semi penumbra en su biografía, cuando es parte importantísima de su fortuna y su caída en desgracia sufriendo cárcel y destierros que determino fatalmente su vida.

Recordemos que la sociedad del Siglo de Oro es estamental, se definía como grupo cerrado con derechos jurídicos y privilegios, carentes en otros grupos de la población. A esta sociedad pertenece desde su nacimiento Quevedo, hasta su muerte. Y por eso los avatares de su vida se suceden implicados de esta naturaleza.

Curiosamente Francisco de Quevedo nace un 14 de septiembre de 1580 en Madrid y muere un 8 de septiembre de 1645 en Villanueva de los Infantes, por lo que septiembre es el marco vital donde permanece la fuerza de su destino, siendo en este mes donde se termina el verano y se inicia el otoño. Y el otoño en tierras de Campos de Montiel es belleza serena para el espíritu, tan dolido y desencantado, de este noble de España.


Ha sido señalado como misógino, olvidando que era característica normal de aquella época, por lo que se educaba tanto a la mujer, como al hombre en esa aversión hacia lo femenino. En ese modelo se le educó. Añoraba el pasado por la moral anterior en la sociedad, por lo que escribía: *“acuérdome, y no soy muy viejo, se solían criar muchachas que cualquiera podría ser gloria de su patria y honor del mundo”* Todo esto aplicado al tópico femenino que en este siglo se empieza a romper, gracias al acercamiento al pueblo llano de la literatura, el teatro, la poesía y la controversia entre los diferentes personajes que se dan, siendo en gran medida vulgarizados o asimilados y conocidos por las clases no estamentales y sin privilegió alguno.



El curioso impertinente




En este siglo es donde el arte y las letras florecen, al tiempo que la política española en Europa, y los militares del imperio español, inician su declive rodeados de envidias extranjeras y pactos en su contra.



Francisco de Quevedo siente a España en su alma y la defiende sin tapujos ni reservas. Se le acusa de ser espía en Italia actuando como agente del Duque de Osuna. Se siente preocupado por esa decadencia que asoma por la mala gobernabilidad de los válidos. Espía, escritor, espadachín y mujeriego, bebedor y defensor de todo lo español; de haber nacido en otro país hoy el cine lo tendría en las pantallas y series de televisión pero nació en España y se le persiguió con furia y encono padeciendo destierros y cárcel penosa de la que sale enfermo.

Dicen que la envidia es la visión deformada de lo que ven los ojos y perciben los sentidos. Yo creo que la envidia es la imagen de quien quiere ser igual a otro, y al no poder alcanzar esa premisa se ataca a quien poseen los dones que se ansían. Quevedo sufrió excesivamente en carne propia todos los perjuicios que trae la envidia.



De mirada irónica y sagaz que no ocultan los anteojos o antiparras, Velázquez, nos lo muestra de medio cuerpo, y a pesar de que pudo ser pintado entre el año 1632 o 1634, por lo que ya tenía cumplidos los cincuenta años, se aprecia la enorme personalidad que tiene y su apostura a la hora de elegir vestuario. Vestido con una especie de gabán negro donde resalta la cruz roja de la Orden de Santiago, el cuello alzado, dejando ver otro cuello blanco que da luz a su rostro enmarcando armoniosamente, su pelo largo y ondulado, junto a su bigote y perilla cuidadosamente arreglados, muestra una imagen del estilo irreprochable de un hombre cortesano, sin afectación, elegante y a la vez sobrio, de genio vivo y contradictorio que supo de todos los estados de ánimo.

Todo él, fue pensamiento y aventura. Pasional en la política y en la lealtad no pudo evitar sentir como español, el desmoronamiento de un imperio que hacía aguas. Le exacerbaba la mediocridad. Se opone a la ley antinatural de la Inquisición y se enfrenta a un gobierno dictatorial, el del valido del rey Felipe IV, Gaspar de Guzmán y Pimentel Conde Duque de Olivares, que frena e impide el crecimiento de España. No se le perdona su discrepancia al enfrentarse al poder, lo que no es recomendable, incluso cuando se busca equidad y justicia.

Arrebato y pasión, impotencia y creación es la síntesis del hombre que no necesita de oropeles vacíos de contenido. Si se hace lectura de su poesía en ella se encuentra el compendio de todo lo poético. Y para conocer la España de su época hay que leer su obra.

España ha dejado de ser él árbitro de Europa. La falta de capacidad para go-

El curioso impertinente



bernar de los reyes motiva que los que gobiernen y decidan sobre vidas y haciendas sean los consejeros reales. La Corte es un hervidero donde se cuece y amasa todo. La superstición y el acervo religioso convive con la riqueza desmesurada que acrecienta la miseria de otros. Se confunden y conviven rufianes con válidos, galantes cortesanos junto a los ascéticos en busca de la espiritualidad y el rechazo de lo mundano.

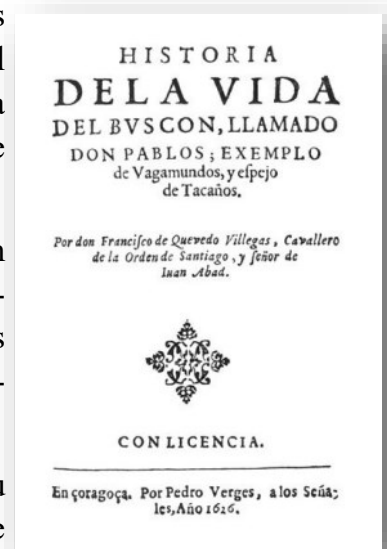
Es éste un cambio europeo que en España da la oportunidad de la renovación, en la que sí cree Francisco de Quevedo, pero que no logra romper la costra del racionalismo que sigue fiel a la enseñanza de las escuelas medievales: es decir, a la escolástica. Castilla vive de antiguos esplendores suspira y se desvanece en sueños fatuos que van desde la creencia religiosa, mal entendida, hasta demonizar las filosofías que hablan de un mundo diferente.

Los soldados buscan la fortuna fácil, los políticos gobernar sin que nadie analice sus decisiones, los religiosos se niegan a la apertura de la ciencia. Y los científicos, filósofos y escritores han de buscar protectores y mecenas para hacer valer sus descubrimientos y publicar sus obras. Francisco de Quevedo es el representante del Barroco en el más amplio sentido de comunión con los cambios introducidos en aquél momento de la Historia por méritos propios. Aunó en sí mismo, la arrogancia y la altanería de quien vomita de la traición, que en él, fue repulsa y lealtad por ir contra la soberanía establecida.

En su obra afloran todos los sentimientos que puede sentir un ser humano. Sufre en cuerpo y espíritu, y para defenderse de la mediocridad carente de valor, de los que imparten la ley y disponen de personas y haciendas a su arbitrariedad, se escuda en la sátira y en la burla despiadada. Porque despiadado, brutal y obtuso es el mundo que le rodea.

La obra literaria de Francisco de Quevedo es apenas conocida en su grandiosidad. Roque Esteban Scarpa, el crítico chileno, asegura que “El tiempo no ha sido benévolo y justo con don Francisco de Quevedo; para su fama -ese rumor común del mundo- ha recogido solo la chispeante y desfatisada nota juvenil de su obra, dejando en sombra y olvido lo más denso y humano de su pensamiento. Humana es toda la poesía de Quevedo, y como tal, infatigable a la visión del mundo...”

La obra literaria de *Los sueños* una de las obras más famosas de Francisco de Quevedo, fue impresa por primera vez en 1626, es un conjunto de sátiras acerca de la vida española narrada con el pretexto de un viaje a los infiernos. *Los sueños* es una obra para los que quieren comenzar a leer a Quevedo, y también para aquellos otros que buscan el talento, la imaginación y la viveza narrativa de una de las figuras más importantes de la literatura mundial. No puedo dejar de nombrar algunas de sus obras como, *Historia de la vida del Buscón*, *Política de Dios y gobierno de Cristo*, *Vida de Marco Bruto*, *Vida y muerte de*



El curioso impertinente



Iglesia parroquial de Juan Abad

Santo Tomás de Villanueva, escrita por Francisco de Quevedo publicada en Amberes en 1699. además de las diversas antologías publicadas a través de los años.

Sentimiento y amargura alberga al final de sus días por tantos ultrajes padecidos; cobijado en Torre de Juan Abad escribe a pesar de todo ello mientras asiste a la vida sencilla y difícil de la gente del pueblo.

El viento a veces trae el recuerdo terrible que padeció en la cárcel de San Marcos en León. Imposible imaginar aquel injusto suplicio enfermo y llagado sin que nadie lo atendiera... En León debió pensar que los inviernos de la otra Castilla, la nuestra, eran misericordes, en comparación con los de León.

Ya es viejo cuando sale, pero su vida ha sido dilatada en azares. Dicen muchas cosas de aquél pobre cegato, Ya se sabe que del árbol caído todos hacen leña. Y crece el olvido y nace la figura del chiste y la ignorancia sobre el gran escritor español.

Cuando regresa frágil y enfermo a los campos montieleños, respira en la Torre de Juan Abad silencio y paz el viento húmedo y templado del ábrego, que trae lluvias a los campos por donde se abre la puerta al Sur de España, desde los territorios santiaguistas, de aprovechamiento de tierras yermas y abandonadas por las idas y venidas de antiguas batallas. En el invierno, el viento cierzo, seco y frío trae voces de aquellos iberos, pobladores de antaño, que se unieron a romanos, visigodos judíos, árabes y cristianos hasta finalizar en la ansiada reconquista:

Caballero de la Orden de Santiago, Francisco de Quevedo defendió a capa y espada el patronato jacobeo del Apóstol Santiago en contra de Santa Teresa de Jesús. El honor de la Orden de Santiago terminaría salvándose por la gallardía de Quevedo, cuyo famoso Memorial, tuvo sus primeras ediciones en 1628 en Madrid y Barcelona.

El curioso impertinente



Hasta hace poco se desconocía la existencia de su legado, y menos aún, el importante contenido documental y archivístico, puesto que no recoge textos literarios, pero sí complejos documentos sobre su vida en La Torre de Juan Abad, beneficios y rentas, actuaciones históricas y eclesiásticas que retratan al hombre rico y poderoso que fue don Francisco de Quevedo y Villegas. Cuatro siglos desfilan por esa documentación de la que nos puede informar ampliamente José María Lozano Cabezuelo, estudioso y enamorado de Quevedo, entre otros muchos indagadores de Este singular personaje.

Cuando Francisco de Quevedo siente que las fuerzas le abandonan se traslada al convento de Santo Domingo de Villanueva de los Infantes. Allí murió con la melancolía y la tristeza en su mirada y la serena convicción de que sólo Dios, es quien hace justicia. Cerró los ojos, cuando en los Campos de Montiel se recogía la cosecha de las viñas viendo como en el campo los jornaleros, nacían y morían sin dejar de serlo, y como los arriendos de los frailes y monjas eran más llevaderos que los de los nobles señores.

Instalado en su celda, dicta testamento, rogando su enterramiento inmovible, para así huir del trasiego que se hacía de reliquias y sepulturas nobles. De nada le valió su intuición. Sus huesos han recorrido lo que él no quiso. Paradojas del destino. Pero es aquí, bajo esta bóveda celeste del claustro de Santo Domingo donde peregrinamos cada año en la noche de agosto buscando sus últimos suspiros; su adiós material a la vida



Convento Santo Domingo de Villanueva de los Infantes.

El curioso impertinente

aquí lo sentimos inmaterial y nuestro, porque fue aquí, donde él quiso quedarse buscando paz y sosiego desde su fe en un Dios de amor y misericordia. Este es Francisco de Quevedo y Villegas un Grande de España, y un Grande de la literatura universal.

En el cristal del cielo infanteño se percibe el misterio al pasar por sus calles. Nobleza obliga a no olvidar a tan gran Hombre. Nobleza sostenida por la Orden Literaria de Francisco de Quevedo de Villanueva de los Infantes con el gran Maestre Juan José Guardia Polaino, y la Escribana Mayor Presentación Pérez González, tejiendo junto a los hombres y mujeres de la Orden Literaria, la Historia elocuente de uno de los mejores escritores españoles.

Me adentro en el misterio del silencio que se queda adherido a las piedras de portales y casas de esta hermosa ciudad, antaño poderosa y hoy mostrando la grandeza de quienes la habitaron y habitan; siento al recorrerla la calidez de los besos de los que la amaron. De cada uno de los que aquí vivieron la lluvia del amor y la fe en habitarla y sostenerla.

Percibo el espíritu quevediano en el espejo de las miradas de sus gentes, su tenaz permanencia a resguardar del olvido este solar noble de Villanueva de los Infantes en los cuatro puntos cardinales, de la rosa de los vientos, para las generaciones del mañana. Sea así, a pesar del olvido de los hermosos pueblos del Campo de Montiel en demasiadas ocasiones en este siglo XXI.

En esta noche de del veinticinco de agosto de 2023, soy Lisi, gozando la luz brillante de todas las perseidas en este pórtico de amor inagotable al recordar y rescatar el espíritu de Francisco de Quevedo y Villegas, haciendo míos sus universales versos...

*su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

(1) Los sueños. CLASICOS SELECCIÓN EDIMATT LIBROS

(2) Reproducción digital a partir de Obras de Don Francisco de Quevedo Villegas...: tomo segundo, En Amberes, por Henrico y Cornelio Verdussen, 1699, pp. 87-106. Localización: Biblioteca Pública de Orihuela.



Cele de Quevedo en el Convento de Santo Domingo en Villanueva de los Infantes.

El curioso impertinente



Christian Kneidinger



CK-IMAGES.com



FRANCISCO JAVIER TOSTADO

El Siglo de Oro,
una época...
UN POCO SUCIA

Antes de entrar en materia (y nunca mejor dicho) una advertencia a todos aquellos que seáis un poco escrupulosos con la higiene: no continuéis leyendo.

Me centraré en el conocido como Siglo de Oro, la época de Don Quijote, un hidalgo que casi nunca se lavaba y aunque pudiera parecernos que era debido a que Cervantes quiso darle un aire un poco “guarro” al personaje, nada más lejos de la realidad..



El curioso impertinente



Agua va

En aquellos tiempos los propios médicos desaconsejaban los baños pues pensaban que el agua ablandaba el cuerpo al abrir los poros facilitando la entrada de las enfermedades. Esto era así que incluso pensaban que los ríos eran especialmente peligrosos para las mujeres pues si algún hombre o alguna de sus ropas estaban manchadas de semen y se sumergían en el arroyo, la probabilidad de que una mujer quedara embarazada por contacto era altísima al poder entrar el esperma por los poros de la piel. Esto no era un pensamiento aislado y de gente inculta pues el propio Lope de Vega no dudaba de ello y en una carta que escribió al Duque de Sessa le comentaba que un convento de Portugal tuvo que cambiar de ubicación al estar junto a un río, y en él se lavaba la ropa interior de los frailes observando que las mujeres del pueblo cercano, quedaban preñadas al beber el agua de la corriente.



Chapines de mujer. Con ellos evitaban ensuciarse de barro o de inmundicias callejeras.

El curioso impertinente



Anciana desparasitando a un niño. a un niño. Bartolomé Esteban Murillo. Alte Pinakothek, Munich.

El caso de los recién nacidos era especial. No, no voy a decir que los aseaban más sino todo lo contrario. En el siglo XVI pensaban que los bebés eran totalmente porosos y nada más nacer se les bañaba para limpiar la sangre adherida tras el parto y después se les aplicaba por toda la piel sustancias que taparan sus poros: desde aceites hasta sal, desde cera hasta cenizas de cuerno de becerro. El propio rey de Francia, Luis XIII, tras el parto no se volvió a lavar hasta la edad de los siete años. Y si alguien se “atreveía” a bañar a un niño... nunca, nunca con agua fría, pues sino dejaría de crecer desde ese mismo momento.

El curioso impertinente

... Y como hay que hacer caso de lo que dicen los médicos, la higiene era escasa, por no decir nula. Supongo que os preguntaréis que algo debían de hacer, que una persona aunque fuera en aquella época no podía estar sin bañarse durante años. Pues sí, algo hacían, se limpiaban en seco frotándose la piel con telas para después rociarla con algún perfume que disimulara el olor, como el ámbar, la algalia y el almizcle. Y quizás alguno se pregunte ahora cómo hacían para ponerse el perfume si no se había inventado el pulverizador. Ni cortos ni perezosos elegían a una criada (eso sí, con fuertes pulmones) para que con la boca llena de agua perfumada se la lanzara directa a la cara de la señora. La cara nunca se lavaba (se quitaban la mugre con un trapo) pues hasta el siglo XVIII se pensaba que el agua les podía perjudicar la vista, provocar dolores dentales e incluso resfriados. En las manos y la boca utilizaban agua rebajada con vinagre o vino, pero el resto del cuerpo, el no visible, nunca entraba en contacto con el agua pues pensaban que la ropa interior absorbía las impurezas. Era mejor mudarse con frecuencia que lavarse. Con esto no quiero decir de que no quisieran estar limpios ya que su concepción de limpieza era otro diferente al que todos pensamos en la actualidad, implicaba mostrarse limpio aunque no se lavaran y es por eso que debían mantener su ropa limpia y cambiarla frecuentemente. Por tanto, llevar una camisa siempre blanca y un traje resplandeciente era considerado como signo de aseo, aunque nunca se tomara un baño. También se pusieron de moda los guantes perfumados (los fabricados en España eran especialmente valorados) que se regalaban para “quedar bien”.



Hombre de Gante con guante perfumado



El aliento tampoco debía de ser muy agradable, las frecuentes caries y alteraciones bucales debían provocar una fetidez importante. Para ello, durante los siglos XVI al XVIII usaban una pasta muy blanca a base de almidón y azúcar (alcorza) con la que hacían grageas. Pero también utilizaban otro líquido mucho más barato aunque no tan agradable como colutorio, la orina, utilizada en la antigüedad desde que Hipócrates explicara sus bondades: curaba las enfermedades de los ojos, las quemaduras, las supuraciones de los oídos, las úlceras, las llagas de los genitales... Incluso se utilizaba para saber si una mujer estaba embarazada. ¿Cómo? Pues ahí va la explicación:



El curioso impertinente



La mujer que quería conocer su estado de gravidez orinaba en un recipiente de barro en el que colocaban una aguja por la noche. Al día siguiente, si la aguja tenía manchas rojas, la mujer estaba embarazada. Las inglesas eran un poco más brutas y utilizaban la orina de su marido ingiriéndola durante el parto para evitar así problemas médicos en el futuro.



Pero aquí no acaba la utilización de la orina (aún hay más). A partir de 1880, los panaderos que elaboraban su pan cerca de una fábrica de cerveza, usaron su levadura para producir el pan, pero muchos panaderos utilizaban orina en su producción hasta que en 1887 pudieron disponer de una levadura fresca.

Así es que cuando compréis el pan, aseguraros antes si hay una fábrica de cerveza cerca.



Orinales medievales



Inodoro en la casa de Miguel de Cervantes. Alcalá de Henares.



RAFAEL RUILOBA



El elogio al idioma español

El idioma español nos fascina porque es un idioma que evoluciona por el poder de la imaginación para configurar lo real como experiencia humana, por medio de la seducción comunicativa, por medio del juego irónico del discurso, por medio de los avatares producidos por la conciencia crítica de la realidad.



Cito como fundamento a don Miguel de Cervantes Saavedra, en cuyo homenaje se celebra el día del idioma: “que su nombre es Dulcinea, que su patria es el Toboso, un lugar de La Mancha; su calidad por lo menos ha de ser princesa. Pues es reina y señora mía, su hermosura sobre humana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son de oro, su frente campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas”. Para Cervantes el idioma español es un lúdico aguijón que tiene conciencia para atrapar la realidad y hacerla humana. Por medio de él trasunta una forma de ser y el hablante es capaz de ubicar con precisión la referencia, los hechos, la información, los conceptos, los valores y la explicación por medio de comparaciones, hipérbolos entre lo dicho y lo no dicho para recrear las imágenes visuales auditivas y kinésicas donde se une sentimiento y acción para ponerlas al servicio del habla objetiva. Así, en el español de Cervantes, el poder de la imaginación está al servicio de la realidad. Veamos este retrato de Quevedo que nos revela el español que heredamos: “Señor don Manuel hoy cuento yo cincuenta y dos años, y en ellos cuento otros tantos entierros míos. Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud, murió mi mocedad; ya también falleció mi edad varonil. Pues ¿Cómo llamo vida a una vejez que es sepulcro donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido... Ninguna cosa me da más horror que el espejo en que me miro: cuanto más fielmente me representa, más fie-





ramente me espanta. ¿Cómo, pues, amaré lo que temo? ¿Cómo desearé lo que huyo? ¿Cómo aborreceré la muerte, que me libra de lo que aborrezco y me hace aborrecible?” El escenario de la palabra es lenguaje, el acto de comunicación por medio de la imaginación para poder expresar el dolor de la vida. La palabra del idioma para describir la realidad de la vida se refugia en los lenguajes del cerebro, lo visual, lo auditivo y la relación sentimiento y acción. De esta manera la palabra le da sentido a la vida.

“Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían



en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de la tierra de las barbas, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras". Nos dice Pablo Neruda.

Del español de la conquista, al idioma actual trasunta la imaginación exaltada para capturar la realidad exuberante de América. Y de la épica del avasallamiento y la muerte, el idioma español se enriquece con los aportes referenciales de los miles de ojos, caras, manos y voces que crearon las molduras de las lenguas indígenas y dieron origen a un español permeado por las modalidades dialécticas de los hombres del maíz ; que por la versatilidad del español, no evolucionaron hacia una nueva Babel, sino que desembocaron en un español renovado que no olvidaba la tradición del gerifalte gongorino, detrás de quien sobrevuela el halcón palumbario de la picardía española, para que la imaginación sea renovada por la rebeldía americana, que sin sacrificar el paraíso de la tradición, creó una nueva tradición retórica capaz de estremecer el corazón y movilizar la comprensión de la realidad.



fierno del viejo lector ciego que se mira en el espejo para comprender en el Poema de los dones que se acabaron los caminos, que la vida no es más que una reiterada ruina circular, que la cultura está regida por el azar combinatorio de los mismos signos. Porque el viento sopla desde Luvina, y nos trae el origen de las desgracias, con una alegría penosa que punza nuestra cotidianidad porque ella todavía arde en el infierno del Popol Vuh... O participamos en la batalla sin esperanza de un quijotesco coronel que lucha por orgullo y sube por las escaleras de Job: el génesis, el diluvio, la arcadia, para enfrentar la soledad, una de las máscaras de la muerte; para sobrevivir a la luz extravagante del amor de Úrsula Iguarán y llegar a la última convicción de que somos creaciones de las palabras. Esta serie de metáforas explican el poder de la imaginación que anima al idioma español y le permite contender con la realidad.



El curioso impertinente



Christian Kneidinger



Christian Kneidinger
Photography

JOAN ANTÓN ABELLÁN

Hablando de afiladores y lañadores

CON

Francisco Martínez



El afilador. Cerámica de Sargadelos-Galicia

Voy andando por la calle y de repente un sonido me remonta a mis años mozos. Es una breve melodía que hace progresar las notas de graves a agudas y viceversa, como si fuera una escalerilla musical. Es el sonido del "chiflo", esa pequeña flauta de Pan, que anuncia la presencia del afilador, hoy día hecha de plástico, aunque antes era de caña, e incluso de madera, con forma de caballo.

Es un oficio, el del afilador, que según parece nació en el siglo XVII en Galicia, y más concretamente en la pequeña población de Luintra, perteneciente al municipio de Nogueira de Ramuín en la provincia de Ourense, cuando apareció por esa población un afilador ambulante, de origen desconocido, con su rueda de afilar deteriorada buscando

El curioso impertinente



Monumento al afilador en Nogueira de Ramuín (Ourense)

un artesano que se la pudiera reparar. Finalmente dio con un carpintero que accedió a ello. Arregló los desperfectos de aquella rara herramienta y a su vez dibujó un esquema para poder hacer una replica de la misma en su taller. Y como testimonio de ese hecho, desde el año 1971, en la plaza de Luintra se levanta un monumento, obra del escultor Buciños, dedicada Al Afilador.

Sea o no ese su origen, el caso es que en el siglo XVII, la figura del afilador estaba presente en la sociedad gallega, como lo demuestra el lienzo que se puede contemplar en el Museo Hermitage, de San Petersburgo, atribuido al orensano Antonio de Puga (1602-1648) que lleva por título *El afilador de cuchillos*. Y tendrán que pasar dos siglos, para que otro pintor español, en este caso Francisco de Goya (1746-1828), plasmara en una de sus obras ese noble oficio con la obra *El afilador*, el cual se puede contemplar en el Museo de Bellas Artes de Budapest.



El afilador de cuchillos (Antonio de Puga - c.1640)

Pero no tan solo la pintura ha dejado su impronta en la figura del afilador, sino que también lo ha hecho la literatura. En este caso es el canario Benito Pérez Galdós (1843-1920), el cual, en "La corte de Carlos IV" (1873), dentro del segundo volumen de los *Episodios Nacionales*, nos sitúa al protagonista, un jovencísimo Gabriel Araceli, departiendo con el amolador madrileño Pacorro Chinitas, un personaje, del que Gabriel dice:

que tenía establecida su portátil industria en la esquina de nuestra calle. Me parece que aún estoy viendo la piedra de afilar que en sus rápidas evoluciones despedía por la tangente, al contacto del acero, una corriente de veloces chispas, semejantes a la cola de un pequeño cometa; y como era mi costumbre no apartar la vista de la máquina mientras hablaba con el Júpiter de aquellos rayos, el fenómeno ha quedado vivamente impreso en mi imaginación

El curioso impertinente

E incluso la poesía se ha hecho eco de este oficio. Como ejemplo, unas estrofas del poema *El viejo afilador* del poeta salmantino José Luis Puerto (1953-):

El viejo afilador llegaba por otoño
En pobre bicicleta de abandono oxidada [...]
Y al morir de las hojas sonaba su instrumento
Que caía en las calles anunciando su vuelta [...]
Bajaban las mujeres de las oscuras casas
Llevándole tijeras, petallas o cuchillos [...]
Y el viejo afilador hacía girar la rueda
Y aguzaba los cortes y aguzaba los pechos [...]
El viejo afilador marchaba en el crepúsculo
Y en lentas pedaladas se perdía en la noche.



El afilador (Francisco de Goya - c.1810)

Monumentos, poemas,... para recordar a ese personaje ambulante tan tradicional de la vida urbana en los pueblos de España que hoy en día está en proceso de desaparición, ya que cada vez es menos frecuente escuchar el sonido característico de su flauta.

Por suerte, hoy por hoy, no podemos decir que en Valdepeñas no podamos escuchar ese sonido tan familiar del chiflo que nos remonta a nuestros años de infancia, ya que tenemos a Paco, que con su bicicleta, —modificada en su parte trasera para dar cabida a la piedra de afilar—, recorre las calles de la ciudad, ofreciendo sus servicios a todo aquel que necesite sacar filo a sus cuchillos, tijeras, navajas y otros instrumentos de corte.

Francisco Martínez Sirvent, al que todos conocen como Paco, es un granadino, hijo de padres cordobeses, afincado en Valdepeñas desde hace casi medio siglo.

Sus padres, eran, como el mismo Paco dice, "errantes". Iban con un carro y una mula, de pueblo en pueblo, allá donde su oficio, el de lañador¹, les llevara. Un oficio, que como otros muchos, ya ha pasado a la historia. Por eso aprovecho para que me cuente en que consistía ese oficio.

1-El nombre de lañador viene de las lañas o grapas con las que se reparaban los utensilios metálicos de cocina.

El curioso impertinente



Cuando llegaban a un pueblo, su padre montaba su improvisado taller en cualquier portal de una casa, cerca de algún lugar concurrido, donde las vecinas pudieran acudir con esos cacharros de cocina que tenían agujereados para repararlos: cacerolas, sartenes, pucheros, lebrillos, etc. Eso le llevaba un par o tres de días y cuando terminaba el trabajo, montaban en el carro y para otra población.



Y fue de este modo, estando varios días en una misma población, que a Paco le vino la inspiración. Tendría 9 o 10 años y la familia se encontraba en Ossa de Montiel, una pequeña población de la provincia de Albacete, en donde la estancia se alargaba unos días más ya que había una posada en la que se instalaban. Allí había un gallego, de nombre Aurelio, que con su bicicleta adaptada, se dedicaba a afilar los cuchillos de los vecinos. Y mientras lo hacía, Paco no le sacaba ojo de encima. Y así un día y otro día, hasta que al final tomó la decisión: quería ser afilador. Y así se lo hizo saber a sus padres, a los cuales no les pareció mal, de modo que el siguiente paso fue comprar un bicicleta y adaptarle una polea y una piedra... y cargarla en el carro. De este modo, al llegar a la siguiente población, mientras el padre ofrecía sus servicios de lañador, él ofrecía los de afilador, por los que cobraba una peseta.

Paco, hace unos años, con su carro de afilador por las calles de Castellar de Santiago.

Eran unos años en que había muy poca competencia, de ahí que aunque era muy joven no por eso le faltó trabajo. Y así fueron pasando los años, hasta que una vez terminado el servicio militar, se despidió de sus padres y se vino a vivir a Valdepeñas.

Bicicleta, motocicleta y finalmente una furgoneta, dentro de la cual llevaba el carro de afilador. Una vez en tie-

El curioso impertinente



rra, como si fuera una carretilla, empezaba a recorrer las calles del pueblo, mientras se anunciaba con su típica melodía. Y cuando se le requerían sus servicios, volteaba el carro, ajustaba la correa al aro de la rueda, pisaba rítmicamente el pedal de tabla, con lo que la piedra empezaba a girar y, nada más acercarle un cuchillo o unas tijeras, empezaban a saltar las primeras chispas.

De esa guisa, empezó a recorrer buena parte de las provincias de la geografía manchega, así como de la andaluza: Ciudad Real, Cuenca, Albacete, Córdoba,... en unos años en que incluso tenía rutas solo de restaurantes, entre ellas una que iba de Sisante a Mottilla del Palancar, ambas en la provincia de Cuenca. Y es que como cuenta el escritor orensano Xaquín Lorenzo Fernández (1907-1989) en su libro *Os oficios*, el aspecto más relevante del afilador es su constante viajar, tal y como queda reflejado en esta canción:

Afilador andareiro

que correl-a terra toda:

no pares no meu portelo

que non quero home con roda.

Paco tocando el "chiflo" por las calles de Valdepeñas



El curioso impertinente



Pero de eso ya han pasado unos años. Hoy en día hay menos trabajo y Poco a poco se va perdiendo el oficio. Se compran herramientas que no se pueden afilar, los restaurantes tienen sus propias máquinas de afilar,... recuerda cuando se hacía la matanza del cerdo, cuando iba por la calle y le llamaban por todas partes...

Era en unos años en que en Valdepeñas había tres afiladores más, todos ellos gallegos. Uno que vendía correas, en el Canal, antes de la riada de 1979. Otro que se llamaba Juanillo, que vivía cerca de donde está el monumento del Gañán. Y luego estaba Cesar, que se ha jubilado no hace mucho, que tenía una tienda en la calle Real, aunque la hija sigue con el oficio.

Pero los años no perdonan, de ahí que haya dejado de hacer rutas y se dedique solo a la ciudad que lo acogió hace medio lustro. Cada mañana coge su bicicleta y callejea por todo Valdepeñas, un día en un barrio y otro día en otro, ofreciendo sus servicios al son de su chiflo. Y aunque ya tiene edad para jubilarse, le gusta su oficio; le gusta andar por las calles; le gusta hablar con las gentes; o sea que, mientras pueda, se mantendrá en el oficio, afilando cualquier cosa que tenga filo, incluso cuchillos de sierra, guadañas u hoces de segar, entre otros.

Y la verdad es que es de agradecer el pasear por las calles y oír a lo lejos esa melodía tan característica, que, a los que ya tenemos una edad nos transporta a nuestra niñez.

Y la verdad es que es de agradecer el pasear por las calles y oír a lo lejos esa melodía tan característica, que, a los que ya tenemos una edad nos transporta a nuestra niñez.



Detalle de la piedra y las herramientas que Paco lleva en la bicicleta



LUIS MANUEL MOLL JUAN



Entre las pinceladas
de
Marcel Nino Pajot

El curioso impertinente



Marcel Nino en su estudio

Marcel Nino, Nació en la población de Verht, en el occitano departamento francés de Dordoña.

Desde sus primeros años anduvo trasteando con los pinceles de su madre, la pintora Reine Pajot Vedry, la cual siempre le fue inculcando el amor por las artes siendo ella la responsable del don que tiene Marcel.



Niños Cantores

El curioso impertinente



Huida de republicanos españoles



Republicanos españoles cruzando los Pirineos

Marcel es un auténtico autodidacta, nunca terminó los estudios de arte. Con 36 años inició su primera exposición. Sus lienzos rabian de color, ricos detalles, humor y, a menudo, una inmediatez popular, casi caricaturesca y desconcertadora.

Aunque es indudablemente un pintor, Pajot también es principalmente un dibujante, ya que diseña a sus súbditos con un espíritu imbuido de un buen ojo y una veracidad desconcertante al agregar una dosis de lirismo, un toque de locura, un ambiente festivo, un toque de misterio y color brillante a sus composiciones, puede darle un aire de comedia o tragedia al rico repertorio de estados de ánimo que representa en sus lienzos.

El curioso impertinente



Ha expuesto en numerosas muestras de Francia y diversos países, logrando premios importantes y éxito de público y crítica.

Sus cuadros están presentes en colecciones públicas y privadas de todo el mundo.

Sus propias palabras: «Yo creo que la pintura es, en primer lugar la acción con color, a continuación, golpes y arañazos se acumulan y se mezclan con la tinta, el gouache, pinturas acrílicas...

Me gusta dibujar sobre diferentes materiales: periódicos, lienzos, pero sobre todo en papel. Es el material más sensual.»



El curioso impertinente



El pintor percibe la vida como un carnaval. Su carnaval no es una celebración que tiene lugar en la vida real, sino una metáfora, un carnaval en general. Primero, el espectador está sorprendido por el derroche de colores, la teatralidad y la pretensión de las poses de los personajes de las pinturas. Admiro el arte de las líneas de la canción y la sutileza de las armonías coloridas.





El curioso impertinente

Cuando ya admiramos muchos héroes extraños y escenas galantes, vemos que los héroes no tienen caras. Si! Están usando máscaras y las máscaras se han convertido en sus caras. Resulta el contraste del lado brillante y multicolor de las vacaciones con el hecho de que aquí una persona deja de ser él mismo y se convierte en una máscara, una imagen de sí mismo.



El curioso impertinente



El curioso impertinente



El personaje de Don Quijote es para él una riquísima fuente de inspiración, ya que la diversidad de lecturas que ofrece es a la vez rica y personal.



Noche, chapitre XVIII Marcel Nino Pajot © Adagp, Paris, 2021



no PAJOT HIVER (détail 16 x 34 cm) Technique mixte sur toile © Adagp, Paris, 2022



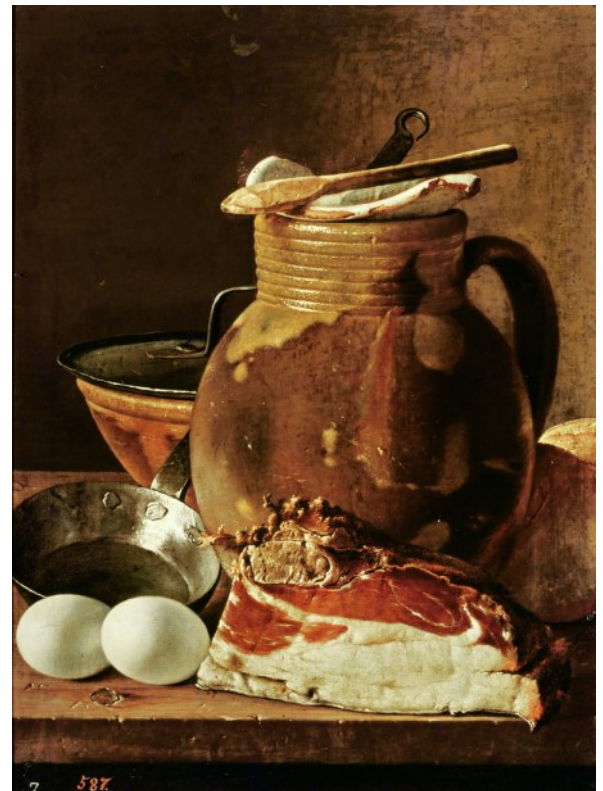


LOS FOGONES EN LA LITERATURA

JOAN ANTÓN ABELLÁN

La olla podrida, princesa de los cocidos.

Resulta evidente que desde tiempos muy antiguos se han hecho en España todo tipo de cocidos, desde los mas pobres a los mas suculentos. Y de hecho la olla «de algo más de vaca que carnero» con la que Miguel de Cervantes (1547-1616) nos introduce en la dieta de don Quijote, pertenecía a la olla corriente y sencilla que comía el pueblo, aunque no tan sencilla como la que se hacía en algunos hogares en la posguerra española, en unos años en los que existía el oficio de sustanciero o saborero, el cual al grito de «¡Sustancia! ¿Quién quiere sustancia para el puchero? Traigo un hueso riquísimo», recorría las calles con un hueso de jamón o vaca atado al extremo de una cuerda y lo alquilaba a las amas de casa por tiempo, para que lo añadieran a sus cocidos y les diera sabor.



Bodegón de sustancia. Luis Egidio Meléndez . Museo del Prado. Madrid

El curioso impertinente

Aunque para olla mezquina la que aparece en *El Buscón*, la obra de Francisco de Quevedo (1580-1645), en la que el domine Cabra ofrece una olla a sus pupilos:

Trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo [...] Repartió a cada uno tan poco carnero, que, entre lo que se les pegó en las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes

Pero no hablaremos de ese cocido, ya que poco habría sobre lo que hablar, sino que hablaremos del caso contrario, de aquellos cocidos que comían las clases aristocráticas y acomodadas, y que dio en llamarse olla podrida. Ese plato succulento al que Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) describe como la "princesa de los cocidos" y al que se puede considerar como la madre de los actuales cocidos, escudellas, pucheros, potajes... Un plato venerable, apreciado por nobles y plebeyos de los que el gastrónomo Néstor Luján (1922-1995) dice: «Desde tiempos muy antiguos se hicieron en todas las regiones españolas cocidos pobres; sin embargo, el plato celebre durante siglos fue la olla podrida».



Olla muy podrida. Luis Egidio Meléndez



Sobre su origen

Aunque, y sin temor a equivocarnos, creo que podemos decir que el echo de introducir en una olla agua junto a diversos ingredientes, como verduras y carnes, y dejarla en la lumbre para que se vaya cociendo, se ha de remontar a muchos años atrás, por no decir siglos. Según parece, el origen de nuestra olla podrida habría que buscarlo en los judíos asentados en España, los cuales, obligados por uno de sus preceptos, que durante el Sabbat les prohibía cocinar, lo que implicaba tener que comer los sábados comidas frías, idearon un modo de poder comer caliente sin violar ese precepto. Para ello, antes del ocaso del viernes, colocaban carnes, garbanzos, verduras y agua en una olla de barro, depositada bajo las brasas, de tal modo que el sábado las ascuas todavía la mantenía caliente. Y a ese plato lo llamaron adafina, que viene a significar algo así como tesoro enterrado.

Fue un plato que llegó a ser tan popular que se pueden encontrar numerosas referencias literarias españolas de la época. El Arcipreste de Hita (c.1283-c.1350) en el *Libro del Buen Amor*, ya lo menciona:

Algunos en sus casas pasan dos sardinas,
En ajenas posadas demandan gollerías,
Desechan el carnero, piden las adefinas,
Desían que non combrian tosino sin gallina.



El banquete de Sancho como gobernador de la Ínsula Barataria

El curioso impertinente

También la menciona Andrés Bernáldez (1450-1513) en la *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*: «Nunca perdieron en el comer la costumbre judaica de manjares y olleta adefina». E incluso Francisco Delicado (1475-1535) en el *Retrato de la lozana andaluza* (1528), hace que Rampín le diga a la Lozana: «No veys que todos estos son judíos y es mañana sábado que hazen adafina? Mira los braseros y las ollas ençima».



Pues de ese plato, convenientemente cristianizado mediante la adición de diversas partes del cerdo, tal y como dice el refranero:

Castigo de Dios le venga
a un botella sin vino,
a una muchacha sin novio,
y a una olla sin tocino

parece ser que deriva nuestra olla podrida, la cual se mantenía todo el día en el fuego, en lenta ebullición, y de la que se podían ir sacando raciones y agregando nuevos ingredientes en un sistema que evitaba que los alimentos, especialmente las carnes, se echaran a perder en una época en la que no había frigoríficos, pero eso no privaba de que los ingredientes quedaran prácticamente desechos, de ahí el nombre de "podrida".



Sebastián de Covarrubias y Orozco (1539-1613), en el *Tesoro de la lengua española* (1611) dice que «Púdose decir podrida en cuanto se cuece muy despacio, que casi todo lo que tiene dentro viene a deshacerse y por esta razón se pudo decir podrida, como la fruta que se madura demasiado».

Aunque también comenta que el médico italiano Andrea Bacci (1524-1600), en su libro *De naturali Vinorum historia*,

de vinis Italiae et de conviviis antiquorum (1596) se refiere a ella como "poderosa": «Oglia Poderida in Mensis Hispanicis inclyta», es decir, «Olla poderida, de gran fama en las mesas españolas».

Una acepción totalmente incorrecta, ya que el vocablo "poderida", según los estudiosos de la lengua, nunca ha formado parte del idioma castellano. Pero no por ello dejan de ser varios los autores que dan por buena esa acepción, como el cocinero de Felipe III y Felipe IV, Francisco Martínez Montañón (s.XVI-s.XVII), en su *Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conservería* (1611) quien dice: «Sepan vuestras mercedes que lo de podrido no es corrupción de la olla, sino del lenguaje, ya que debe decirse poderida, que quiere decir poderosa».

La olla podrida en boca de los literatos

Un plato tan "exquisito" no podía pasar desapercibido por las plumas de la época, aunque lo que llama la atención es que apareciera antes en los recetarios extranjeros que en los nuestros. En 1570, Bartolomeo Scappi (1500-1577), cocinero de los papas Pío IV y Pío V, la incluyó en su famosa *Opera Dell 'arte del cucinare*: «[...] una vivanda di diverse materia detta in lingua spagnola oglia potrida», e incluye la receta, de la que hablaré más adelante. Y unos años más tarde, sería el cocinero alemán Marx Rumpolt (1525-1593), quien en su libro *Ein new Kochbuch* (1581) haría mención al "hollopotrido", al que le otorga un total de 90 ingredientes!

Pero si nos centramos en los autores hispanos, encontramos que el padre madrileño Cristóbal de Fotseca (1550-1621) en *La Vida de Christo Señor Nuestro* (1596), escribe: «Verás al rey cenando la olla podrida y treinta platos encima». Aunque el primero que se exploya en la exquisitez culinaria de este plato es Miguel de Cervantes el cual en *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1615) —la segunda parte de las aventuras y desventuras del caballero de la triste figura—, pone en boca del escudero Sancho, la de la olla podrida. Así en el pasaje donde Sancho está inmerso en su papel de gobernador de la ínsula, y mientras mantiene una conversación con el doctor Pedro Recio de Tirteafuera, comenta:

El curioso impertinente

Aquel platonazo que está más adelante vahando me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y provecho.

ante lo cual el galeno le reprende diciéndole que:

«Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas para los canónigos o para los retores de colegios o para las bodas labradorecas, y déjenos libres las mesas de los gobernadores [...]».

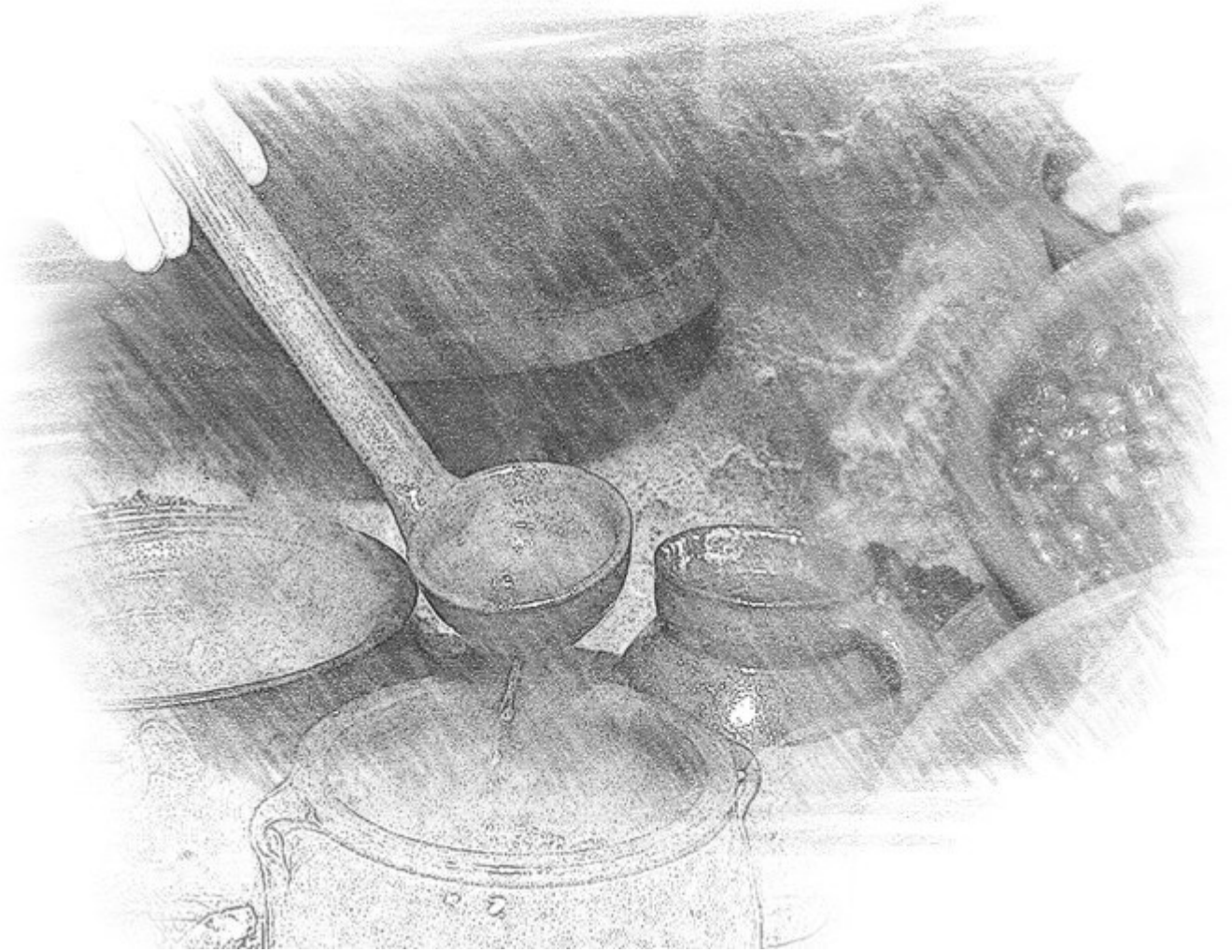
Pero no por ello le quiere dejar sin comer, por eso llegada la noche, el médico prometió darle de comer algo más sano, a lo que Sancho le replicó:



Lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día.

Del mismo modo que también en esa segunda parte hace mención a ella en las famosas Bodas de Camacho, en donde al pobre Sancho se le iban los ojos tras los grandes pucheros donde se cocían las "ollas podridas", de ahí que cuando le pidió al cocinero si podía untar un poco de pan en una de ellas, este le respondiera:

mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina o dos, y buen provecho os hagan [...] Y diciendo esto asió de un caldero y, encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos



Otro literato de la época, Félix Lope de Vega (1562-1635), en la comedia *La niñez de San Isidro* (1622) recuerda que la olla podrida es el plato de referencia del pudiente y el menesteroso, paradigma de la comida hispánica. Por su parte Francisco de Quevedo, se mofa de los judíos que rechazan la carne de cerdo:

Hago yo mi olla
con sus pies de puerco
y el llorón judío
haga sus pucheros.

En *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo* (1646), de autor desconocido, encontramos este pasaje:

Fuéronse los dos a la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo o letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un barberote media docena de burujones que me habían sobrevenido de achaque de olla podrida.

El curioso impertinente



También se refiere a nuestra olla podrida Pedro Calderón de la Barca, el cual en su mojiganga *Los Guisados* (1664), dice que:

Diréisme que soy podrida
Y vive el cielo que es falso
Porque yo sólo me pudro
Cuando hay muchos convidados.

Ya en el ámbito europeo tenemos que incluso el libertino Giacomo Casanova (1725-1798) en su libro *Histoire de ma vie* (1789-1798) no se puede estar de mencionarla:

Me han gustado los platos exquisitos: unos buenos macarrones hecho por un buen cocinero napolitano; la olla podrida de los españoles; el bacalao de Terranova; las aves de caza y los quesos mantecosos



El curioso impertinente



Del mismo modo lo menciona el francés Charles Nodier (1780-1844) que en su *Légende de soeur Béatrix* (1837) nos habla de «Una olla podrida digna de los infiernos» y el también francés, el novelista Alejandro Dumas (1802-1870) que en *El conde de Montecristo* (1844), pone en boca de Edmundo Dantés estas afirmaciones:

Si me conocieseis mejor no os preocuparíais por un cuidado casi humillante para un viajero como yo, que ha pasado sucesivamente con los macarrones en Nápoles, la polenta en Milán, la olla podrida en Valencia, el arroz cocido en Constantinopla, el karri en la India y los nidos de golondrinas en China.

E incluso hablan de ella un militar y un crítico viajero inglés. El primero, es un poema escrito por el Teniente del Regimiento de Infantería de León, José Urcullu (1790-1852), en su libro *La Gastronomía o los placeres de la mesa* (1820) con el que exalta las virtudes de ese plato en el momento de ser presentado en la mesa:

Ya la sopa presentan en la mesa,
de excelente comida anuncio cierto,
dorada, sustanciosa, ¡oh, cual exhala
el olor de la vaca y los torreznos!
Jugo de vegetales es su caldo,
y de gallina menudillos tiernos,
acompañada con ligera escolta
de platillos hermosos,
cuyo objeto es mover suavemente los sentidos,
y abrir el apetito casi muerto.
Con pompa y majestad, tras de la sopa
una “podrida olla” va viniendo,
do deben descubrirse confundidos
la gallina, el chorizo y el carnero,
el jamón y la vaca entre el garbanzo,
acompañados de tocino fresco.
Después han de ir saliendo los principios
anchamente dispuestos y con tiempo,
que el suave olor que salga de sus salsas
deje a cuantos estén allí suspensos.

El curioso impertinente



Manuel García Hispaleta

Y el segundo al que me refería, es el hispanista inglés Richard Ford (1796-1858) que en su libro *Las cosas de España* (1845) no dice que: «La verdadera olla —la antigua y reputada olla podrida o pot pourri—, es muy difícil de hacer, y, desde luego, es imposible comer una medio regular fuera de España».

Y volviendo a las letras españolas, a finales del siglo XIX encontramos referencias a tan encomiable plato en la que es considerada la obra cumbre de la literatura española del realismo, *La Regenta* (1884-1885), de Leopoldo Alas "Clarín" (1852-1901) el cual en su primer capítulo nos habla de la hora de la siesta en una ficticia ciudad del norte de España a la que bautiza como Vetusta: «Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida».

Muchas recetas para un mismo guiso

Es normal que con el paso de los años sean muchas y variadas las recetas que hay sobre ese plato, del mismo modo que es normal que se hayan ido adaptando, no tan solo a los gustos del momento, sino también a la costumbres del país en que se cuece, pues no hemos de olvidar que como ya hemos visto, fue un guiso que se expandió rápidamente más allá de los Pirineos, empezando por Francia, el país vecino, donde parece ser que fueron las reinas Ana de Austria (1601-1666) y María Teresa de Austria (1638-1683), esposas de Luis XIII y Luis XIV respectivamente, las responsables de la introducción de



la olla podrida en la corte francesa donde se popularizó con el nombre de pot-pourri. Y así lo reflejó el *Dictionnaire de la cuisine française* (1866) afirmando que entre otros platos «debemos a España no sólo las ollas podridas, convertidas en el "pot au feu" [...]».

Pero con el paso de los años, este plato va perdiendo presencia en las mesas españolas, e incluso hay movimientos a favor de recuperar este plato en la mesa de Alfonso XII. Y uno de sus defensores fue el cervantista y gastrónomo español Doctor Thebussem, seudónimo de Mariano Pardo de Figueroa (1828-1918), el cual en su libro *La mesa moderna: cartas sobre el comedor y la cocina cambiadas entre el Doctor Thebussem y un cocinero de S.M.* (1888), expone entre otras cosas la ventaja política de este cocido, ya que sus ingredientes representan a toda España: «el garbanzo de Castilla, las legumbres de Aranjuez, el carnero de Valéncia, la vaca de Navarra, las gallinas de la Mancha, los embutidos de Extremadura y el jamón de Aracena». Aunque por mucho empeño que le puso, tan solo consiguió que el Rey pidiera en 1876, este plato para celebrar su cumpleaños.

De ahí que Emilia Pardo Bazán (1851-1921) en *La cocina española antigua* (1913) donde dice que «la olla podrida era sencillamente un cocidazo» lo decía en pasado porque según ella:

Si hay un plato español por excelencia, parece que debe ser éste, del cual encontramos en el

El curioso impertinente



Mangiafagioli (c.1584) de Annibale Carracci

Quijote tan honrosa mención y sin embargo se me figura que ya no se sirve en ninguna parte y que, como las gigantescas especies fósiles de los períodos antediluvianos, se ha extinguido.

y para que perdurase en la memoria incluía su receta:

Bien espumado el puchero y añadidos los garbanzos, se echará tocino fresco y añejo, gallina, jamón, chorizo, manos de ternera, orejas de cerdo, una pelota hecha con picadillo, y más tarde patatas, arroz, habas y guisantes frescos. Lo tiene todo. Debe cocer cinco horas.

Por suerte, un siglo más tarde, las distintas variantes de ese cocido se han extendido por toda la geografía española, y aunque ya no es habitual en la cocina manchega, si que ha sobrevivido en la cocina burgalesa, donde han sustituido los tradicionales garbanzos por alubias (recordemos que las alubias no llegaron a nuestro país hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo), en concreto alubias rojas de la localidad Ibeas de Juarros.

El curioso impertinente

Pero no nos adelantemos al tiempo y empecemos por las primeras recetas que hay sobre ese plato, del que el español Diego Granado (s.XVI-XVII) en 1599 reprodujo la receta que el cocinero italiano Bartolomeo Scappi había publicado en su *Opera Dell 'arte del cucinare* (1570). Según decía:

llevaba tocino, jamón, morros, orejas y patas de cerdo, longanizas, carne de carnero, ternera y vaca, capones, gallinas, pichones, liebre, perdices, faisanes, ánades, tordos, codornices, francolines, garbanzos, alubias, cebollas, castañas, repollos, nabos, salchichas, pimienta y canela.

En el siglo XVII encontramos que el cocinero de los príncipes-obispos de Lieja, Lancelot de Casteau (s.XVI-1613), en su obra *Ouverture de cuisine* (1604) nos habla de una olla podrida «con vaca, capón, carnero, pato, pichón, perdiz, becada, embutido, pies y orejas de cerdo, queso, huevos, col, piñones, pistachos, castañas, garbanzos y alubias». Tres años más tarde será el cocinero del Colegio Mayor de San Salvador de Salamanca, el español Domingo Hernández de Maceras (c.1558-1619) quien en el capítulo LIV de su *Libro del Arte de Cozina* (1607) dice que:

Para hazer una olla podrida, se le ha de echar carnero, vaca, tocino, pies de puerco, testuz, longanizas, lenguas, palomas, lavancos, liebre, lenguas de vaca, garvanços, ajos y nabos si es su tiempo, y la carne que cada uno quisiere. Se ha de mezclar todo en una olla y ha de cozer mucho. Llevará sus especias; y después de bien cozida, se harán platos de ella, con mostaza de mosto o de otra, y por encima los platos échale perexil y es muy bueno.

E incluso Félix Lope de Vega nos da su receta en el segundo acto de *El hijo de los leones*, en un dialogo entre Faquín y Baco, se describen sus ingredientes:

Me conformo con la olla;
píntame el alma que tiene
Buen carnero y vaca gorda
la gallina que dormía
junto al gallo, más sabrosa [...]
Tiene un pernil de tocino,
quitada toda la escoria [...]
Dos varas de longaniza,
que compite con la lonja
del referido pernil;
un chorizo y dos palomas [...]
ajos, garbanzos, cebollas tiene
y otras zarandajas.



De esa época son *los Avisos del Madrid de los Austrias* (1654-1658) del escritor y dramaturgo Jerónimo de Barrionuevo de Peralta (1587-1671?) en donde da cuenta de una fiesta popular en la que se sirvió una monumental olla podrida, la cual estaba compuesta por:

un becerro de tres años, cuatro carneros, 100 pares de palomas, 100 de perdices, 100 de conejos, 1.000 pies de puerco y otras tantas lenguas, 200 gallinas, 30 perniles, 500 chorizos, sin otras 100.000 zarandajas [...] Todo cuanto aquí digo es la verdad, y ando muy corto, según lo que cuentan los que allá se hallaron, que fueron de 3.000 a 4.000 personas, y hubo para todos, y sobró.

Y todavía dentro del mismo siglo tenemos que el escritor y diplomático galés James Howell (c.1594-1666), buen conocedor de nuestro país, escribía en 1630 una genial *Oda a la reverendísima matrona la Olla Podrida*, compuesta por:

carnero, vaca y tocino como voluntad, entendimiento y memoria son su alma; col, nabo, alcachofa, patata y dátiles sus cinco sentidos y la pimienta su inteligencia; debe llevar tuétano que sustente su vigor, algunas aves que la eleven y por supuesto tiene que ir adornada con cadenas de longaniza.

Son muchas y muy variadas, pero para resumir veamos que nos dice el Diccionario de la lengua española: «es una olla que, además de la carne, tocino y legumbres, tiene en abundancia jamón, aves, embutidos y otras cosas suculentas».



La Olla podrida

Y para terminar, ya que hemos hablado de que hoy en día es uno de los platos estrella de la cocina burgalesa y es donde mejor se ha preservado, manteniendo el nombre de "olla podrida" reproducimos una de las muchas recetas que hay, porque como dice el refrán «cada maestrillo tiene su librillo».

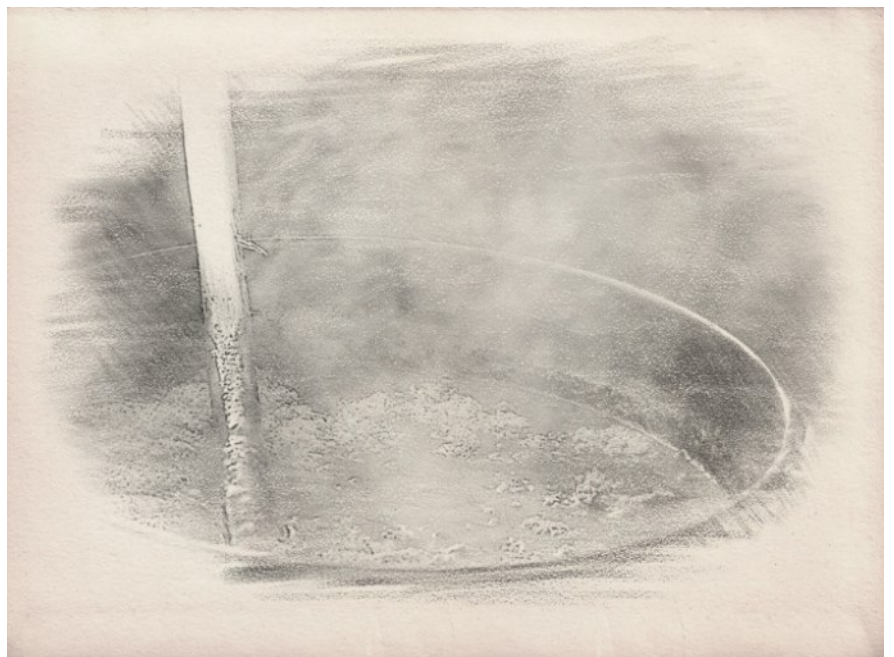
Ingredientes para 4 personas: 300 gr. de alubias rojas de Ibeas; 1 pata adobadas de cerdo; 1 oreja adobada de cerdo; 1 trozo de panceta; 300 gr. de costilla de cerdo adobada; 1 chorizo; 1 morcilla de Burgos; 1 cabeza de ajos; 1 cebolla; 1 puerro y 1 zanahoria. Para el relleno: 2 huevos, perejil, ajos, pan rallado, sal, pimienta y pimentón dulce.

Preparación del relleno: En un bol mezclamos los huevos, con el pan rallado, los ajos y el perejil picados y el pimentón dulce, así como sal y pimienta. Luego lo freímos, como si fuera una tortilla, en una sartén pequeña, para que quede un poco gruesa.

Preparación de la olla: Lavamos las alubias y las ponemos en remojo la noche anterior y en otro recipiente ponemos también en remojo las carnes de cerdo adobadas.

Al día siguiente, en una cazuela de barro, ponemos las alubias junto con la cabeza de ajos entera, la cebolla entera, el puerro, la zanahoria, las diferentes partes del cerdo y el chorizo. Cubrimos de agua y lo ponemos a calentar a fuego medio

Cuando empiece a hervir, echamos 1 taza de agua fría para “asustar” las alubias, un proceso que repetiremos un par de veces más. Pasados 2 horas de cocción, incorporamos la morcilla, lo cocinamos durante 1/2 hora más, añadiendo el relleno cuando solo falten 10 minutos y a la vez lo rectificamos de sal.



Christian Kneidinger



Christian Kneidinger
Photography

JUAN GOSE GUARDIA POLAINO



Una "orden literaria"
para curarle las heridas
del olvido a
Don Francisco de Quevedo

VOLVER A VOS DON FRANCISCO

Damas, caballeros, autoridades, gentes todas de nuestra amada tierra, de esta universal comarca y de todos cuántos lugares son afines al pulso de los hombres mundanos y ebrios de lucidez... ¡Sed verbo junto a nosotros!



Comenzamos nuestra salutación sin querer olvidar el espíritu de los Caballeros y Damas que fían de nobleza y buscan refugio en las palabras que la historia ha dado por clásicas. Nos adentramos en esta aventura literaria con las consabidas palabras que de nuestro humilde corazón salen para decir de la gratitud.

Os damos el saludo y volvemos a un discurso que, año tras año, fija el necesario arquetipo de unos personajes, modos, palabras y expresiones que marcan el esquema de un tiempo que nos sitúa en pleno s. XVII y en la vorágine de la vida que, don Francisco de Quevedo, sufría y contemplaba.

¡Sed todos bienvenidos a los claustros —históricos ámbitos necesarios para la palabra y la poesía— donde el escritor de los sueños, dio su alma a Dios y el verso a los hombres!

Os invitamos a tomar nuestro mismo espíritu caballeresco, el espíritu

El curioso impertinente



que emerge de éstas estancias —otrora tiempo— volcadas a los trajines que la vida cotidiana dedicaba al misticismo y al alma. Decimos que es noble empeño este hermoso lugar, la Villa Nueva de los Infantes, Ciudad del Siglo de Oro, deudora de la luz y de la piedra; decimos que es fortaleza blasonada y que fue testigo de la grande cultura en un tiempo glorioso y de alto registro histórico; decimos que su lengua historia ha dado carácter y forjado la impronta de nuestras vidas en todos los tiempos que nos precedieron.

Todos los Caballeros y Damas que conformamos la Orden Literaria “Fco. de Quevedo” siempre estuvimos presentes en los territorios del humanismo, las letras y su destilada esencia. Siempre nuestro ánimo ha sido ofrendado a todos los actos literarios que vertemos en honor de don Francisco de Quevedo y Villegas.

Nosotros, los poetas y escritores de este grupúsculo de ilusionadas personas, estamos decididamente empleados en plantar batalla a través de la palabra y ser defensores de su luz, que miramos las altas libertades de los hombres y nos decidimos por la belleza en el orbe de este mundo fieramente humano. Así mismo somos gozosos de habitar estos claustros donde nos sobrevuela el espíritu del genio; el espíritu rebelde e ilustrado, enfrentado siempre a la sinrazón impuesta. Y así lo proclamamos contra todos aquellos que quieren poner luto a la cultura y embozarnos la boca con grilletes.



El curioso impertinente



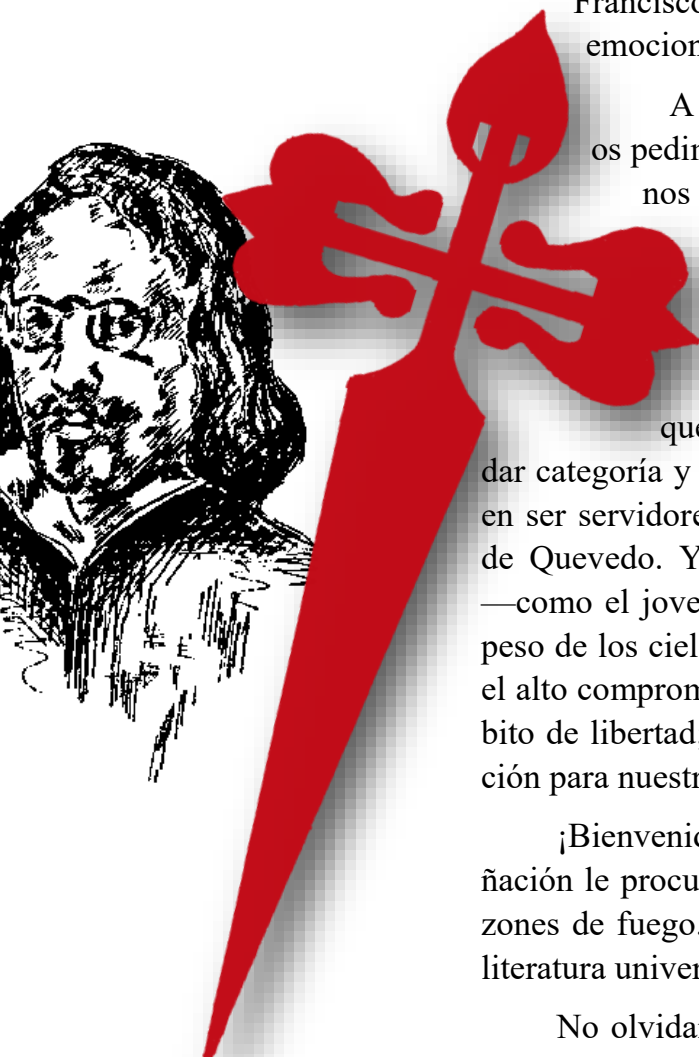
Aquí recibimos las palabras de los poetas y escritores como nobles mensajeras de las verdades del alma; con ellas se forja parte inequívoca de nuestro carácter. Tan generosos han sido los nobles vates que nos han precedido... Siempre bienvenidos y bienvenidos... Ellos han habitado y ocupado nuestra alma, bebido nuestro espíritu, transitado los claustros que se ofrecieron como histórico paraninfo para la palabra y la concordia. Ellos: Mena Cantero, López Anglada, Jiménez Martos, Rafael Alfaro, Sagrario Torres, González Guerrero, Nicolás del Hierro, Santiago Romero de Ávila, Rafael Simarro Fdez. de Sevilla, López Martínez, José María Lozano, Pilar Serrano de Menchén, Ramón Arangüena, Félix Grande, Antonio Hernández, Gómez Rufo, Lola Beccaria, Françoise Dubosquet, Isabel Ordaz, Víctor Claudín, Gallego Ripoll, Natividad Cepeda... y otra pléyade de autores magníficos que levantaron vuelo de sus ámbitos para dejar danzando —junto al polvo enamorado de don Francisco— las páginas más hermosas de su eterna literatura emocional.

A todos cuántos danzáis el ritmo hierático de las letras, os pedimos que fijéis residencia entre los oníricos mundos que nos traen en sus alforjas los habitantes de otras partes del mundo a este nuestro Campo de Montiel; así, la espadaña que corona este recinto de tradición dominica dirá de vuestro nombre a todos los vientos.

Sea la fortuna de las letras para con las personas que han decidido, con respeto, sapiencia y compromiso, dar categoría y prestigio a esta Orden Literaria: todos hemos decidido en ser servidores de la cultura y afectos a la figura de don Francisco de Quevedo. Y que, como escritores y poetas estamos condenados —como el joven Titán Atlas— a soportar sobre nuestros hombros el peso de los cielos y la luz de la palabra. Tal así estamos instalados en el alto compromiso con los versos; las palabras que son heraldo y ámbito de libertad; las palabras que aporta valor a nuestra sincera intención para nuestra Orden Literaria.

¡Bienvenidas son sus Lisis, don Francisco! Supimos cuán ensoñación le procuraron; cuánta belleza fue capaz de coronar a sus corazones de fuego. Vos escribisteis los más altos versos de amor que la literatura universal haya conocido...

No olvidamos que una cuarentena de años nos contempla, pues nació esta Orden Literaria para instalarnos frente a los traslúcidos muros del tiempo, para volver a recordar trajines y trasiegos; la vida azarosa y la obra del vate don Francisco de Quevedo; también su muerte ha dejado un indeleble trazo de genio que, desde su universalidad, ma-





yor gloria ha dado a las Españas, al Campo de Montiel, a su Señorío de Torre de Juan Abad y a su última morada en la Villa Nueva de los Infantes.

Siempre nuestros ojos —al igual que los de don Francisco— han escudriñado en los hechos de los hombres. Nada nuevo y nada viejo que no sepamos... No hemos aprendido a redimirnos, don Francisco...

Así, con este exordio que quiere ser misiva para los hombres que poblamos este mundo de artificio, hemos de pagar por nuestra ambición; nunca nuestra desnuda esencia debiera arrogarse la mentira y la falsa eternidad; a veces morimos en el ansia de una vida seducida por el vacío.



Volver a vos, don Francisco, a poner alas a sus desvelos. Unir nuestra palabra a la vuestra y compartir sueños, zozobras y despabilo. Vos también lo supisteis: los hombres de este mundo siempre fuimos ambición y abandono: quisimos ser los constructores del olvido para el alma. Volver a vos...

Pues amarga la verdad
quiero echarla de la boca:
y si el alma su hiel toca,
esconderla es necesidad

PARA DECIR DE LA EPOPEYA DEL HOMBRE Y SU OSCURA AMBICIÓN

I

Siempre el destino del hombre
lo quisimos diseñado para el caos.
Hemos forjado de tristes leyendas nuestra historia,
devorado la luz
y escarbado las ancestrales cárcavas
en busca de la mala muerte.
Nos recuerda la historia
que fuimos capaces de detener las nubes
e invocar las tormentas,
que épicas manos se han alzado en centurias del dolor
y, precipitado —neciamente— nuestras sangres
contra los muros.

El curioso impertinente



El hombre, ebrio de impotencias y de odios
ha manchado la vida de zozobra, codicia y oscuridad.
La cruel epopeya de nuestra existencia
siempre nos ha robado la grandeza de ser solo hombres
capaces de entender el mágico laberinto del mundo.
Siempre al alma la tuvimos en despabilo
y enmascarado el sueño
en una fe de nebulosos caudillos y chamanes.
Así —ahora y siempre— nos mantuvo la vida
tras crueles inciensos
que siempre medraron contra las ventanas del alma.
La luz no entiende de cuchillos ni patíbulos.
La luz es algo más que una fe de sudarios y cilicios.
La ambición es quien construye atalayas, fortalezas
y templos magníficos
donde ángeles, santones y dioses
se esconden del miedo de sí mismos.
¿Quién a los hombres
nos ha erigido en sombra cuando hemos venido a ser luz?
¿Qué deidad otorga trono y cetro
y empuja el destino a tales desmanes?
¿Quién consagra nuestra sangre y la eleva
a ser eminencia en grado de ilustrísima grandeza?
Yo hoy os vengo a hablar de los hombres
que son humano temblor; aquellos que son liturgia útil
en este mundo sin piedad;
os digo de los que hacen vida lo que viven y comparten la sal
y miran la magnitud de las constelaciones.



El curioso impertinente

II

Inquietante y estremecida es nuestra historia.
Siempre tuvimos los labios abocados
A las copas de la ambición.
Y manchada el alma de malos vinos amargos y heridores.
La vida —ahora y siempre— nos ha corneado el sueño
y alanceado con su asta inmisericorde.
Grita el viento el roto brío de la vida
porque de una ceniza engañosa
hemos vestido los sueños del mundo;
los instintos humanos han sido fiebre y poso de hiel
para nuestros frágiles labios de hombre.

Cuando la vida ha pronunciado dolor, estremecidas
han gritado las espadañas.
Nunca logramos ser más que un árbol vencido por las hachas.
Y cuando acude la muerte y al pecho su pago exige
las campanas tañen las mentiras y ambiciones
que han herido de oscuridad a las almas.
Es entonces cuando nos hacemos vértigo de ceniza
porque las manos del poder
borran la justicia y conquistan las orillas de la locura.
La propia mentira del hombre
es quien juega a ser dinastía poderosa
empecinada siempre en el frío y en el dolor de la ambición.



El curioso impertinente



Nos dictan los tiempos
la epopeya del hombre y su oscura ambición.
Muchos fueron quienes se erigieron en reyes
o locos emperadores
que fueron armados y amados por sus validos;
los hubo que alzaron en falso juramento las banderas
y pugnaron por vestir púrpura, cota o toga
y ser dogma de fe ciega y latrocinio de rancia aristocracia.
Tal así, otros callaban ante felones y venenos
abrigando conspiraciones y conjuras,
en tanto, ciegos mercenarios acaudillaban mesnadas
y arengaban en santas cruzadas la mentira.
Fueron mano diestra de sus dioses y siniestra de su fe.
Nunca tuvieron piedad
ni dolerse quisieron de ser signo de tragedia y ambición
o dolor planetario
que siempre ha oscurecido las esquinas del alma.

Todos estamos en las palabras que nos dicta en sus libros don Francisco de Quevedo; él sigue en el ruido que nos azota el corazón. El alma es un insondable misterio en el que no podemos penetrar.

En la Villa Nueva de los Infantes, este humilde escritor que rubrica y todo el grueso de sus escritores y poetas de su Capítulo General, en nombre de la Orden Literaria “Fco. de Quevedo”, así hemos dicho.



El curioso impertinente



**Christian
Kneidinger**

Christian Kneidinger
Photography

Entrevista a...

Joan Antón Abellán



El Curioso Impertinente: Por favor, preséntese a nuestros lectores.

Joan A. Abellán: Nací en Barcelona, en 1955, ciudad en la que viví hasta principios de los años 90 en que me trasladé a vivir a Bañolas (Gerona), donde he pasado los últimos 30 años, hasta que hace cosa de un año me vine a vivir a Valdepeñas (Ciudad Real).

Por motivos laborales, principalmente en los últimos 20 años en que trabajé de gestor deportivo, me tuve que desplazar bastante, lo cual me permitía combinar trabajo e investigación histórica en archivos y bibliotecas, no tan solo de España, sino también del extranjero, lo cual me servía luego para los libros y artículos que he escrito.

El curioso impertinente



ECI: Su trayectoria literaria comienza en 1998. Cuéntenos cual ha sido su evolución.

JAA: Sí, empieza en 1998 con un recopilatorio (dos volúmenes) sobre composiciones poéticas populares, que se cantan en honor a la Virgen, a Jesucristo o a los santos, de la comarca en la que vivía, y que reciben el nombre de Gozos ("Goigs" en catalán, que es la región española donde más se han publicado esas composiciones poéticas). A estos dos libros le siguieron otros tantos hasta llegar a un número que ronda los 30 libros y unos 900 artículos publicados, la gran mayoría de temática histórica. A lo que habría que añadir otros en los que he colaborado y/o dirigido.

ECI: Y el reconocimiento a su labor no ha faltado.

JAA: Por el hecho de dedicarme a la narrativa histórica, biografías,... no he tenido ocasión de participar en ningún concurso literario.

ECI: Los escritores tenemos cierta fama de

maniáticos ¿Cuáles son sus costumbres, sus momentos, sus horarios? ¿Y sus manías?

JAA: Soy de esas personas que si me siento delante del ordenador (uso tres pantallas para así poder tener diversos documentos abiertos) me pueden pasar las horas sin darme cuenta e incluso, si estoy solo, pasarme la hora de comer). Por otro lado, normalmente cuando tengo el libro en la recta final, me gusta encerrarme una semana, a veces en un hotel y otras veces realizando un crucero (el mar es un gran relajante mental), llenar la pared de apuntes (para lo que aviso al servicio de habitaciones de que el último día lo dejare como lo encontré, pero que mientras, por favor, que no me toquen nada) y darle la forma definitiva.

ECI: Para llegar hasta aquí hace falta dedicación, pero también formación. ¿Cómo ha sido para Joan A. Abellán?

JAA: Soy coleccionista por naturaleza (he llegado a contabilizar cerca de 40 colecciones:

El curioso impertinente



relojes, llaveros, monedas, sellos, coches de bomberos, cámaras de fotografía, chapas de bebidas...), pues bien, todo empezó cuando me dio por coleccionar esas hojas con cantos religiosos, los "goigs". Y como a parte de ello soy muy ordenado, introduje los que tenía en el ordenador y me di cuenta de que de donde menos tenía eran de la comarca en la que vivía y eso fue mi detonante: empecé a viajar por toda Cataluña y el sur de Francia consultando todos los archivos en los que pudieran haber algún ejemplar. Y eso dio lugar a los dos volúmenes a los que he hecho referencia. A partir de ese momento, empezó mi variada carrera literaria, y digo variada por que he publicado libros sobre escuelas, bomberos, remo, esquí náutico, oficios, radio, elementos patrimoniales, restauración, ... sagas familiares, biografías,... espacios lacustres,... y en 2019 me atreví con mi primera y única novela, eso sí, con un gran rigor histórico,

que trata sobre un ficticio encuentro entre un clan de neandertales y otro de sapiens. Y ahora hace un año he publicado, junto a un maestro quesero, uno sobre quesos que lleva por título *El queso manchego. Un símbolo de distinción*.

ECI: Y en todo ese equipaje, algunos autores pesarán más que otros.

JAA: No es mi caso, sobre todo porque la narrativa histórica, no es como la poesía o la novela.

ECI: Como bien sabe, *El Curioso impertinente* está publicada por la Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha. ¿Cree que es necesario el asociacionismo en el gremio de los escritores? ¿Pertenece a alguna asociación?

JAA: Yo, de siempre he buscado asociarme en aquellas entidades afines a mis intere-

El curioso impertinente



"La cocina siempre ha sido para Abellán una fuente de inspiración literaria"

ses. Ya sea un Centro de Estudios, ya sea un centro cultural. Actualmente soy miembro de la Asociación Colegial de Escritores de España, de CEDRO y evidentemente, viviendo y escribiendo en La Mancha, en la Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha.

ECI: Todos los que nos dedicamos a la literatura sufrimos las dificultades de la edición, del tortuoso camino para llegar a nuestros lectores. En su caso ¿cómo es su relación con el mundo editorial?

JAA: Yo tuve la suerte de que una editora se fijara en mi desde un principio, de modo que una buena parte de los libros publicados los he editado con ella. Otros, al ser libros que me han encargado particulares, principalmente sobre sagas familiares o biografías de algún personaje concreto, han sido ellos mismos los que llevaron a cabo su edición.

ECI: ¿Y en la maleta que tiene esperando? Háblenos de sus próximos proyectos. Proyectos siempre hay.

JAA: En Cataluña quedaron pendientes tres proyectos, que en principio han de ver la luz antes de fin de año. Por otro lado estoy empezando un proyecto sobre la cocina manchega en la pluma de los grandes escritores, por aquello de que hay vida gastronómica más allá del Cervantes y el Quijote; hace poco me han tanteado para escribir la historia del esquí náutico a nivel nacional y también estoy escribiendo mi propia biografía, pero no con la idea de publicarla, sino como un ejercicio de memoria.

ECI: Despídase de nuestros lectores.

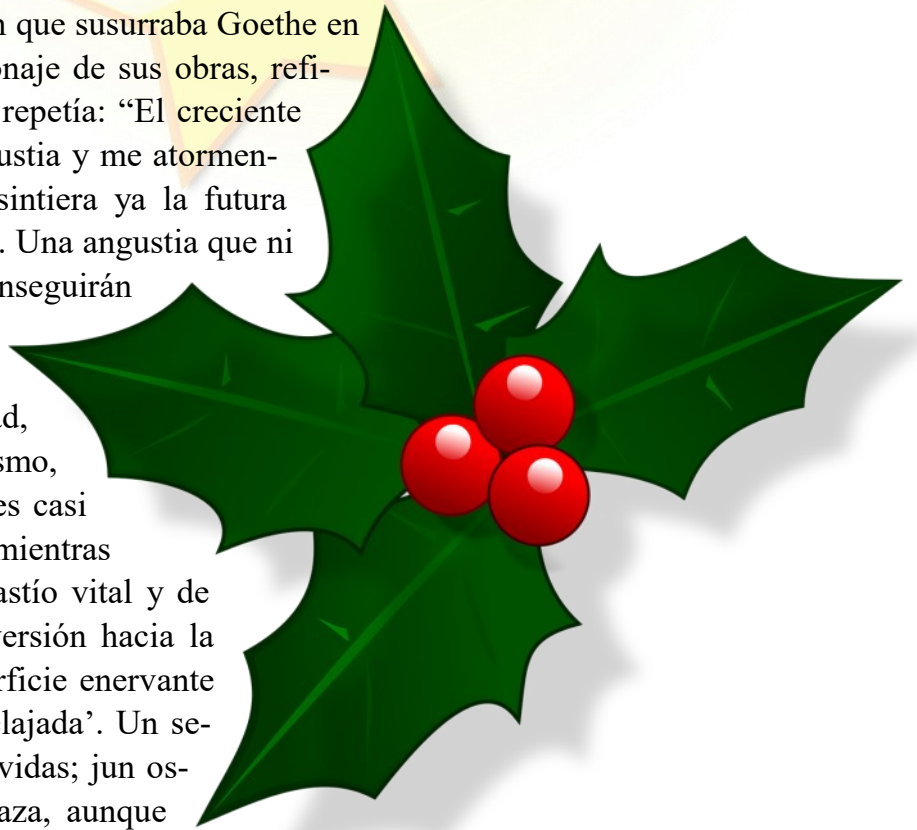
JAA: Supongo que hay distintos modos de interpretar el escribir. Por mi parte ha sido un hobby. Y ahora que ya estoy jubilado, sigue siendo lo mismo. No escribo para vivir, pero tampoco vivo para escribir, aunque he encontrado ese punto intermedio que es el que me satisface, he encontrado el equilibrio entre el escribir y el viajar, combinado el turismo con la investigación.



Joan Antón con Luis M. Moll. Durante un acto de entrega de libros de los socios de la Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha, al Museo y biblioteca de Miguel Hernández en Quesada, Jaén.

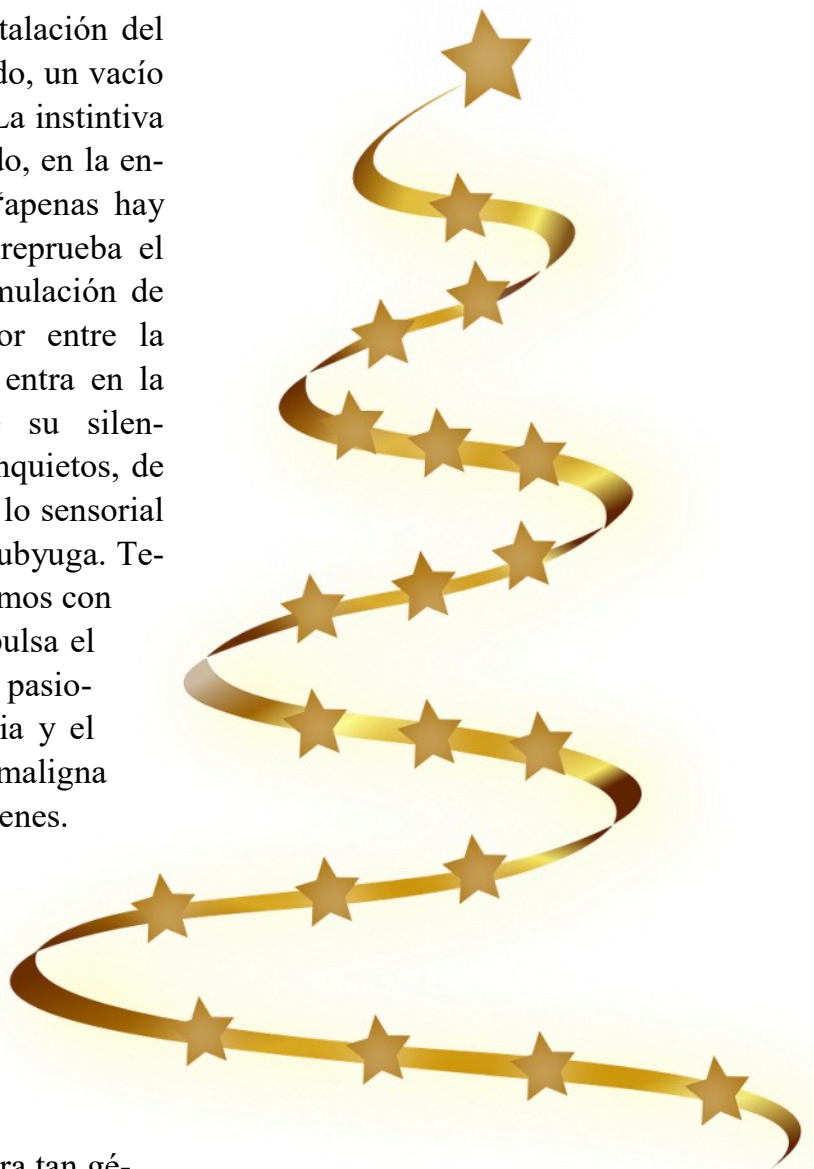
La tristeza de una Navidad expoliada

“¡Luz, más luz!”, dicen que susurraba Goethe en la hora de su agonía. Y un personaje de sus obras, refiriéndose al avance de la técnica, repetía: “El creciente dominio de las máquinas me angustia y me atormenta”, Parece como si Goethe presintiera ya la futura desazón del hombre postmoderno. Una angustia que ni el teléfono móvil ni internet conseguirán detener. Por un momento he asociado en mi mente tres palabras: progreso, tristeza y Navidad, justo en una época de individualismo, de pensamiento débil y de valores casi completamente planos. Muchos, mientras se hunden en una marisma de hastío vital y de tristeza, sienten una profunda aversión hacia la Navidad, se deslizan por la superficie enervante de una imposible ‘indiferencia relajada’. Un sereno desencanto invade nuestras vidas; un oscuro vacío existencial nos atenaza, aunque



El curioso impertinente

ya sin ese aura de grandeza ni heroísmo íntimo de otro tiempo cuando la fe nos guiaba de la mano. Incrediblemente, el hombre postmoderno no puede soportarse a sí mismo y prefiere vivir atrapado en un red fugitiva de placeres episódicos. Lo efímero se ha subido, triunfante, al pedestal de los axiomas: la impresión huidiza vence a lo perdurable y milenario. A nada fijo podemos agarrarnos. Bajo los pies, se resquebraja nuestra seguridad y nuestro suelo. Vivimos procesos de “atomización programada”, donde sólo quedan “la búsqueda del ego”... la obsesión por el sexo y el cuerpo” o el “repliegue autárquico ilustrado por la pasión de consumir” (G. Lipovetsky). De ahí la sensación de desvalimiento que sentimos, sensación que deberá ser mitigada con sucedáneos ilusorios de lo feliz. Derrumbado el mito del ojo inocente (del que nuestra era se muestra orgullosa), sólo nos queda la distorsión desnaturalizante de lo puro, la permanente instalación del yo en la duda y la sospecha. Y sobre todo, un vacío apoteósico, devorador y deslumbrante. La instintiva entonces será huirse, perderse en el ruido, en la entronización de una rabiosa voluntad (“apenas hay un yo del que se pueda hablar si se reprueba el egoísmo” decía Nietzsche), o en la simulación de sentirse acompañado, adentrándose por entre la multitud sin nombre: “El ser humano entra en la multitud para ahogar el clamor de su silencio” (Tagore). Incapaces, como niños inquietos, de aplazar la recompensa de lo noble, sólo lo sensorial –por presente y no por verdadero- nos subyuga. Tenemos el cuerpo muy a mano y lo adoramos con el rito de la idolatría cotidiana; nos impulsa el afán por conseguir objetos y estimular pasiones; declina nuestra razón ante la magia y el horóscopo, y nos movemos por una maligna compulsión hacia los grandes almacenes. Herido por un mundo sin alma y por la máquina, ausente ya el sentido de regreso a la edad de la fe y la inocencia, el hombre posmoderno ahonda en una soledad que se le hace inaguantable. “Vivimos, decía Einstein, una época de medios perfectos y de metas difusas”. En esta atmósfera tan gé-

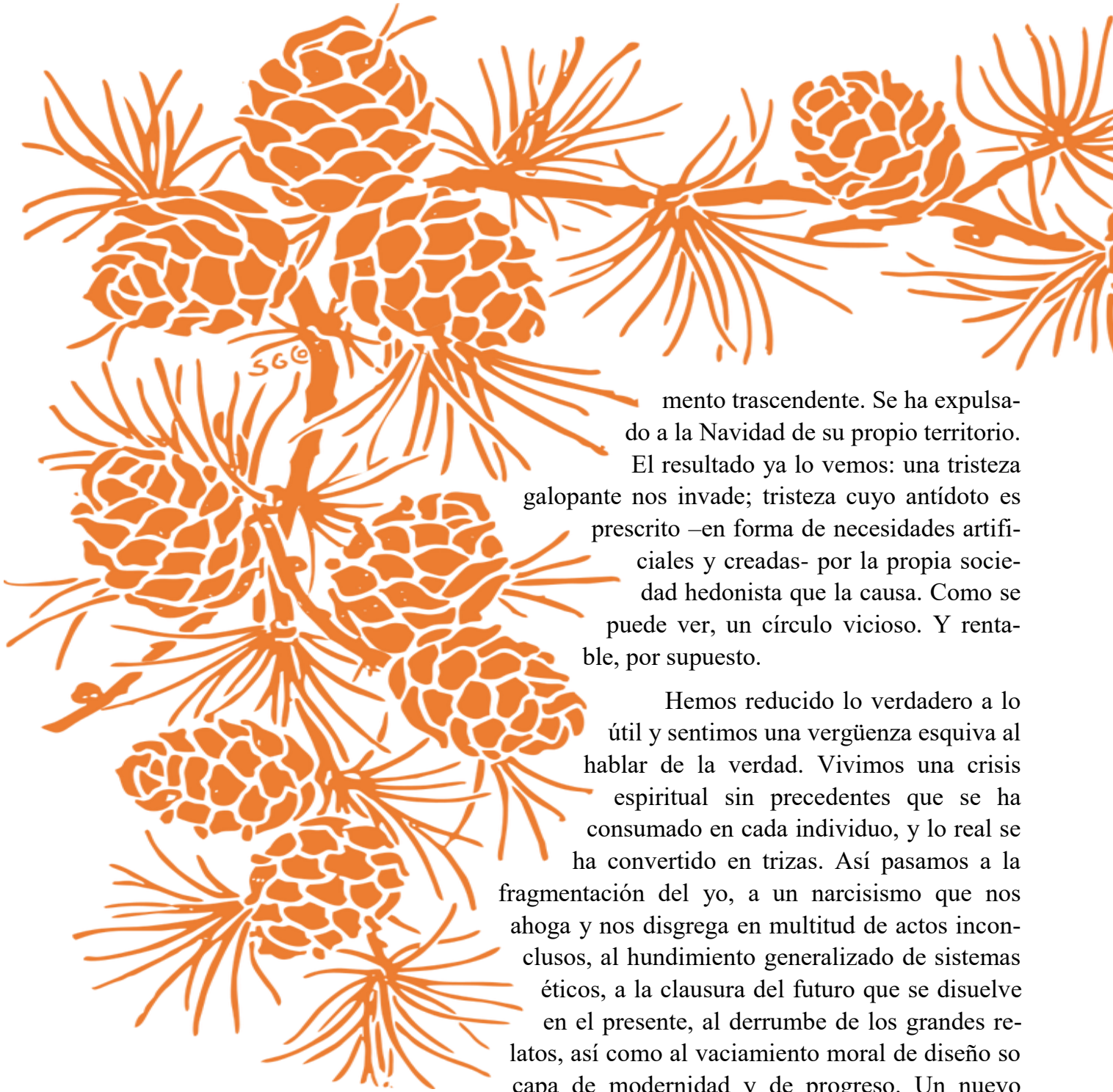


El curioso impertinente

lida, llega la Navidad que nos sorprende a muchos buscando la luz, sin encontrarla. Dos tipos de personas surgen en estos días con su crítica: el indiferente, que, en la forma, es un habilidoso en simular con educada neutralidad sus emociones, aunque en el fondo se decanta del lado de la desesperanza; o quien siente aversión hacia estas fechas por cuestión de prejuicios religioso, por complejas transferencia psicológicas, debido todo ello a esquemas culturales manipulados y caducos, a nostálgicos pesares de la infancia perdida, a recuerdos subconsciente de una vivencia religiosa negativa o a depresiones procedente de ausencias familiares y muertes traumáticas. En realidad, ambos tipos arremeten contra la metonimia de estas fiestas, es decir, critican, con razón, un contenido que fue hermoso, pero corrompido ahora y desplazado hacia el terreno del consumo. La Navidad, en manos de las grandes superficies, ha sido expoliada como acontecimiento espiritual e íntimo; se han apropiado de su adorno y bagatela, reduciéndolo todo a fachada. Y han contado para ello con una ávida grey de voluntades rotas y extraviadas, de ciudadanos en los que ya se habían abolido previamente el sentido religioso. La maniobra ha tenido lugar en dos fases: la primera, una ofensiva laica por parte de los medios de comunicación; la segunda, de expolio de todo ele-



El curioso impertinente



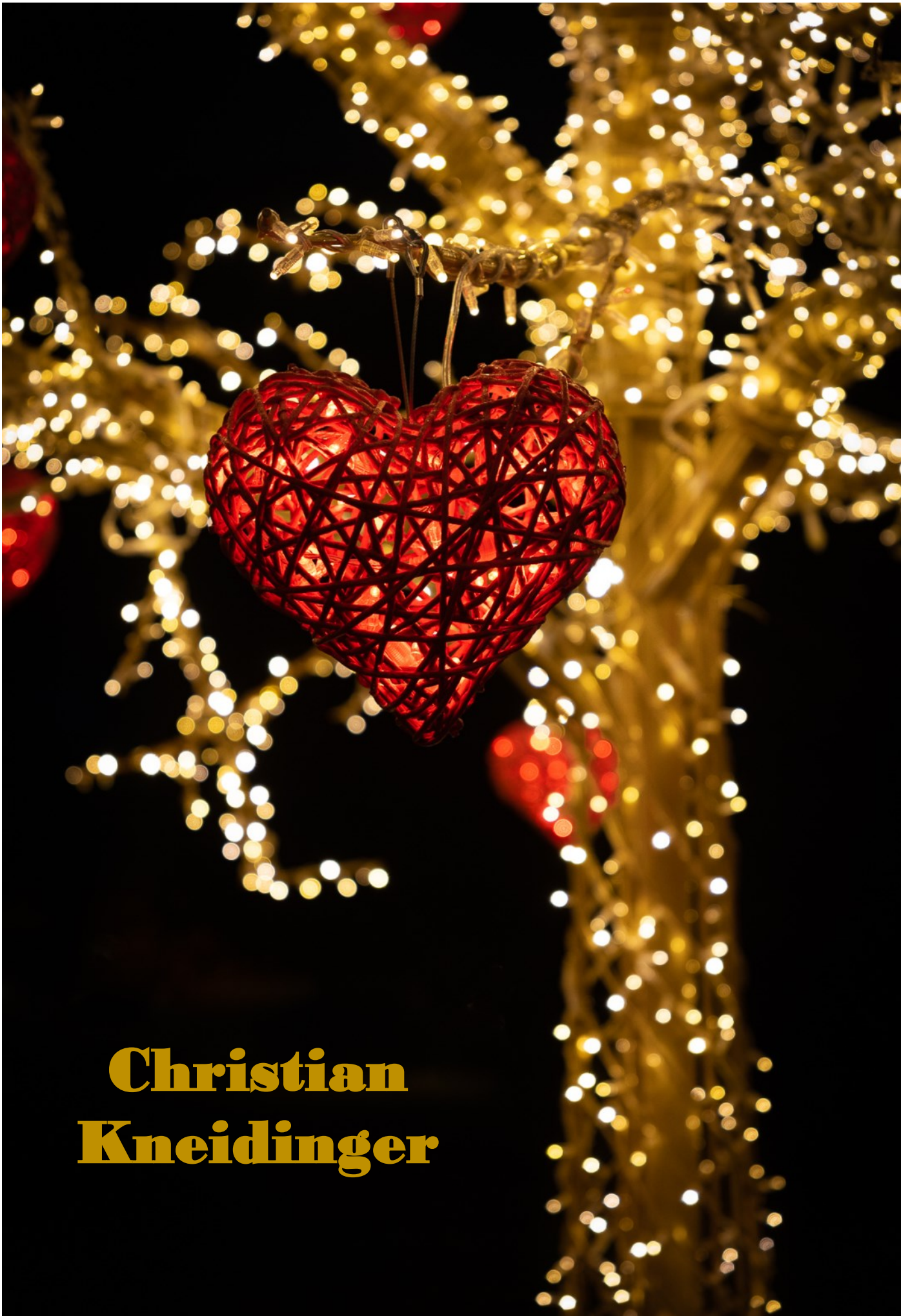
mento trascendente. Se ha expulsado a la Navidad de su propio territorio. El resultado ya lo vemos: una tristeza galopante nos invade; tristeza cuyo antídoto es prescrito –en forma de necesidades artificiales y creadas– por la propia sociedad hedonista que la causa. Como se puede ver, un círculo vicioso. Y rentable, por supuesto.

Hemos reducido lo verdadero a lo útil y sentimos una vergüenza esquivada al hablar de la verdad. Vivimos una crisis espiritual sin precedentes que se ha consumado en cada individuo, y lo real se ha convertido en trizas. Así pasamos a la fragmentación del yo, a un narcisismo que nos ahoga y nos disgrega en multitud de actos inconclusos, al hundimiento generalizado de sistemas éticos, a la clausura del futuro que se disuelve en el presente, al derrumbe de los grandes relatos, así como al vaciamiento moral de diseño so capa de modernidad y de progreso. Un nuevo vendaval, pagano e ilustrado (en su faceta más pagana y antiutópica) parece llevarse por delante la esencia de estas fiestas, tarea en la que colaboran, quizá inconscientemente los cristianos aburguesados, horadados de polilla y de carcoma. Es preciso rescatar la Navidad del territorio usurpado por las multinacionales y convertirla en acontecimiento religioso; ha llegado el momento de devolverla, sin aires de cruzada, a su terreno gozoso y sanador como utopía. Passolini, desde otro ángulo, apunta valientemente en esta dirección: “No temas la sacralidad ni los sentimientos de los que el laicismo consumista ha privado a los hombres, transformándolos



en brutos y estúpidos autómatas”. Se impone de nuevo la emergencia de sentido, una cura de silencio, el elogio de lo inútil, la abolición de la sospecha como método. Abogamos por la filosofía del sencillísimo, por la recuperación del tejido orgánico del hombre, por la asunción de nuestra vulnerabilidad, por la conciencia del límite, por el desprendimiento de nuestra voluntad compulsiva, pues, tal como afirma Ruiz de la Peña, “los elementos con que la cultura secular pretendía llevar adelante el proyecto de ser como dioses, se ha revelado seres de polvo que no pueden salvar; ya que no es la utopía la que salva a los hombres, debieran ser éstos quienes salvaran la utopía”. Pero todo esto resulta duro porque exige sumisión a la realidad. La razón, afirma E. Trías debe empezar a convivir con sus sombras. Lejos de emociones blandas, sentimentaloides y paganas, la Navidad debe ser una potente luz –aquella luz final por la que susurraba Goethe que ilumine nuestra era, la era del vacío.





**Christian
Kneidinger**



Compañeros de viaje.

JOSÉ EUGENIO MÁÑAS MORENO

Los clubs de lectura de la Biblioteca De la Universidad de Castilla-La Mancha

En las bibliotecas universitarias, cada vez más, existen programas y actividades relacionadas con el fomento de la lectura. Fruto de esta evolución ha sido la celebración en la Biblioteca Nacional, en mayo de 2023, del Primer Encuentro de Clubes Universitarios de Lectura.

Los antecedentes de los clubs de nuestra biblioteca los podemos encontrar en 2002 cuando nace en Cuenca el Club Universitario de Lectura del CEPLI (Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y la Literatura Infantil) y la creación en 2005 del Club de Lectura Universitario de la UCLM en Toledo. Pero la idea de crear nuestros cuatro clubs de lectura actuales, uno por cada campus, surge en 2009.

Biblioteca de UCLM. Facultad
de Ciencias Políticas y Sociales.



El curioso impertinente



Funcionamiento de los clubes:

Club de lectura de Cuenca

Al comienzo de cada curso académico, en las jornadas de acogida, se realiza una pequeña campaña de información e inscripción para captar nuevos lectores.

Al final de cada año se hace la selección de lecturas para el año siguiente. Se recogen datos de preferencia entre los miembros de cada club a partir de nuestros lotes de libros y otras propuestas que puedan surgir. Los títulos se eligen en función de la calidad literaria, buscando siempre un equilibrio que incluya autores clásicos, autores consolidados y otros menos conocidos, autores españoles y extranjeros y distintos géneros literarios.

A lo largo del año se realizan cerca de ocho lecturas por club. Después de cada lectura se celebra una reunión presencial con todos los miembros, una tertulia que constituye un elemento socializador de gran importancia, a la que se invita, en ocasiones al autor, y otras veces a distintos especialistas. Cada sesión se estructura en las siguientes partes:

Bienvenida y presentación

Introducción sobre el autor, obra, contextos históricos y literarios, etc.



El curioso impertinente



Club de lectura de Albacete

Turno de palabra: esta fase ocupa la mayor parte del tiempo. La figura del moderador es fundamental para invitar a cada lector a expresar su opinión. Se habla de la temática, estilo, acción, personajes y, por supuesto, los sentimientos y reflexiones que evoca el texto. A través de las distintas impresiones y opiniones, nos damos cuenta de que leemos las mismas palabras,

pero no el mismo libro. Para cada lector el mismo libro es diferente.

Conclusiones finales y presentación del libro siguiente.

Es importante resaltar el valioso trabajo que realizan los responsables de cada club, a su vez moderadores de las sesiones, a través de sus tareas de coordinación, atención a los participantes, preparación de materiales y otras actividades.

El grupo de lectores es muy variado. Nos encontramos con estudiantes, a los que se les reconoce un crédito de libre configuración por asistir a las reuniones, profesores, personal de administración y servicios y personal externo, con lo cual además de contribuir a la formación y extensión cultural en la comunidad educativa, reforzamos el papel que debe cumplir la universidad en la sociedad.

En los clubes se realizan otras actividades complementarias como viajes literarios, asistencia a conferencias, exposiciones, proyecciones audiovisuales, listas de reproducción relacionadas con la lectura a través de nuestro canal de Spotify, etc. Estas actividades, además de generar lazos y vínculos entre sus miembros, enriquecen la vida cultural y potencian los procesos de creación del conocimiento.



Viaje literario del Club de lectura de Albacete con Pilar del Rio en Lisboa



Mónica Moranchel Matarranz

El álbum ilustrado infantil *El monstruo Téfilo* de la autora alcarreña Mónica Moranchel Matarranz, ilustrado por Teté Cirigliano, Editorial Gunis, fue galardonado con la medalla de bronce en los International Latino Book Awards 2023 en la categoría de “Mejor Álbum Ilustrado de No Ficción para Niños”, el pasado día 21 de octubre en Los Ángeles, California.

La reseña del jurado: “es un libro bien escrito a pesar de la dificultad que entraña el tema que trata, bien desarrollado y organizado, fácil de leer”.

La autora comunicó a la prensa americana en el evento que la importancia de este cuento reside en que es una herramienta eficaz para la prevención, detección, visibilización y denuncia del abuso sexual infantil, fomentando el diálogo sobre este tema, escrito por una sobreviviente de abuso sexual infantil (ASI). Este galardón fue dedicado a su madre, ya fallecida, a sus hijos, presentes en la ceremonia, y al resto de su familia, así como a todas las víctimas y sobrevivientes de ASI, porque este cuento es la voz de todas las personas que no pudieron o no pueden hablar sobre ello.

Se despidió del evento diciendo: gracias, gracias, gracias.





Cada año, desde 1997, los Premios del Libro Latino reconocen a los mejores autores latinos en lengua española, portuguesa e inglesa en el evento internacional de Book Expo América, el mayor evento editorial en Estados Unidos, donde se premian autores en diversas categorías.

Desde el año 2007, los premios reciben el nombre de International Latino Book Awards (Premios Internacionales del Libro Latino).

Actualmente se premian múltiples categorías que premian libros publicados en español e inglés, escritos por autores hispanos.

Entre sus ganadores, se encuentran autores como Rodolfo Acuña, Isabel Allende, Rudolfo Anaya, Daína Chaviano, Junot Díaz, Oscar Hijuelos, Gabriel García Márquez, Vidaluz Meneses, Pablo Neruda, Mario Vargas Llosa, y otros.

FUENTÉVAR

Leer los poemas de Francisco Caro es envolverte en su pensamiento y vivencias. En su mundo personal desde donde la palabra poética es levadura creativa para cercenar la enorme soledad de la sociedad actual. El poeta trasiega en los versos con lo que le ha marcado día a día el bagaje certero de la vida y en este cuaderno llamado *Fuentévar* se identifica con lo que desde que vio la luz sus ojos lo hizo ser como es.

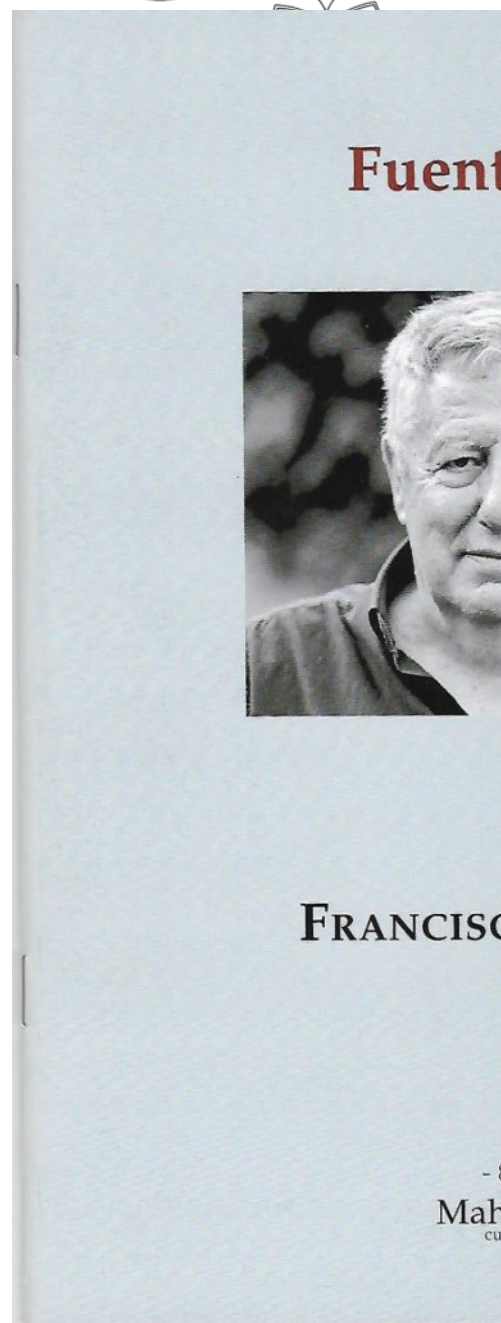
Los poemas son lugares amados que van dando cuerpo al libro desde la devoción del hombre que siente que esos lugares a los que va nombrándole recorren cada arteria y venas de su cuerpo. Porque si no amara los lugares nombrados el poeta no hubiera escrito los versos del cuaderno.

Ventura de recuerdos es cuando en el primer poema del cuaderno describe “esta leve hondonada/ que en los meses de lluvia/ se transforma en espejo,/ y después en ofrenda al llegar el estío,/ en mar/ de fresco pasto.” describe con detenimiento ese “Mar” que da título al poema. Paisaje de un territorio desgajado en el alma, evidente en ese recorrido lleno de añoranza que el correr de los años no ha podido borrar.

Fuentévar, está desarrollado en veintisiete miradas a lugares concretos de su infancia vividos en torno a su despertar humano, donde cabe todo; amor a las personas y amor a los sagrados lugares que forjaron la personalidad de Francisco Caro. Porque sin anhelos plagados de recuerdos no existiría el creador de imágenes que hay en cada uno de los poemas de este singular cuaderno.

Un libro de poemas como es éste, del que escribo, tan pequeño en sus páginas nos deja detenernos para así adentrarnos en la “Cuesta de la asperilla” con sus líquenes y jaras...imaginando que somos compañeros de senderos conocidos por el hombre y descritos por el poeta, para dejar para los otros, ese patrimonio inmaterial en el cuaderno haciéndonos pasar al “Patio en invierno” y su soledad hablada / con las brumas del frío.

Y así como telón de fondo, siempre andariego, desgrana sus vivencias el poeta por el “Camino de Majalta” deseando el lector, yo lectora ir a conocer ese camino y también el “Morro de la Arzollosa” regresar a descubrir la “Calle Nueva”...Palmo a palmo continuar leyendo ansiando conocer físicamente cada imagen descrita en el poema: en los poemas biográficos de Francisco Caro. Acoger es mostrarnos lo que nos hizo diferentes. Es ese prodigio que escuchamos, cuando en la infancia, voces desaparecidas hoy, no mostraron mágicos lugares de los que jamás nos olvidamos. Y volvemos a ellos porque sin los olvidáramos nos traicionaríamos hasta no saber regresar a nuestro origen.



El curioso impertinente



Fuentévar, nos dice el autor,
“El asunto es vivir,
aunque el sol acarree las sospechas
de fraude en lo pasado

(el aire baja y tizna
de caridad sin fe nuestra esperanza)

vivir como el que acude
al propio desafío: como si tú y yo fuéramos
de culpa no consciente

(desde un hierro escondido
mana un agua que luye entre pronombres)

vivir igual que náufragos:
en la virtud errantes,
sedentarios cuando los desconsuelos

(guía la luz con pausas
su mínimo caudal hacia el Bullaque)

vivir contra las brújulas,
vivir juntos
el goce de volver a equivocarnos.

Con éste recorrido poema a poema nos impulsa a conocer la geografía de lugares ignorados entre arboledas y lagunas, tomillos y manantiales, piedras milenarias y la fuenteágría donde la certeza de su belleza innegable nos seduce al llegar.

Leer este “cuadernos -8- de Mahalta” PARA CELEBRAR ENERO Y NUEVE DE 2022 EDICCIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL ÁNGEL DE LA BELDAD es un sosiego de paz en estos tiempos de guerras y conflictos por la poesía atemporal de Francisco Caro.

Natividad Cepeda



Este libro es un sendero de poesía, un poemario, donde la escritora retrata las vivencias, sueños, deseos y circunstancias que a lo largo de una vida quedaron impresas en su mente y su alma haciendo un todo, que queda reflejado en cada uno de sus poemas. No hay secuencia ni orden, es un reflejar los sentires y visiones de un mundo visto a través de sus ojos y su sensualidad. Se reflejan, entre otros, sus viajes a tierras sudafricanas, donde encontró un lugar que la llenó de luz y sensaciones que la invitaron a ver, a través de las palabras, otro mundo. Mirada perdida sentada en la arena rosada memoria llena de palabras...



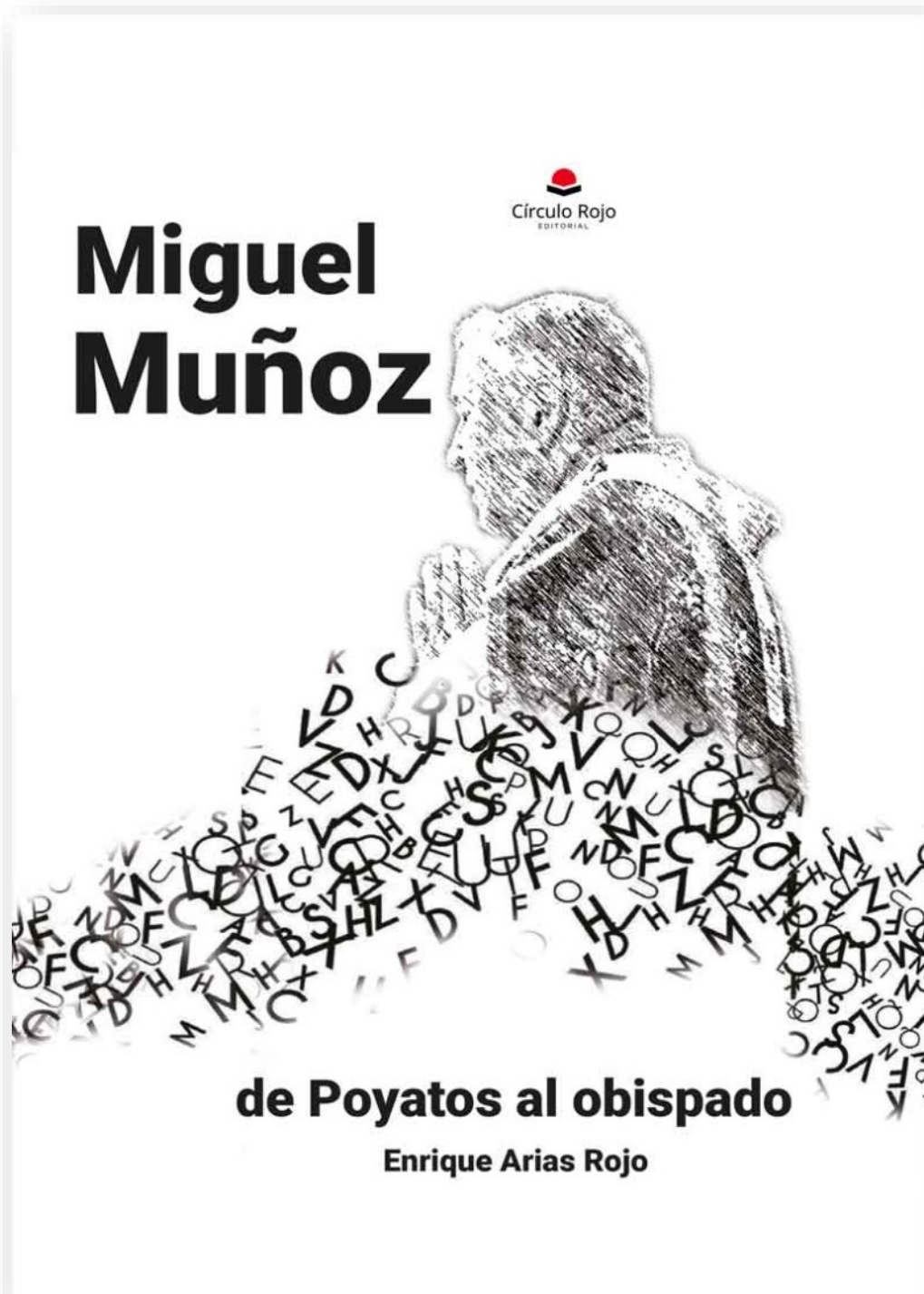
Vivir en verso, aunque sea un instante, es palpitar en esa partícula de sentimiento que participa en el pulso de una vida acelerada. ¡Quién no se ha dormido alguna vez al run-run de un puñado de bellas palabras, mágicamente ordenadas, o en aquel poema que se dejó caer por vez primera en el umbral de su casa! Vivir sin verso sería una condena inaceptable.

En cada una de nuestras vidas hay, al menos, mil poemas a la espera de ser desterrados de la tierra del olvido. Montse, nuestra poeta, así lo ha hecho en este su primer poemario, que viene a recopilar una parte de las composiciones que fraguó a las claras del sol o en las turbias lunas. Aquellos, que silenciosamente la han ido acompañando en su caminar, versos escritos a lápiz o en tinta; mecanografiados en su antigua máquina o en pesados ordenadores con disquetes de 5¼” (cinco un cuarto) o de 3½” (tres un medio); en portátiles con su diminuto y olvidadizo pendrive, o recientemente en las tablet o en los teléfonos de última generación.

En este poemario el verbo se descubija de su abrigo para retomar los momentos que en dulzor o amargor dejaron la emoción por escrito.



“Apasionante biografía con narrativa, diálogos y documentos que le acercará a la figura de este gran hombre del renacimiento español, que destacó por su ingenio, gran formación y capacidad de gestión. A través de la obra podrán descubrir cómo Miguel Muñoz pasó de ser un humilde estudiante nacido en Poyatos becado por un benefactor, a ocupar los más altos cargos eclesiásticos y judiciales del siglo XVI, dejando una huella imborrable en su tierra natal y en la historia de España. Un libro imprescindible para los amantes de la historia y la cultura.



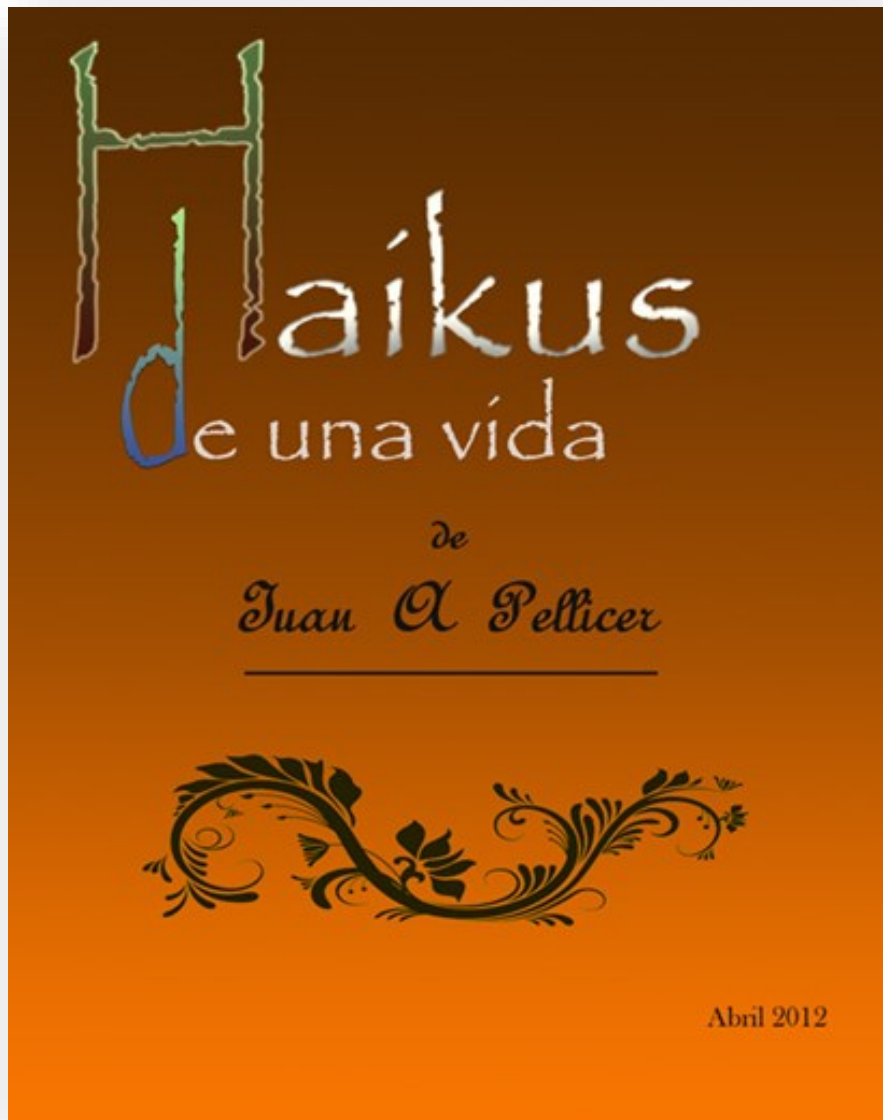


En abril de este año 2023 presenté el libro que titulé “Teresa González López, su pasión por la música”. Teresita, como la llamaban cariñosamente, fue una extraordinaria concertista de piano y hubiera llegado a escalar metas mucho más altas si su vida no se hubiera visto truncada por la sinrazón y la tragedia de nuestra guerra civil.

Murió con 24 años y ya había dado magníficos conciertos, a decir por los críticos musicales del momento, y no sólo en España sino también en varios países europeos. Suiza, Bélgica, Austria, Alemania, entre otros, pudieron también disfrutar de su buen hacer, su brillantez, exquisita labor y técnica al piano. No en vano, Von Sauer, discípulo de Liszt, fue uno de sus profesores. No digamos más.

He querido con este libro homenajear su figura como artista y sin duda también como mujer. Como decía su sobrina en el prólogo al libro, “Sin duda los sentimientos marcaron su vida y su obra. Aunque fue una vida corta estuvo llena de ese sentimiento maravilloso del amor, de la ternura, de la inspiración...” y yo apostillo que hacia todo aquello que le rodeaba.

También con ella, este libro va dedicado a la memoria de todas aquellas mujeres que por cualquier causa “no pudieron ser”.



Haikús de una vida es una búsqueda o tal vez una participación de la realidad a la belleza poética a través del lenguaje: profundo poema fragmentado, una exaltación de tus propios sentimientos, atravesados de imágenes subjetivas. La expresión de un secreto hasta ahora no revelado, en el que nunca se pregunta nada.

Poemas de una gran belleza que se deslizan desde el silencio de tu corazón y forman cauce hasta encontrar su plenitud. Es un libro con acento confidencial. Una exaltación a la belleza para hallar respuestas en el aire o en una hoja que se inventa, tal vez en la magia de los sueños de una noche de luna.



Los protagonistas de estos cuentos viven vidas irrepetibles, fuertemente enraizadas en el peculiar universo que los envuelve. Son personajes que fácilmente se convierten en personas y que son reconocibles por su extraordinaria sensibilidad y por su especial relación con el marco que los envuelve que, en muchas ocasiones, acaba convirtiéndose en protagonista absoluto del cuento. La conjunción de temas tratados, desde el desengaño amoroso o las relaciones humanas a la complejidad del mundo que nos envuelve o la despedida a los seres queridos, colocan al lector directamente dentro de la historia y lo invitan a abrir esa caja del corazón que todos tenemos



El curioso impertinente

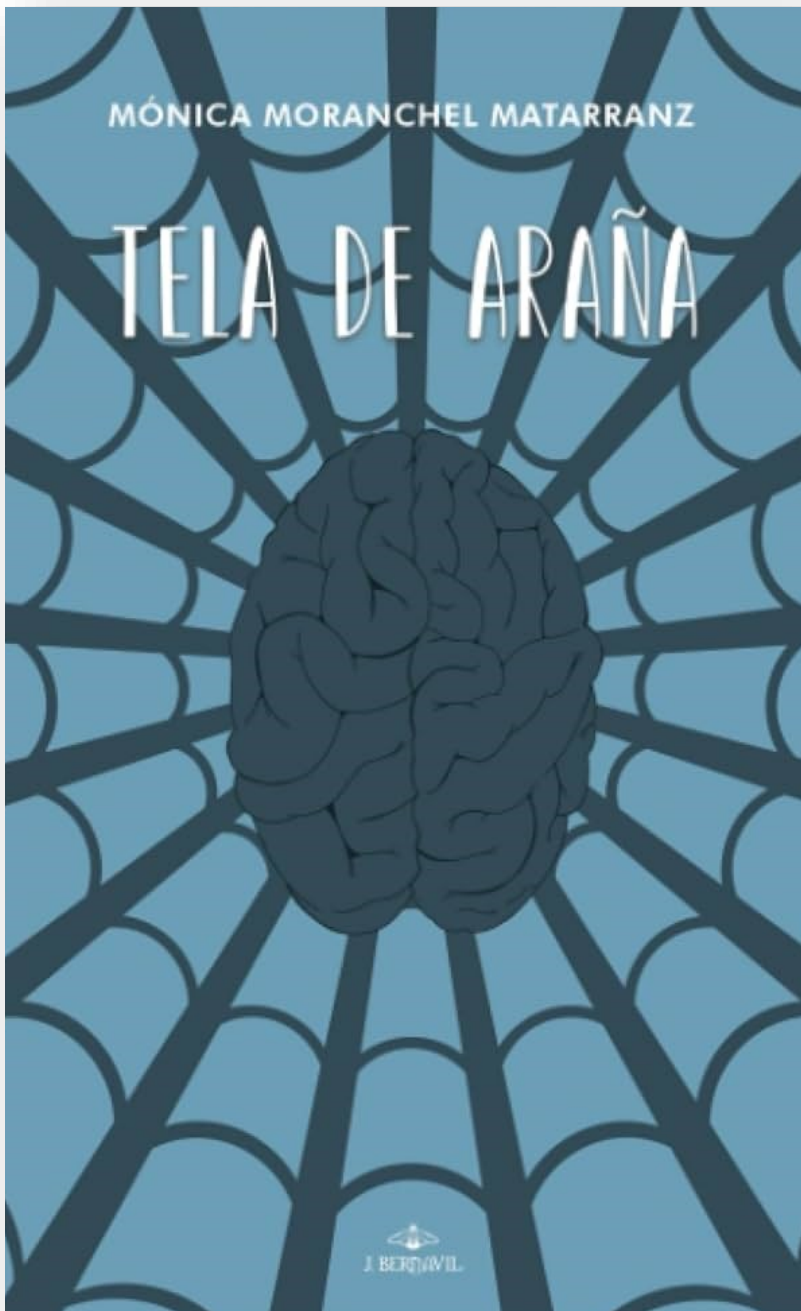
"Tela de Araña" es un hilo poético que suprime la oscuridad y derrama belleza a través de ella.

Nos impregna de ideas cargadas de emociones como si de un tejido estuviéramos hablando, uno que nos lleva por distintos pensamientos que, estructurados de forma bella dan lugar a la obra de Mónica Moranchel Matarranz.

Sabemos que su obra naciente es símbolo de sus vivencias. Su amada madre está muy presente, la vemos a través del cristal, bajando, caminando hacia la casa grande llena de flores rojas.

El amor de madre se ha convertido en un tópico importante y principal en este camino de las letras que ha decidido iniciar para no dejarlo porque hacerlo sería parar su labor de escultura una catástrofe, porque esculpe y teje una tela de sentimientos puestos sobre la mesa para apreciarlos, abrazarlos, sembrarlos en la memoria y así volvernos más fuertes y más humanos.

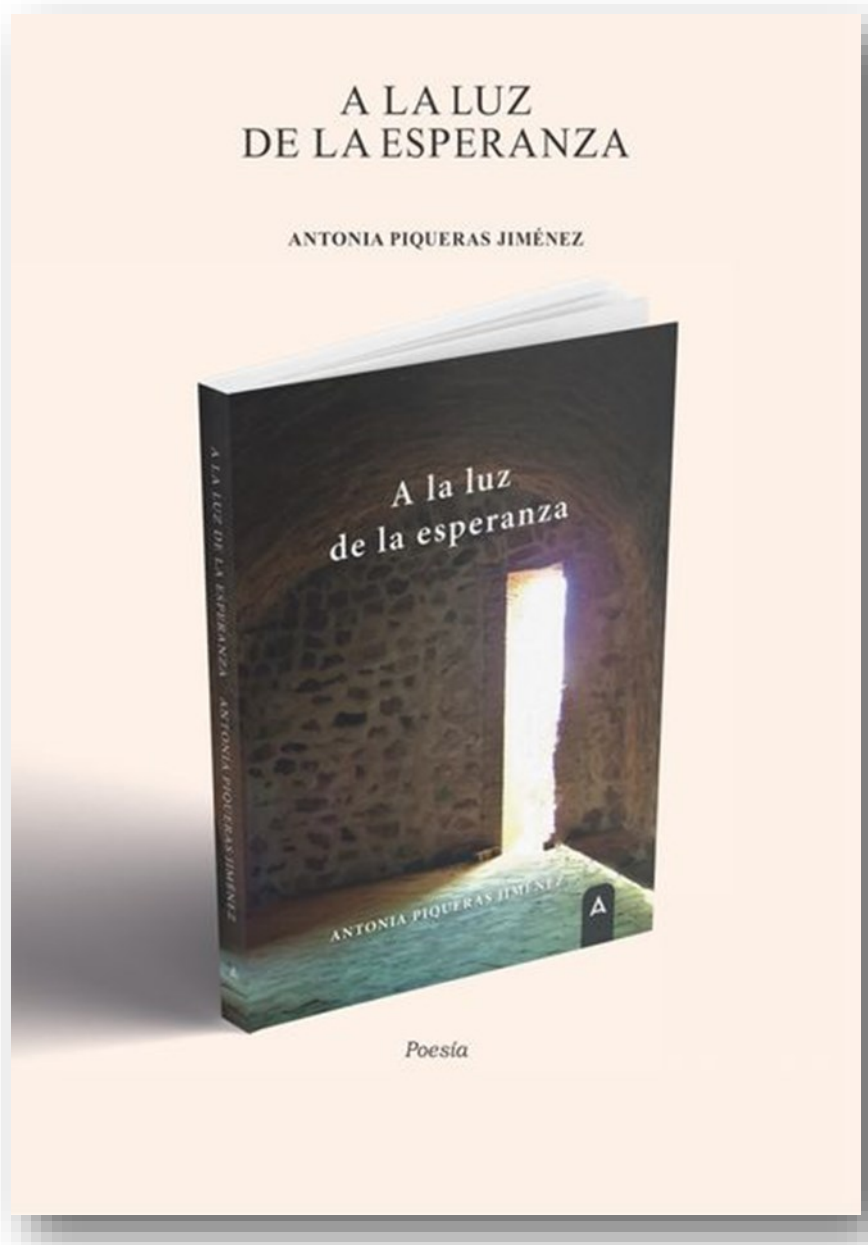
La sensibilidad y la armonía de sus expresiones son la conjugación ideal que nos propone una poesía vanguardista y sutil. En esta lectura se experimenta la observación delicada de la vida y sus vicisitudes.



Aquí hay vidrio en el silencio y en el silencio un viento que nunca muere. La luz del amor en cada rincón hace florecer la mente de una poeta que busca el cuerpo caído en la sombra infinita para convertirse en dolor y en golondrinas celestes.

El curioso impertinente

“A la luz de la esperanza” es un libro de poemas en el que la autora, verso a verso, ha ido tejiendo una red de sentimientos con los colores de las emociones sentidas desde que se adentró en el camino de la poesía, desconocido y complicado por lo que se va encontrando; donde la alegría y el desaliento se van alternando. Cuando se comienza un camino, hay deseo e ímpetu de querer descubrir algo nuevo. Pero, no sólo se descubre la luz sino también las sombras siendo ésta la parte que decepciona y duele, manifestada, en este caso, en el sentir de algunos poemas. Para subsistir se necesita alimento. Observar lo que hay a tu alrededor: la injusticia, el amor, la gratitud, la vida, la muerte... es lo que, a la autora, alimenta para seguir escribiendo y expresar en unos versos lo que siente para que los lectores también lo sientan al hacerlos suyos. Y, a pesar de todo, sigue en el camino por ti, querido lector; demostrando que siempre hay esperanza en tener fuerza para crear una nueva ilusión y seguir delante con los obstáculos que se encuentren y tener argumentos para saltarlos o esquivarlos; y siempre avanzar con alegría hacia el futuro.



Christian

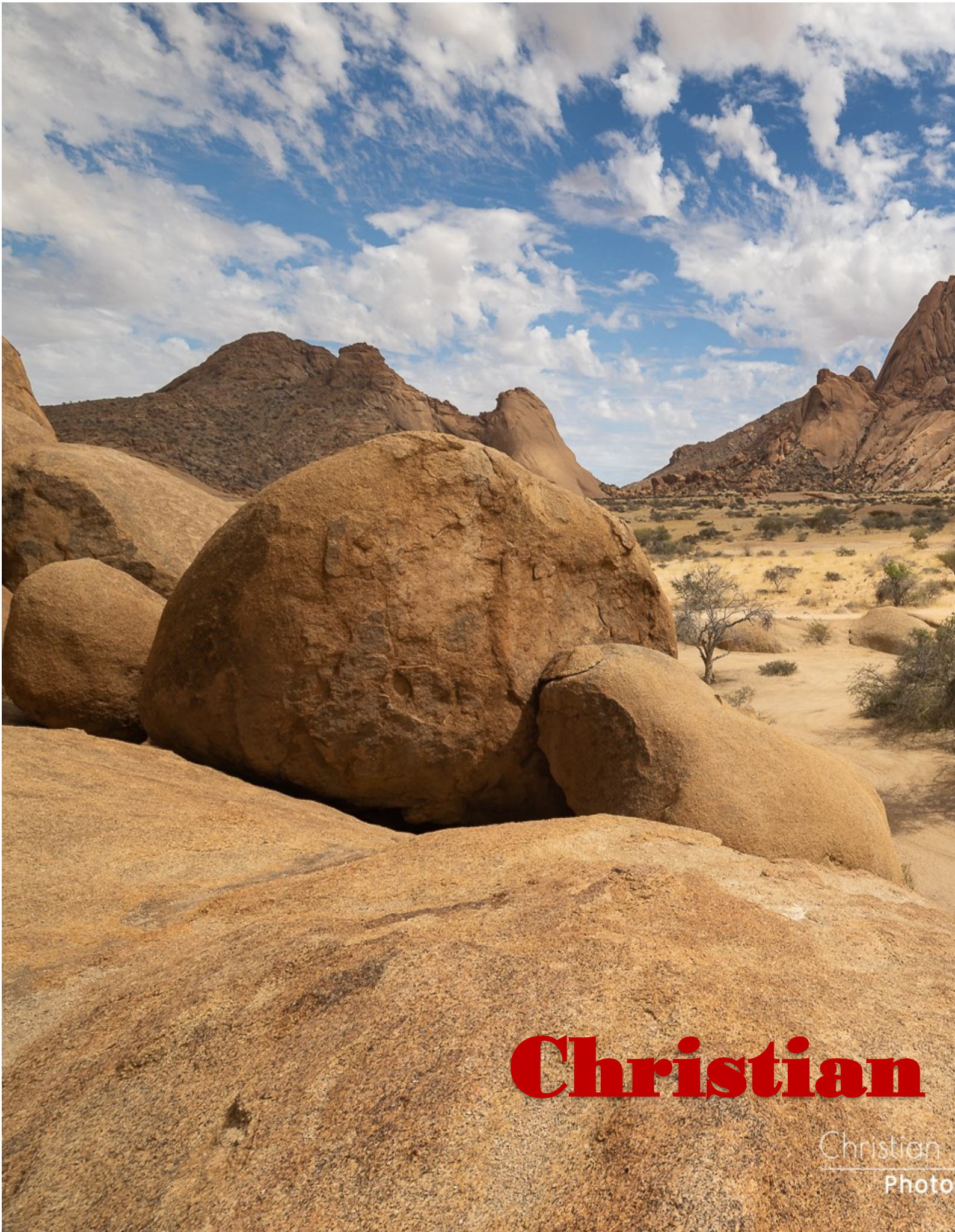


Christian
Photo

El curioso impertinente

Kneidinger

Kneidinger
graphy



Christian

Christian
Photo



Kneidinger

Kneidinger
graphy

EL CURIOSO IMPERTINENTE

**EL CURIOSO IMPERTINENTE
no se hace responsable de los escritos
de sus colaboradores.**

WEB

[http://](http://www.asociacionescritorescastillalamancha.es/)

www.asociacionescritorescastillalamancha.es/

Email.

